

UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO

M
C 764r
1996

REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA POBREZA Y LOS POBRES EN JÓVENES
ENTRE 16 Y 21 AÑOS DE SECTORES POPULARES DE VALPARAÍSO

TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO DE PSICÓLOGO
Y AL GRADO DE LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

ESCUELA DE PSICOLOGÍA

POR

PAOLA CONTRERAS POLANCO OSVALDO CORRALES JORQUERA
JUAN SANDOVAL MOYA

PROFESOR PATROCINANTE
PS. DOMINGO ASÚN SALAZAR

VALPARAÍSO, CHILE

MAYO DE 1996



A nuestros padres.

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	1
PARTE I; ANTECEDENTES GENERALES DE LA INVESTIGACIÓN	2
CAPÍTULO 1. Construcción del Problema de Investigación	3
CAPÍTULO 2. Aproximación General al Tema de lo Juvenil en Chile	10
2.1. Perspectivas de lo Juvenil	10
2.1.1. Perspectiva Psicológica	10
2.1.2. Perspectiva Psicosocial	14
2.1.3. Perspectiva Normativa	16
2.1.4. Perspectiva Demográfica	18
2.2. Cambios Socioculturales y Construcción Social de lo Juvenil	20
2.2.1. La Crisis de la Modernidad	21
2.2.2. La Expansión de la Industrialización Urbana	22
2.2.3. Modelos Fundacionales de Sociedad e Identidad Juvenil	24
2.2.4. Los Jóvenes de los Noventa: Una Mirada Psicosocial	30
CAPÍTULO 3. Juventud y Pobreza	35
3.1. Pobreza y Modernidad	36
3.1.1. Sobre Pobres y Pobrezas	37
3.1.2. La Pobreza como Categoría Social	40
3.2. Juventud y Situación de Pobreza	42
3.2.1. La Medición de la Pobreza en Chile	42
3.2.2. Caracterización de la Pobreza Juvenil	44
3.2.2.1. Desempleo Juvenil	
3.2.2.2. Ingreso Juvenil Per Cápita	
3.2.2.3. Acceso a la Salud	
3.2.2.4. Acceso a la vivienda	
3.2.2.5. Situación Educacional Juvenil	
3.3. Efectos Psicosociales de la Pobreza en los Jóvenes	52
3.3.1. Consumo de Drogas	56
3.3.2. Delincuencia Juvenil	58
3.3.3. El Embarazo Adolescente	60

3.4. Estado y Políticas Juveniles	62
3.4.1. Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes	63
3.4.2. Programa de Reforzamiento Psicosocial de la Atención Primaria	64
3.4.3. Centros Comunitarios de Salud Mental Familiar	65
3.4.4. Programa de Prevención del Consumo de Alcohol y Drogas	66
3.4.5. Programa de Acción Multisectorial (PAM)	67
3.4.6. Programa de Prevención del Embarazo Adolescente	67
3.4.7. Programa de Prevención del SIDA	68
3.4.8. Programa de Protección y Rehabilitación de Jóvenes	69
3.5. Análisis de la Intervención Psicosocial con Jóvenes	71
PARTE II; MARCO TEÓRICO	77
CAPÍTULO 4. La Construcción del Conocimiento del Sentido Común	78
4.1. Las Teorías del Sentido Común	85
4.1.1. La Psicología Constructivista de J. Piaget	85
4.1.2. La Construcción del Conocimiento desde la Psicología de la Cognición Social	87
4.1.3. La Construcción del Conocimiento en la Sociología del Conocimiento	89
4.2. La Teoría de las Representaciones Sociales	96
4.2.1. Perfil Histórico del Concepto de Representación Social	97
4.2.2. El Concepto de Representación Social	100
4.2.3. La Formación de las Representaciones Sociales	104
4.2.4. Estructura y Mecanismos Internos de las Representaciones Sociales	106
4.2.5. La Función de la Representación Social	110
PARTE III: METODOLOGÍA	113
CAPÍTULO 5. Introducción a la Perspectiva de Investigación	114
CAPÍTULO 6. Diseño de Investigación	117
6.1. Participantes	118
6.2. Técnicas de Recolección de Datos	120
6.2.1. El Grupo de Discusión	120
6.2.2. La Entrevista en Profundidad	123

6.3. Tratamiento de los Datos	124
CAPÍTULO 7. Resultados	128
7.1. Imagen de la Pobreza	128
7.2. Información acerca de la Pobreza	136
7.2.1. La Relación con el Estado..., o la Historia del Padre Ausente	136
7.2.2. Políticas Sociales..., La alegría..., ¿ya viene?...	142
7.2.3. Factores Perpetuadores de la Pobreza	147
7.2.4. Educación y Situación Laboral	149
7.2.5. Acerca de la Flojera y la Falta de Iniciativa	151
7.2.6. Acerca de la Falta de Planificación de la Vida	153
7.2.7. Solidaridad y Caridad	155
7.2.8. Trabajo, Esfuerzo Personal y Aprovechamiento de las Oportunidades	157
7.2.9. Descomposición Social y Conductas Desviadas	158
7.2.10. Degradación Moral, Pérdida de la Dignidad y Desesperanza	160
7.3. Actitud	163
7.3.1. Flojos, Cochinos y Machistas	163
7.3.2. Los Jóvenes Pobres son Vagos y Drogadictos	165
7.3.3. Los Pobres son Gente Humilde y Sacrificada	166
7.3.4. Los Pobres son Discriminados y Estigmatizados	167
CAPÍTULO 8. Representación Social de la Pobreza	171
COMENTARIOS FINALES	181
REFERENCIAS	188

INTRODUCCIÓN.

El tema de la superación de la pobreza es una de las principales prioridades del estado y de la sociedad civil hoy en día. Desde el inicio de la transición democrática se han realizado múltiples esfuerzos para lograr la integración de aquellos grupos excluidos del proceso de modernización autoritario implementado por el gobierno militar. La mayoría de las políticas desarrolladas en este sentido, han sido destinadas hacia los sectores juveniles de la población por considerarse, tradicionalmente, que éstos son más vulnerables a los efectos del daño psicosocial provocado por la pobreza (Weinstein, Aguirre y Téllez, 1990). Sin embargo, un tema que aparece inexplorado en la elaboración de estas políticas es el de la subjetividad que los jóvenes populares asocian al fenómeno de la pobreza, y la sensibilidad que elaboran en torno a la experiencia de ser pobres. La relevancia de considerar esta subjetividad radica en que las políticas desarrolladas desde esta perspectiva resultarán más coherentes con los sistemas de creencias compartidos por los jóvenes y, por lo tanto, se potenciarán sus posibilidades de éxito. El presente estudio se enmarca en este contexto y pretende explorar la Representación Social que los jóvenes populares de Valparaíso elaboran en torno a la pobreza y los pobres.

PARTE I
ANTECEDENTES GENERALES DE LA INVESTIGACIÓN

CAPITULO I

CONSTRUCCIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.

El estudio de la pobreza no es nuevo en las ciencias sociales. Las investigaciones realizadas por historiadores y antropólogos han revelado que "la pobreza ha tenido siempre varios significados diversos y es siempre definida de acuerdo con las convenciones culturales de la sociedad en la cual se da". (Hobsbawn 1968, p. 38), es decir, no existe un concepto estático de pobreza, sino que este varía en las distintas culturas y períodos históricos de acuerdo a la representación del mundo que compartan sus miembros, "la relatividad histórica indica que lo que es o fue pobreza en una época, no necesariamente lo es en otra" (Gissi, 1990, p. 9). De este modo, la construcción subjetiva que los sujetos hacen de la pobreza; quiénes son pobres, qué causa la pobreza y cómo se puede salir de esta situación, depende de la matriz cultural en la que éstos hayan sido socializados. Además de esta variabilidad histórica de la representación de la pobreza, existe otro elemento que se relaciona con la posición que los sujetos ocupan dentro de la estructura social, en función de la cual se vinculan con distintos grupos construyendo realidades sociales diferentes (Gissi, 1990), a este respecto Montero (1979) señala: "puede decirse que el hecho de pertenecer a una clase social, sitúa al individuo en una serie de circunstancias socioeconómicas que condicionan no sólo los estímulos que va a recibir, sino los valores en los que es socializado, las actitudes que se forma y, en general, su manera de ver e interpretar el mundo". (p. 324).

De lo señalado anteriormente podemos desprender que los sujetos van construyendo su identidad y su visión del mundo a partir de los procesos históricos que les corresponde vivir y de los modelos de sociedad predominantes en dichos períodos y, en consecuencia, de las condiciones sociales, económicas y culturales que les toca vivir. Como numerosas investigaciones han señalado, nuestra percepción es determinada por el contexto ecológico en que vivimos. Nuestras creencias religiosas, nuestras ideologías políticas y sociales, las ideas sobre lo que es correcto e incorrecto, e inclusive nuestras teorías científicas son en gran medida definidas por los contextos sociales en que se desarrollan (Deconchy, 1986).

En nuestro país, en el presente siglo, estos contextos y modelos de sociedad se han encontrado fuertemente asociados con modelos políticos y económicos de desarrollo. En este sentido, en los últimos treinta años se pueden distinguir por lo menos tres ensayos de proyectos sociales que han importado cambios drásticos en las formas de representarse la realidad social, estos son; la revolución en libertad (1964 - 1970), la vía chilena al socialismo (1970 - 1973) y la modernización autoritaria (1973 - 1989) (Marx, 1993). Cada uno de ellos ha influido en la representación que las personas tienen de la sociedad y de los distintos fenómenos que en ella ocurren y han definido la dinámica sociocultural que se desarrolla en su interior. De este modo, la pobreza como fenómeno sociocultural también ha sido reconceptualizada a través de estos períodos, generándose distintas explicaciones para su origen, actitudes frente a su existencia y propuestas para su solución. Así, por ejemplo, en la década de los sesenta y principios de los setenta, el fenómeno de la pobreza se encuentra asociado a problemas estructurales de la organización social, como son la distribución de los recursos y la detención de la propiedad y los medios de producción.

Consecuentemente con esta representación de la sociedad y sus problemas, los jóvenes de la época se constituyen en actores sociales con fuerte capacidad de movilización y comprometidos con proyectos políticos bien definidos. La superación de la pobreza en este período se percibía dependiendo del compromiso de todos los actores sociales. "Es así como la demanda por la coherencia entre discurso ideológico y vida cotidiana entre los jóvenes de los setenta marcó los proyectos de vida de muchos de ellos." (Marx, 1993, p. 165)

Esta situación se vio radicalmente modificada con la implementación del modelo de modernización autoritaria durante el período del régimen militar. El modelo económico neoliberal y la lógica del libre mercado trajeron consigo nuevas formas de representarse a la sociedad y sus fenómenos. Esta nueva modernidad tendió a generar una "sociedad dual" caracterizada por la existencia de grupos modernizados ligados a la economía y la cultura internacional, con servicios sociales diversificados en oposición a sectores mayoritarios de la población que han sido dejados de lado por esta modernidad, y que sobreviven en la economía informal o dependen de la ayuda estatal, sin oportunidades de movilidad social (Tironi, 1990). De lo que se trata en este modelo es de eliminar los vestigios socializantes de la acción del estado, presentes en los proyectos anteriores, para dar paso a la iniciativa personal más afín con el capitalismo (Marx, 1993).

El asentamiento de este modelo y de sus valores en la sociedad se llevó a cabo a partir de una ofensiva propagandística desarrollada a través de los medios de comunicación de masas en la que el éxito y el consumo se impusieron como vías de integración al sistema y en donde la negación de la pobreza fue una forma de homogeneizar las opiniones de la

población en torno a la promesa de la modernidad (Fuenzalida, 1991). En contraposición con esta imagen exitista de la modernidad, los jóvenes populares debieron enfrentar una cadena de profundas frustraciones iniciada con la imposibilidad de ingresar a la educación superior y seguida por la escasez de empleos adecuados a sus expectativas originales (Marcel, 1990), quedando, de esta forma, excluidos del proceso de desarrollo del país del cual la promesa de la modernidad invitaba a ser parte. (Weinstein, 1991; Morales y Souza, 1992). "Así entre los jóvenes de los sectores populares, se genera una situación de extranjería social; si se nos permite, de exclusión de la posibilidad de realizar los modelos de vida propuestos, (...) porque la sociedad no está satisfaciendo la demanda básica de los sistemas de personalidad en la cultura, es decir, no provee modelos de vida sustentables, biografías habitables, un mundo orientado donde encontrar caminos" (Canales, Rodríguez y Undiks, 1990, p. 316).

Este modelo de modernización, y la forma en que se impuso, influyeron fuertemente en los procesos generativos de la identidad de los jóvenes populares. Como E. Erikson (1980) señala, si bien el proceso de la identidad se elabora a lo largo de todo el ciclo vital, éste se estructura críticamente en la juventud, siendo las experiencias sociales y culturales que les corresponde vivir a los jóvenes, determinantes decisivos de su actuar, pensar y sentir. De este modo, al situar el desarrollo psicológico en íntima combinación con el desarrollo socio-histórico, la identidad queda definida como "un proceso que, al mismo tiempo que se sitúa en el núcleo del individuo, está también en el núcleo central de su cultura colectiva". (Erikson, 1980, p. 21).

De la descripción anterior podemos desprender que los jóvenes populares emergen como un grupo vulnerable a la influencia de los discursos exitistas y consumistas de la modernización que rompían con la tradición de los modelos de identidad más colectivos y comunitarios de los proyectos de sociedad precedentes. Esto se ve agravado por la situación de pobreza de estos jóvenes, los que, al no tener acceso real a los medios de consumo, quedan excluidos tanto de los productos materiales como simbólicos de la modernidad, vivenciando de esta forma una "doble exclusión" (Weinstein, 1991). Este proceso lleva a la desubjetivación (Turainne, 1992) de los jóvenes populares, es decir, a la separación entre estos jóvenes, en tanto actores protagonistas de su cultura, y la sociedad moderna, perpetuando su situación de exclusión.

Con la llegada de la democracia las prioridades del estado cambiaron, y la transición se puso como una de sus metas principales la integración de estos jóvenes excluidos, a través de la reparación de lo que en la época se llamó la "deuda social" (Comisión Programa Juvenil de la Concertación Democrática, 1989). En este ámbito, durante los primeros años del nuevo gobierno, el tema de la integración juvenil fue abordado fundamentalmente desde el modelo del daño psicosocial, de modo tal que las políticas desarrolladas se orientaron en dos grandes líneas temáticas (Cortés, 1994): la primera conformada por aquellos programas destinados a solucionar los problemas psicosociales que actuaban como elementos perpetuadores de la pobreza entre los jóvenes; y la segunda por un conjunto de programas destinados principalmente a entregar a los jóvenes de sectores pobres las habilidades y competencias necesarias para integrarse al mundo laboral.

Sin embargo, luego de iniciado este proceso, muchas expectativas juveniles se vieron frustradas. La esperada integración de estos sectores aún no se ha producido y los espacios abiertos por las políticas impulsadas desde el estado, sólo han provocado que un reducido número de jóvenes -que corresponde a los sectores organizados- se integren al quehacer nacional. (Morales y Souza, 1992). De hecho, la información gubernamental a este respecto indica que más del 50% de los jóvenes considera que su situación sigue igual o peor que durante el gobierno militar y que la imagen de la nueva institucionalidad democrática se encuentra bastante deteriorada entre la juventud en general y entre los jóvenes populares en particular. (Primera Encuesta Nacional de Juventud, INJ 1994; Primer Informe Nacional de Juventud, INJ 1994).

Sin duda alguna que esta situación es un gran obstáculo al momento de abordar el problema de la superación de la pobreza, ya que, como argumentara Lewis (1969): "la falta de participación e integración efectivas de los pobres en las principales instituciones de la sociedad general es una de las características decisivas de la cultura de la pobreza" (p. 48). Se podría hipotetizar que la explicación a este fenómeno puede radicar en el hecho de que el Estado no ha considerado en el diseño de sus políticas sociales la subjetividad del mundo juvenil. A este respecto los estudios realizados por los Psicólogos sociales han concluido que "La incorporación de las dimensiones del sujeto y de la subjetividad juvenil permitirá girar la lente, desde un énfasis en la inserción de los excluidos, a una búsqueda del desarrollo integral." (Asún, Alfaro y Morales, 1994, p.8), este cambio de foco podría traducirse, por ejemplo, en un replanteamiento de las políticas de erradicación de la pobreza

existentes hacia los jóvenes, a partir de la consideración de las categorías con las que éstos se representan la pobreza y su propia experiencia como pobres.

La primera consideración que debemos realizar para abordar esta problemática es que la relación entre los jóvenes y la pobreza, como fenómeno social, se encuentra mediatizada por una serie de elementos tales como creencias, percepciones, imágenes y valores (Ibañez, T. , 1988), a partir de los cuales los jóvenes construyen una serie de categorías que definen el tipo de relación que éstos tendrán con ella y la representación de su propia situación como pobres. Es a estas categorías de representación a las que la presente investigación se refiere como subjetividad juvenil.

De esta forma, la presente investigación se propuso explorar estas dimensiones subjetivas del vivir juvenil en torno al tema de la pobreza y los pobres. A continuación se expondrán los principales antecedentes que permiten una mejor comprensión del problema de investigación planteado.

CAPÍTULO 2

APROXIMACIÓN GENERAL AL TEMA DE LO JUVENIL EN CHILE

2.1. PERSPECTIVAS DE LO JUVENIL.

El período juvenil ha sido, a lo largo del tiempo, conceptualizado de diversas formas. La definición más general utilizada actualmente es la entregada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que indica que la juventud es el período comprendido entre los 15 y los 24 años de edad. Sin embargo el criterio etéreo es sólo uno más de los ocupados para abordar los procesos propios de esta etapa. La Psicología y otras disciplinas de las ciencias sociales han elaborado distintas perspectivas para aproximarse y comprender los procesos que ocurren en la juventud.

A. continuación revisaremos las principales visiones que se han desarrollado en torno a la temática de lo juvenil, de modo de obtener una comprensión global de las distintas definiciones y criterios de análisis a partir de los cuales se han desarrollado acciones y programas dirigidos a los jóvenes.

2.1.1. Perspectiva Psicológica.

Desde la psicología del desarrollo los cambios asociados a la etapa juvenil han sido descritos bajo el concepto general de adolescencia. La adolescencia ha sido definida como un período de transición y cambio entre la visión infantil y la incorporación del mundo adulto. Comienza alrededor de los 12 o 13 años y termina cerca de los 21.

Los comienzos de la adolescencia están dados por un conjunto de cambios a nivel biológico y psicológico. A nivel biológico está caracterizado por cambios en el sistema gonadal-hipofisiario los que producen un proceso de maduración sexual caracterizado por el apareamiento de la menarquia en las niñas y las primeras poluciones en los niños, lo cual culmina con la adquisición de la capacidad reproductiva. Estos fenómenos madurativos se manifiestan en una aceleración del crecimiento, una pérdida momentánea de la armonía corporal y el apareamiento de rasgos sexuales secundarios. La disarmonía corporal se refleja inicialmente en un crecimiento acelerado de las extremidades y en un pronunciamiento de los rasgos faciales para, hacia finales de la etapa, reestablecerse la armonía corporal a partir del crecimiento del tronco corporal y una desaceleración en el crecimiento de las extremidades. Estos cambios biológicos tienen una significación y un impacto en el ámbito psicológico.

En lo psicológico, los cambios traen consigo una nueva vivencia acerca de sí mismo, existe un aumento de la impulsividad y bipolaridad afectiva, los que originan una pérdida del control sobre la conducta, pérdida de la espontaneidad y, en algunas ocasiones, quiebre de las relaciones interpersonales.

Alrededor de los 14 años aproximadamente se produce un impacto en la imagen personal, esto se traduce que la persona se siente poco atractiva y con defectos, tiende a ocultarse, a evitar la observación de los demás.

El comportamiento del adolescente en un primer momento se vuelve polar, es decir, él es su principal objeto de atención. El proceso subyacente a la polaridad de este comportamiento se denomina proceso de individuación (Blos, 1962; Mahler, Pine &

Bergman, 1975) el cual consiste en el “agudizamiento de las fronteras que le separan a uno mismo de los demás, el corte de los lazos con los objetos de la infancia y la toma de distancia frente a los padres” (Papalia y Wendkos, 1989, p.113)

El proceso de individuación se expresa en la tendencia al aislamiento, más que un deseo de estar solo se trata de un rechazo a lo masivo, por otra parte hay una búsqueda de establecer amistades íntimas ya que este estilo de interacción le permite establecer diálogos donde el tema central es uno mismo. También se observa un tendencia a la extravagancia que expresa un deseo de realizar acciones que lo individualicen y lo distinguan de los demás, buscando llamar la atención mediante cualquier medio que tenga a su alcance (vestimenta, modos, habla).

Durante la adolescencia es posible observar el apareamiento de un tipo de pensamiento denominado hipotético-deductivo, lo cual implica un cambio cualitativo de las funciones cognitivas. Este tipo de pensamiento está caracterizado por la capacidad de plantearse distintas posibilidades, comprobar hipótesis mentalmente y ajustarlas a la solución de problemas, lo que produce a menudo en el adolescente, una sobreestimación de sus capacidades y conocimientos y se siente dueño de la verdad, a esto se le suele denominar “omnipotencia del pensamiento juvenil “ (Papalia y Wendkos, 1989).

El desarrollo psicológico del adolescente se centra en la relación con el ambiente sin perder la perspectiva de su individualidad, de modo que el joven debe encontrar como sujeto una ubicación en el mundo que vive. En este sentido el adolescente debe alcanzar una autonomía respecto de sí mismo, de los demás y de la sociedad, planteándose como procesos críticos de esta etapa el lograr una independencia de la familia, una capacidad de

dirigir y controlar la conducta de acuerdo a las normas; y participar en la toma de decisiones.

A partir de los procesos anteriormente descritos, se derivan un conjunto de cambios en la personalidad del adolescente. Se puede señalar que el comportamiento del joven varía entre el control rígido y la entrega a los impulsos. Lo primero aumenta las tensiones, la insatisfacción y la frustración en el adolescente, lo segundo debilita su autoestima y la percepción de autoseguridad. Este conflicto central representa la dinámica de la personalidad juvenil.

Los procesos característicos de la dinámica de la personalidad, son la fantasía y la actitud teórica intelectualizadora, ambos procesos facilitan el control y la regulación de la conducta. La fantasía representa una forma sustitutiva de satisfacción de necesidades y resolución de conflictos; y la actitud teórica intelectualizadora se refiere a la construcción de teorías acerca de diversos aspectos de la vida.

Por otro lado, la tendencia a centrarse en la realidad externa se traduce en una personalidad extrovertida hacia finales de la etapa. Como el adolescente encuentra dificultades en su ambiente, el grupo de referencia asume importancia como complemento esencial para definirse y configurarse.

Las actitudes propias de la adolescencia son una orientación altruista y una actitud mesiánica frente a la vida y la sociedad, que revelan el idealismo propio y característico de esta etapa. Estos motivos sociales se traducen en conductas definidas como la búsqueda de un ideal universal y el desarrollo de un espíritu de entrega y sacrificio desinteresado, las cuales se acentúan a medida que el adolescente va descubriendo las

inconsistencias y contradicciones del mundo adulto, generándose la rebeldía y la protesta juvenil. Finalmente, el adolescente encuentra en el grupo de pares el lugar donde puede discutir, analizar, cuestionar y plantear soluciones que le permitirán superar las contradicciones del mundo adulto.

2.1.2. Perspectiva Psicosocial.

La Psicología Social ha elaborado una mirada sobre el período juvenil en la cual el elemento considerado como más característico del desarrollo de esta etapa es el de **identidad psicosocial**. La identidad es la diferenciación personal inconfundible, es definición o, mejor dicho, autodefinición de la persona ante otras personas, ante la sociedad, la realidad y los valores. (Erikson, 1980.).

La identidad es un proceso de naturaleza psicosocial y contiene elementos cognitivos: el individuo se juzga a sí mismo a la luz de cómo advierte que le juzgan los demás, en comparación con ellos mismos y ante la influencia de alguna tipología significativa para él. Cuatro elementos o niveles distingue Erikson (1980) de modo expreso en la identidad: el sentimiento consciente de la identidad personal; el esfuerzo inconsciente por la continuidad del carácter personal; la síntesis del yo y de sus correspondientes actos y la interior solidaridad con la identidad e ideales del grupo.

La juventud al ser un momento evolutivo de búsqueda y consecución de la identidad necesita una moratoria psicosocial (Erikson, 1980), es decir “(...) un tiempo para integrar los elementos de identificación y de identidad atribuidos por otros y adquiridos por el propio sujeto en fases anteriores de su desarrollo y experiencia” (Papalia y

Wendkos, 1989). Reaparece así, la idea de la juventud como período de aplazamiento, de demora o de espera a una madurez adulta.

En los jóvenes la conformación de la identidad está “haciéndose” en un doble nivel: como proceso individual y como centro de la cultura colectiva. En este período los elementos irreversibles (temperamento, experiencias infantiles y socialización) se asocian con más fuerza al entorno sociocultural (roles, sistemas ideacionales, etc.) y que corresponden al modo de estar vinculados al sistema social (Marx, 1993).

La dimensión social de la identidad da cuenta, además, “(...) de la disponibilidad de acceso a recursos, de un modelo de intercambio entre distintos actores sociales. El actor se constituye a partir de las reglas de intercambio, su identidad está ligada a este contexto” (Marx, p. 162, 1993). La imagen de sí mismo, por ejemplo, se elabora a partir de la percepción de sí mismo y en relación a los otros. La identidad en términos socioculturales, expresa el reconocimiento de la pertenencia a distintos espacios: país, raza, clase, generación, sexo, etc.. Todos elementos que constituyen al individuo, y los individuos los constituyen a todos (Marx, 1993).

En ese sentido, la identidad tiene una instancia de elaboración interna, relativa al yo, y un ámbito de estructuración simbólico supraindividual, el cual se refiere a la ubicación social y la interacción cultural. Y como tal, en su conformación se expresan las contradicciones en los procesos de lucha de los distintos grupos por el control de los mecanismos de autoproducción de lo social.

En el mismo sentido, el logro de las tareas madurativas está fuertemente asociado a los recursos que la sociedad entrega a sus generaciones jóvenes. En sociedades

desiguales, por ejemplo, los jóvenes que no disponen de recursos suficientes para satisfacer sus necesidades básicas, enfrentan un mayor riesgo de fracaso maduracional. En relación a esto, los principales cuestionamientos a esta concepción clásica de la formación de la identidad se refieren a que la existencia de un período de moratoria psicosocial, “(...) es posible como tal en sociedades industriales desarrolladas, y que no se daría en sociedades como las latinoamericanas en donde hay altos niveles de desigualdad y en donde la moratoria pudiera homologarse a marginalidad ligada a la cesantía o el subempleo” (Asún , Alfaro y Morales, p. 6., 1994).

2.1.3. Perspectiva Normativa.

Las ciencias sociales y en particular la escuela estructural funcionalista han incorporado la categoría de socialización como la mediación entre sistema cultural y orden social, en la que la juventud se define por su tránsito a la madurez social, esto es, al cumplimiento de los roles adultos que organizan la regularidad del orden social.

Se entiende por socialización “el proceso por cuyo medio la persona humana aprende e interioriza, en el transcurso de su vida, los elementos socioculturales de su medio ambiente, los integra a la estructura de la personalidad bajo la influencia de experiencias y de agentes sociales significativos, y se adapta así al entorno social en cuyo seno debe vivir” (Rochet, 1991).

Desde esta perspectiva las personas se apropian de información significativa para su desenvolvimiento social. Esa información se refiere fundamentalmente a valores y normas, claves de la cultura de una sociedad. Es decir, aprendemos lo bueno y lo malo,

lo que se debe y no se debe hacer. Este cúmulo de información se transmite socialmente, es la influencia de experiencia y de agentes sociales la que tiene el papel de inyectar la cultura en el proceso del desarrollo humano. Los agentes de socialización más destacados son la familia y la educación, reconociéndose otros como el trabajo, los grupos de pares y la socialización.

La socialización es un proceso permanente en la vida de cada persona y de este modo cada experiencia nos informa de los diversos espacios sociales por donde nos debemos desplazar como personas. Desde este concepto, la noción de juventud está asociado a una noción de tránsito, de ciclo de la vida humana, en que se va desde la niñez a la adultez y que socioculturalmente se nos aparece como un momento de la vida de un grupo de la población bajo un estado de moratoria, esto es, en un retraso socialmente aceptado y planificado, en cuanto a la capacidad de asumir los roles adultos (productor, consumidor, contribuyente, ciudadano, padre, madre).

No se les puede exigir a los jóvenes lo que a los adultos, por ello es un retraso socialmente aceptado. Pero a la vez se debe asegurar que alcancen la madurez social, que logren adquirir las destrezas psicosociales para ejecutar los roles que cada cultura orienta a seguir.

De este modo moratoria y socialización es el par de categorías con el que las ciencias sociales han buscado comprender y explicar la vida social de aquel grupo de la población que demográficamente se califica como joven.

2.1.4. Perspectiva Demográfica.

El estudio sistemático de poblaciones humanas define como criterio demarcatorio para la población juvenil un plano etéreo, validado por la Organización de Naciones Unidas (ONU), entre los 15 y los 24 años.

La mayor proporción de población juvenil en Chile y en el resto de Latinoamérica se verificó durante la década de los ochenta (CEPAL, 1985). Sin embargo, a partir de la segunda mitad de esta década la proporción relativa de los jóvenes inició su descenso, proceso denominado transición demográfica. En Chile, durante 1955 las personas de 15 a 24 años representaban el 17,2% de la población total, siendo en el año 1980 el 21,2% de la población, con una proyección de 16,5% para el año 2000 (MIDEPLAN, 1990). La tasa de crecimiento de la población juvenil de un 2,5% en la década de los sesenta cae al 1,4% en el período intercensal 82 - 92 (INE, 1992). De modo tal que a fines de 1990 el total de la población entre 15 y 24 años en Chile era de 2.546.166 jóvenes, lo que correspondía a un 19,6% de los chilenos (INE, 1992) de los cuales un 49,2% correspondía al sexo masculino y un 50,8% al sexo femenino.

Este proceso de transición demográfica, de inicial expansión, especialmente en el segmento juvenil de la población y su posterior disminución del crecimiento expresa los significativos cambios en las tasas de mortalidad y especialmente de la natalidad de las últimas décadas, impactando el volumen y la distribución poblacional por grupos de edad. El cambio de estos factores demográficos explica el significativo incremento de la población joven desde 1950 hasta la primera mitad de la década del cincuenta y su paulatino descenso.

Al desagregar por grandes grupos de edad, se aprecia que tanto la población infantil como juvenil han disminuido proporcionalmente entre los años 1982 y 1992 mientras que los mayores de treinta años han incrementado su volumen y peso relativo en la población total. De este modo, se evidencia un tendencial proceso demográfico de envejecimiento (INE, 1993).

La población joven representaba en 1982 el 30% de la población total, en tanto que el año 1992, esta proporción se reduce a un 27,3%. Al efectuar esta comparación intercensal de los jóvenes a nivel regional, se aprecia que en las regiones I, V, XII y Metropolitana, el porcentaje de la población juvenil ha disminuido con mayor significación. Por otra parte, en las regiones IX, X, VIII y VI este descenso ha sido menor al sostenido por la población total juvenil. El análisis de estos cambios implica considerar la compleja interrelación de las tasas de natalidad diferenciales de acuerdo al grado de modernización social y cultural, y por ende, a los niveles de urbanización de las regiones, y a los fenómenos migratorios de la población joven hacia los centros urbanos que ofrecen mayores y mejores oportunidades de educación y empleo.

La distribución de los jóvenes por zona geográfica presenta diferencias respecto de la población total. El 83,8% del grupo de edad de 15 a 29 años vive en el área urbana y el 16,1% en el sector rural, proporción que es relativamente distinta a la población total del país, la cual se distribuye en un 80,1% en el área urbana y un 19,8% en el sector rural. “Esta diferencia podría interpretarse como un indicador de la incorporación social de los jóvenes a los procesos de modernización del país” (Reinoso, 1994. p. 26).

Al incorporar la variable sexo en el análisis por zona geográfica, se constata una mayor proporción de hombres jóvenes en el sector rural, de tal manera que en los centros urbanos hay un porcentaje mayor de mujeres jóvenes. Esta situación de asimetría demográfica presenta una disminución significativa a partir del quinquenio 15 a 19 años, proceso de algún modo por la migración femenina en busca de mejores oportunidades de empleo (INE, 1993).

2.2. CAMBIOS SOCIOCULTURALES Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LO JUVENIL.

La dinámica cultural se presenta como un tema de vital importancia para la comprensión del mundo juvenil. Los jóvenes viven su cultura internalizando las razones para vivir un presente y esperar un determinado futuro, adquiriendo los elementos que le dan sentido a su relación consigo mismo y con el entorno social.

Esta característica humana de incorporar sentido a la vida social, es fundamentalmente una actividad colectiva, aunque sea vivida por cada individuo en particular. “La vida social se construye en base a sistemas de símbolos y de organizaciones que constituyen las fuentes de legitimidad y seguridad que permiten a los individuos saber dónde se encuentran y al mismo tiempo qué hacer en esta realidad concreta. Esto es lo que constituye la matriz cultural que da sentido a la vida social de los jóvenes”.(Marx, 1990, p.3)

Dentro de los procesos socioculturales ocurridos en Chile en la última década son tres los que han influido, significativamente, en la construcción de la identidad y de la visión de mundo de los jóvenes de los noventa.

2.2.1 La crisis de la modernidad

Según Norbert Lechner (1988) “ la modernidad es ante todo un proceso de secularización :el lento paso de un orden recibido a un orden producido(...). Ya no existe una ley absoluta ni una tradición sagrada que encaucen la voluntad humana y son los hombres mismos los que han de autolimitarse” (p.5). De este modo, la crisis de la modernidad emerge como una crisis de sentido, como el quiebre con las certezas básicas que la constituyeron desde su origen.

Los componentes de la matriz cultural sobre la que se sustenta la modernidad son : la racionalidad científica, que privilegia el control técnico sobre la naturaleza; la relatividad de la verdad; una nueva concepción del tiempo en la que el futuro pasa a ser percibido como un tiempo mejor, emergiendo la noción del progreso como fruto de la capacidad humana de planificar y transformar la realidad; el mercado, como organizador de las relaciones sociales; y la democracia, como la aspiración de un orden social que asegure la articulación de las voluntades individuales en un proyecto que represente lo colectivo (Marx, 1990). Son estos elementos lo que hoy en día son cuestionados en la crisis de la modernidad.

“Proclamar el ocaso de la modernidad conlleva el reconocimiento de varias muertes: la del sujeto que construye el mundo sea mediante la consciencia o mediante el

trabajo; la de la representación en varios sentidos de la palabra (política, estética, y en el proceso del conocimiento); y la del iluminismo. Tras ese reconocimiento yace otro (...): no somos lo que éramos o creíamos ser, de que las verdades que nos daban el sentido de la existencia son errores o verdades a medias, y de que el gran proyecto es un relato más entre muchos otros”.(Hopenhayn, 1984, p.4).

Los signos del desencanto característico de la crisis de la modernidad son la pérdida de fe en el progreso y en su capacidad de profundizar las libertades y de hacer reales los derechos para todos, en definitiva de lograr la utopía de la modernidad: el progreso y el bienestar infinitos.

2.2.2. La expansión de la industrialización urbana

En Chile, como en toda América Latina, los procesos de cambio cultural han estado asociados en gran medida a la industrialización urbana, proceso vinculado fuertemente a la penetración del poder económico y político de los países industrializados y particularmente a la hegemonía cultural del hemisferio norte.

Es importante considerar, para efectos de esta investigación, algunas características del impacto sociocultural que el proceso de industrialización ha tenido en la sociedad chilena en las últimas décadas siendo las principales de ellas; (1) una creciente urbanización, caracterizada por la actividad industrial que promovió el surgimiento y crecimiento de centros urbanos que se transformaron en sectores de atracción de la población rural, especialmente de la juventud; (2) una expansión de la educación, caracterizada por la ampliación de la educación pública que se constituyó en

un medio de masificación de la escolaridad y un aumento de los índices de educación de la población; (3) una mayor incorporación de la mujer a la vida laboral, que ha significado una alteración en el funcionamiento de la dinámica cultural a través de los cambios en las atribuciones de roles al interior de la familia y la sociedad; (4) una preponderancia de los medios de comunicación de masas en la vida nacional, cuya principal manifestación es la influencia de la televisión en los principales procesos de socialización; (5) una mercantilización de las relaciones sociales, en donde el mercado aparece como el mecanismo de concreción y distribución de los valores de las personas; (6) una transformación económica desigual al interior del país, en la cual se produce el crecimiento de sectores económicos altamente productivos junto a la permanencia de grandes áreas de bajo rendimiento y desarrollo deprimido; y, (7) finalmente, una terciarización de la economía expresada en la expansión del empleo urbano en el sector de servicios modernos y en la ampliación de la ocupación informal.

Los elementos anteriormente descritos apuntan a la transformación que la industrialización implicó en el campo de las relaciones interpersonales, institucionales y en todos los ámbitos que tienen que ver con la sociedad. Es importante considerar que este es un proceso que se da a la par con la modernidad, pero que en los países latinoamericanos asume una contradicción central cual es que su implementación está orientada externamente desde el núcleo de la modernidad occidental.

“Este conjunto de procesos se han desarrollado y se siguen haciendo desde una racionalidad que no considera ni respeta el ethos (identidad) cultural de amplios sectores sociales, amenazando destruir elementos centrales de su identidad colectiva” (Marx,

1990. p. 6). La discusión en torno a las consecuencias más profundas del proceso de industrialización aún está abierto, sin embargo, resulta importante señalar dos conclusiones generales que se han establecido a este respecto “en primer lugar se ha producido una universalización de un nuevo esquema, identificado con la fragmentación social, la diferenciación, la resistencia a lo estatal, la promoción de la privatización, y la internacionalización; y en segundo lugar se ha producido una legitimación de la posibilidad de que existan diferentes caminos para la implementación de esta nueva modernización, claramente ejemplificado por el camino autoritario establecido por el régimen militar en Chile” (Tironi, 1990, p.14).

2.2.3. Modelos fundacionales de sociedad e identidad juvenil.

La construcción social que se ha realizado de los jóvenes así como también su propia identidad como actores sociales ha dependido en gran medida de los modelos de sociedad que han imperado en el país a través de las distintas épocas. “En Chile en la década del 60’ siempre se homologó el concepto de juventud para referirse a los estudiantes, y más específicamente a los universitarios” (Asún, Alfaro & Morales, 1984. p.6). En los años 60 - 70, la matriz básica de constitución de los actores sociales era la política, esta era el camino a través del cual se accedía a la integración social. Ello implicaba la predominancia del subjetivismo en el sistema social, es decir, la definición de las categorías sociales en términos de acción o de movilización.

Los jóvenes de esta época eran socialmente identificados como la clase dirigente, aunque estuvieran en la oposición o se movilaran contra el gobierno de turno, y más aún

si apoyaban las políticas de dicho gobierno. De algún modo, con independencia de la ideología que se tuviera, los distintos sectores de la sociedad definían a este sector juvenil como una parte integrada, como parte dirigente de la sociedad (Garretón, 1993).

La política abarcaba todos los ámbitos de la vida pública y privada, los partidos políticos en estas décadas, pasan a constituirse no sólo en organismos de representación de la voluntad ciudadana, como ocurre en cualquier parte del mundo, sino que se constituyen como verdaderas subculturas. “Se asemejan a comunidades ético - religiosas, que abarcan todas las esferas de la vida privada y pública, y también estilos de lenguaje y sociabilidad. Los partidos eran formas de vida más que estrictamente organizaciones instrumentales (...), una ilustración de esto es que cuando se le preguntaba a alguien cómo era una determinada persona, la respuesta aludía normalmente a la afiliación político-partidaria (...)” (Garretón, 1993. p. 94). En estos términos, la juventud era definida por su capacidad de constituirse como actor social, además, su fuerza movilizatoria se sostenía en la adhesión a convicciones políticas de carácter globalizante, totalizadoras. “Es así como la demanda por la coherencia entre discurso ideológico y vida cotidiana entre los jóvenes de los 70’ marcó los proyectos de vida de muchos de ellos” (Marx, 1993. p. 165).

Esta situación se vio radicalmente modificada con la implementación del modelo de modernización autoritaria durante el período del régimen militar. El modelo económico neoliberal y la lógica del libre mercado trajeron consigo nuevas formas de representarse a la sociedad y sus fenómenos.

El régimen militar tuvo un doble carácter; por un lado se trató de un régimen altamente represivo, por otro lado, tuvo una dimensión transformadora y modernizadora en varias esferas de la sociedad (Garretón, 1993).

El proyecto político autoritario, definió un estilo de participación y organización que aseguró el ejercicio de la hegemonía por un grupo dirigente, en base a la negación de la democracia y a la instauración del modelo neoliberal. A la acción inhibitoria de la práctica social colectiva por los sistemas represivos implementados con rigor, se sumó la desarticulación de gran parte de los mecanismos de organización y representación de las demandas sociales. “Se trataba de romper con las ideologías tradicionales: frente a la democracia representativa afirmar una forma autoritaria (dictatorial); frente al Estado gestor reclamar la libertad del individuo regulada a través del mercado; frente a las solidaridades colectivas oponer la competencia de todos contra todos; frente a la movilización social (de masas) proclamar una sociedad disciplinada” (Marx, 1990, p. 7)

A partir de esta época la sociedad chilena comenzó a desarrollar un proceso de modernización que se sostuvo en el mercado como asignatario no sólo de bienes materiales sino también de los significados que ordenan las relaciones sociales. Es decir, no sólo la economía sino toda la sociedad se ordena y codifica desde las claves del mercado.

Esta nueva modernización generó una sociedad dual (Tironi, 1990) caracterizada, por un lado, por la presencia de grupos minoritarios ligados a la economía y con un acceso amplio a los bienes de consumo, y por otro por grupos mayoritarios dejados de lado por esta modernidad y que sobrevivieron en el marco de la informalidad, al margen del mercado. “La principal víctima de esta dualización es la juventud. Su socialización la motiva

insistentemente a participar en la sociedad moderna, lo que la deja en el fatídico “baile de los que sobran” (Tironi, 1990, p.15).

Los procesos antes descritos, tienen un importante efecto sobre la noción de juventud, el concepto homogéneo presente en la década de los 60-70 se diversifica y tiende hacia la informalización y la marginalización (Garretón, 1993). En primer lugar, la juventud deja de tener una connotación elitaria para pasar a ser una categoría mucho más amplia, en la medida que existe un aumento de la proporción de estudiantes en la educación media (lo cual ha llevado paulatinamente a tener una educación universalizada de doce años) y se reduce el estamento estudiantil en la educación universitaria. Por otra parte, el carácter profundamente represivo del régimen militar produce grandes cambios al interior del mundo estudiantil universitario, los que en las décadas 60-70 tenían un puesto asegurado en la élite dirigente o intelectual del país durante el régimen militar pasan a tener un futuro laboral y profesional incierto, rasgo que hasta hoy caracteriza a la condición estudiantil.

En segundo lugar, la diversificación de la categoría juvenil, que se enmarca dentro del proceso de marginalización global, alude a que ésta deja de identificarse estrictamente como actor social con la categoría estudiantil y surgen con fuerza relativa otros segmentos dentro de ella que se plantean sus propias demandas y afirman su propia identidad. “Así, se despliega, especialmente en lo que algunos llaman el sector informal, la juventud pobladora. Culturalmente se combinan barricadas y neoprén, restos de política heroica debido a la lucha contra la dictadura y girones ideológicos. Porque las ideologías de los sesenta que daban cuenta de los problemas personales y sociales, del modo como cada uno se integraba

y transformaba la sociedad y resolvía su vida individual, pierde ese papel” (Garretón, 1993, p.96-97). De este modo surge como una categoría de análisis la del “joven urbano - popular” (Weinstein, 1985), en que lo popular queda anclado con la noción de pobreza y con la pertenencia territorial y cultural a localidades pobres. De esta forma la categoría de joven urbano - popular surge para referirse a “una otra juventud” (Weinstein, 1985), lo que queda ilustrado por la conceptualización que el Estado chileno hace de los jóvenes a comienzos de los 70: “son jóvenes todas aquellas personas comprendidas entre los 10 y 25 años que estudian, trabajan, o estudian y trabajan a la vez” (ODEPLAN, 1971). La otra juventud corresponde a aquellos jóvenes que en los 80 no estudian ni trabajan, y que irrumpen de diversas formas en el espacio público.

La categoría de joven urbano - popular surge a la par del concepto de daño psicosocial, que intentaba caracterizar los efectos psicológicos de la aplicación del modelo neoliberal (Asún, Alfaro y Morales, 1994). El concepto de daño psicosocial se caracterizó básicamente por tres elementos (Weinstein, Aguirre y Téllez, 1990); (a) se trataba de dificultades graves que impedían que un individuo desarrollara sus potencialidades en distintos ámbitos de la vida en sociedad. Estas dificultades afectaban tanto el presente como el futuro personal de los jóvenes, disminuyendo sus capacidades y sus oportunidades; (b) se trataba de dificultades que tenían un origen propiamente social, ligadas a la permanencia de un individuo en un determinado entorno conflictivo o carenciado; (c) se trataba de deterioros valorizados negativamente por la sociedad, los daños estaban asociados a conductas consideradas socialmente inadecuadas, de tal modo que los individuos reconocidamente dañados sufrirían además un proceso de estigmatización social.

Se establece de este modo, una relación entre el daño psicosocial de los jóvenes con la crisis económica desatada a comienzos de los 80, donde se alcanzaron altas tasas de desocupación juvenil, que en 1982 alcanzaron un 32% (CASEN, 1992). Se atribuía a esta relación una capacidad explicativa del conjunto de conductas problema desarrollada por los jóvenes de la época. “La tesis básica de este período fue que, la deserción escolar y desocupación masiva hizo que los jóvenes populares quedaran excluidos del sistema social en un contexto simultáneo de desarrollo de la modernidad y el autoritarismo político” (Asún, Alfaro, Morales, 1994, p. 6). Para el desarrollo de esta tesis se utilizó como eje conceptual del análisis juvenil de los 80 el concepto de anomia (Merton, 1987). La aplicación de la teoría planteaba básicamente que se producían tendencias de desintegración en la estructura social en la medida que existía una disfunción entre las metas sociales y la estructura de oportunidades de una sociedad. De esto se derivó determinados tipos de comportamientos problema, donde el retraimiento y la rebeldía juvenil habrían ocupado un rol central en América Latina en la década de los 80.

Estos comportamientos problema generados por el desfase entre exigencias socialmente generadas y oportunidades que la sociedad entrega para satisfacerlas habrían producido el daño psicosocial. Específicamente las conductas que darían cuenta de este daño corresponderían al conjunto de mecanismos compensatorios utilizados por los jóvenes para enfrentar la situación permanente de exclusión social (Asún, Alfaro, Alvarado y Morales, 1991).

En conclusión, los procesos de cambio cultural vividos durante el régimen autoritario modificaron de una forma radical la construcción de la categoría juvenil,

produciéndose una heterogeneización y marginalización progresiva de los actores sociales incluidos en ella .

2.2.4 Los jóvenes de los noventa : Una mirada psicosocial

El advenimiento de la transición democrática trajo consigo una modificación de la matriz de convivencia social. El carácter autoritario y represivo de la relación entre el Estado y la sociedad civil dio paso a formas de participación y expresión más democráticas, no obstante la mantención del modelo neoliberal como proyecto de desarrollo económico del país.

El proceso de transición política instaurado en Chile desde de 1989 hasta la fecha ha producido importantes cambios en la convivencia sociocultural entre los chilenos, influyendo de este modo en la forma en que los jóvenes de los noventa construyen su identidad y se expresan socialmente. En primer lugar, existe un cambio en relación con la participación política respecto al régimen militar, se legaliza la participación ciudadana a través de los partidos políticos, y de esta manera, se abren espacios formales de expresión. Sin embargo, la transición también implicó la elaboración de una agenda político-social en donde los problemas priorizados resultan lejanos al sentido común de la ciudadanía al estar caracterizados por dos elementos básicos: el ser, en algunos casos, opciones temáticas relacionadas con la institucionalidad política y alejadas de la vida cotidiana de la ciudadanía; y, el que los problemas sociales efectivamente relacionados con la cotidianidad de la gente son debatidos desde una racionalidad tecnocrática que excluye a la sociedad civil del debate público.

En segundo lugar, en el proceso de transición se produce la consolidación del modelo neoliberal como proyecto de desarrollo económico de la sociedad democrática. Los gobiernos del período post dictatorial han centrado sus políticas en la progresiva reducción del aparato estatal como elemento regulador al interior de la sociedad y en el fomento de las privatizaciones, procesos que han derivado en el crecimiento de la capacidad del mercado de regular las relaciones sociales. En síntesis, se ha identificado a la modernidad con una forma particular de modernización caracterizada por el predominio de la razón instrumental y el imperio de la cultura de masas articulada por medios de comunicación (Garretón, 1993)

La sociedad de los noventa vive el reemplazo de la visión subjetivista de la cultura tradicional por la lógica del mercado. “El pragmatismo competitivo vació, de actores el sistema político y lo profesionalizó. Aún cuando la reinstalación de la democracia ha cambiado el ejercicio del poder autoritario hacia modos de participación más ampliados, el funcionamiento del sistema parece depender menos de la acción de las fuerzas sociales y más de la capacidad de representación de sus dirigentes”(Marx, 1993, p.165). Este es un proceso asociado a la estabilización del sistema político, lo que ha implicado una orientación ética particular del período de la transición, el cual privilegia el carácter más pragmático e instrumental de la vida social por sobre la ética de la convicción que sostuvo la subjetividad política de las décadas anteriores.

Por otra parte, iniciada la transición el modo de concebir a los jóvenes queda integrado a este importante conjunto de cambios socio-políticos; el Estado elabora una disposición de acción institucional hacia lo juvenil. Es decir, elabora un discurso acerca

de los jóvenes y un conjunto de acciones al interior del programa de gobierno. La principal diferencia con el discurso y las acciones del gobierno autoritario radica en empezar a procesar cierto nivel de demandas juveniles como costo de una modernización bajo la fórmula: jóvenes acreedores de la deuda social (Cottet & Galvan, 1993).

Los jóvenes son una preocupación del Estado al interior de la responsabilidad política de asegurar igualdad de oportunidades en el acceso a los procesos de modernización. Junto a ello, se hace cada vez más reiterativa la concepción problemática de los jóvenes, en los 90' la representación por excelencia de lo juvenil es la del "joven problema", algo así como el portador de un síndrome epocal, ya la figura no va asociada a una identidad social ni tampoco a movimientos ni movilizaciones activas, sino que se trata del "joven en general", el énfasis está en los efectos del período en un sujeto de alta exposición al riesgo biopsicosocial (Asún, 1994).

Para intentar una comprensión de las acciones juveniles en el marco de los procesos sociales vividos durante la presente década, es necesario superar la figura del joven problema. "La comprensión de los jóvenes como población en déficit y en riesgo, además de reproducir la imagen de joven problema, hace de los jóvenes objeto de políticas de rehabilitación y sanción, logrando situar la responsabilidad de estas acciones en instituciones especializadas" (Cottet & Galvan, 1993. p.9). Por su parte los indicadores que convierten a los jóvenes en población en riesgo no constituyen la verificación de un problema psicosocial, sino más bien, indican las dificultades socioculturales de construir referencias simbólicas comunes. La drogadicción, la sexualidad alterada, la violencia y la delincuencia son problemas en cuanto obstaculizan

el diálogo, la organización de la convivencia social y la construcción de espacios comunes en los que se reconozcan identidades diversas. Así, el problema lo constituye la ausencia de visiones de mundo, de proyectos sociales en los que cobren sentido los proyectos personales.

Por otra parte, se ha hecho común dentro del discurso social -sobre todo a partir de la influencia de los medios de comunicación masiva- el estereotipo del joven apático, que “no están ni ahí”, no sólo respecto a la acción política administrada por los partidos, sino con relación a los propios programas sociales (Donoso & cols., 1994). A este respecto debemos señalar que la afirmación que caracteriza al joven como “apático” proviene del ámbito institucional, de los soportes valóricos y normativos de la estabilidad cultural, social y política, no proviene de los jóvenes. En cuanto a la afirmación “no estoy ni ahí”, esta tiene una connotación distinta en el discurso juvenil y sin embargo es el pretexto para justificar la calificación de apatía del joven desde el mundo adulto, específicamente institucional esta afirmación juvenil “puede entenderse como una respuesta activa, como un desacuerdo, y no como un “retraimiento”, un desinterés, que es la connotación del discurso institucional de la apatía” (Cottet & Galván, 1993. p.10).

El estigma de la apatía nace cuando se considera sólo el punto de vista del orden social -expresado en la oferta institucional- relegando lo que se le resiste como caos o amenaza. La concepción de sociedad que enfatiza el orden social, impone un contrapunto entre integración y exclusión: los que están dentro y los que están fuera.

Finalmente se ha señalado que en los jóvenes de los 90's se ha producido una internalización del estereotipo de lo juvenil, el cual ha permeado la individualidad y las

relaciones sociales. Este estereotipo traspasa la subjetividad buscando la captación de aquellas manifestaciones juveniles desarrolladas al margen del sistema y/o invirtiéndolas en su sentido, para posicionarlas ante la sociedad como atentatorias a las instituciones básicas y a la moral dominante. De este modo, la juventud de los 90' transforma la identidad contracultural -predominante en los jóvenes de la década de los 80'- en una identidad subcultural, en la cual sus símbolos son apropiados por la cultura dominante que los comercializa y masifica tendiendo a su universalización, a través de lo cual, lo que era el vínculo de identidad de un grupo marginado pierde su valor distintivo al pasar a ser de uso general, con lo que ocurre una inversión del significado del símbolo, al separarse del contexto del grupo original que lo creó. De este modo el símbolo niega su original contenido (Duarte, 1994).

CAPÍTULO 3

JUVENTUD Y POBREZA.

Las Naciones Unidas define el concepto de pobreza como : “Una situación que impide al individuo o a la familia satisfacer una o más necesidades básicas y de participar plenamente en la vida social”(ONU). Podemos observar dentro de esta definición los siguientes elementos; en primer lugar se trataría de un fenómeno de naturaleza esencialmente económica que obligaría a un porcentaje de la población de un país a tener que establecer prioridades para la satisfacción de sus necesidades básicas, y en segundo lugar se trataría de un fenómeno sociocultural, asociado a la participación de las personas en diferentes ámbitos de la vida pública.

Convencionalmente se ha estimado que las necesidades que básicamente debería satisfacer una persona o grupo familiar son las siguientes (Teitelboim, 1990): (1) alimentación, (2) mantención de la salud y reproducción biológica, (3) socialización y educación básica, (4) información, recreación y cultura, (5) transporte público, (6) comunicaciones y (7) seguridad social. Sin embargo, existen otros tipos de necesidades básicas, que no se realcionan directamente con lo económico, pero que influyen y determinan ciertos niveles de pobreza, estas son : afecto, participación, creación, identidad, libertad, medio ambiente y otras.

La medición de la satisfacción de las variables indicadas en un individuo o grupo familiar establecerán las categorías de lo que significa ser “pobres” y “no pobres”. Sin embargo la definición de estas categorías se ha modificado sustancialmente a través de la

historia a partir de los contextos culturales que le ha correspondido vivir a cada sociedad (Hobsbawn, 1968). A continuación revisaremos los principales elementos socioculturales que influyen en la delimitación de la pobreza y las manifestaciones más relevantes observadas en el ámbito juvenil chileno.

3.1 POBREZA Y MODERNIDAD

La pobreza parece acompañar a la modernidad desde siempre, ambos conceptos han aparecido indisolublemente vinculados a través de la historia moderna. Tres son las características o tendencias de la pobreza moderna; su heterogeneidad, que da cuenta de una diversificación en las situaciones de pobreza, su internacionalización que provoca que este fenómeno se manifieste en todas las partes del mundo y su privatización, que representa una tendencia hacia la desfiscalización de las políticas sociales con la correspondiente pérdida de la responsabilidad social y el creciente aumento de la responsabilidad individual en la superación de la pobreza. (Bengoa, 1995). El actual discurso modernizador, en base a estas tres tendencias construyen nuevas categorías sociales de pobres y no-pobres las que afirman su identidad en la carencia y la integración, y cuya responsabilidad sería asunto de cada individuo, llevando a la disolución en el mercado de los antiguos actores colectivos: profesionales, obreros y campesinos (Touraine, 1989).

Estos procesos de modernización han llevado a una modificación de la percepción de la vida cotidiana en estos nuevos actores sociales al emerger los graves contrastes sociales como un corte que atraviesa la vida hasta en sus rutinas más minúsculas. De este

modo, la sensación que desarrollan los excluidos del mercado y los integrados a él es diametralmente distinta. “Para los sectores excluidos del desarrollo, la inseguridad de la existencia es cosa de todos los días: inseguridad física en las grandes ciudades, inseguridad en el empleo y de la promovida pero frustrada movilidad social” (Hopenhayn, 1994, p. 23-24). Todos estos factores conllevan a que los pobres experimenten una cotidianidad donde se vivencia el efecto precariedad (Hopenhayn, 1994) donde la vida se vuelve frágil. Por otro lado, para los integrados la dimensión cotidiana de la vida supone una diversificación progresiva del consumo y una veloz incorporación de las ventajas del avance tecnológico. De este modo la vida cotidiana de los no-pobres está plagada de un ilimitado acceso a los beneficios del desarrollo llevando a la sensación de un clima de permanente provisoriedad. (Hopenhayn, 1994)

3.1.1. Sobre pobres y pobreza.

La pobreza es un concepto relativo por definición. Hay una pobreza absoluta que tiene relación con la carencia de los medios básicos para sobrevivir, “salvo en situaciones extremas, al hablar de pobreza no se está refiriendo a ese nivel sino a la pobreza relativa”(Bengoa, 1995, p.1). A medida que existe crecimiento económico, acceso a nuevos bienes y servicios, modernización de las relaciones económicas y sociales, la percepción de las carencias se complejiza y en consecuencia los conceptos de pobreza se relativizan. Se puede afirmar que la modernidad como matriz sociocultural del proceso de desarrollo produce un nuevo tipo de pobreza : **pobres por atraso**, esto es poblaciones

a las cuales el progreso va dejando atrás, y **pobres por modernización**, esto es poblaciones pobres producidas por el propio desarrollo económico (Bengoa, 1995).

La pobreza por atraso se relaciona con lo que podríamos llamar en Chile pobreza tradicional, es decir poblaciones donde el crecimiento económico por sí solo no suele llegar, nos referimos a lugares sin servicios básicos ni bienes de consumo modernos que han sufrido una suerte de estancamiento en el tiempo, están caracterizados por la marginalidad territorial de los centros urbanos y por la presencia de flujos migratorios hacia áreas más modernizadas.

La pobreza por modernización es básica pero no exclusivamente urbana y está definida por la naturaleza desigual del crecimiento económico. Siguiendo el análisis de los investigadores del PET, se trata de que el propio crecimiento económico y su dinámica son los generadores de la pobreza, de modo tal que mientras este modelo de desarrollo exista con su desigual distribución del ingreso se mantendrán las condiciones de pobreza de un importante número de la población (Vega, 1996).

Desde un punto de vista socio-cultural, dentro de los pobres por modernización se pueden distinguir dos subculturas: la “cultura de la decencia” y la “cultura de la pobreza dura”. El concepto de decencia define la disposición actitudinal de algunas personas pobres a realizar caminos de movilidad social ascendentes (Martínez, 1996). La cultura de la decencia se construye sobre la base de cuatro mandatos morales básicos (Martínez, 1996): el primero tiene que ver con la sexualidad y es el mandato de la honra, en su versión más original se refiere a la tradición del honor familiar; el segundo es el mandato de la honestidad, el cual se refiere al cuidado de la propiedad y los bienes y a la necesidad

de decir siempre la verdad; un tercer mandato se refiere a la temperancia, que tiene que ver con el cuidado del propio cuerpo y con el mantenimiento del estado de salud y esto a través del alejamiento de las disipaciones y de los excesos; y finalmente, el cuarto mandato es el de la trascendencia que da cuenta de la necesidad de la gente popular por formar parte de una causa común, de una fe común que se expresa en la necesidad simbólica de concelebrar un culto con los otros igualmente decente.

Esta cultura de la decencia configura un tipo de pobreza que es sensible a las políticas sociales, a las variaciones en el empleo, a los planes de capacitación y a los aumentos en el salario. Se constituye por gente que busca oportunidades para surgir, que no se identifica con el estado de carencia, y que busca distinguirse de la pobreza dura. De este modo, representa al importante sector de la población popular que busca esforzadamente la integración al sistema, confiando en las posibilidades de movilidad social.

Por otra parte, la cultura de la “pobreza dura” está constituida por aquel sector de la población popular que se presenta insensible a los efectos de las políticas sociales, al aumento de las plazas en el mercado de trabajo y al crecimiento económico. Son personas y familias que han sido anteceditas muchas veces por generaciones con reiteradas experiencias frustradas de integración. (Bengoa, 1995). Lo que prima en esta subcultura es la desesperanza respecto de las posibilidades objetivas de movilidad social, y en consecuencia una presencia de valores opuestos a los socialmente compartidos. (Martinez, 1996) Las comunidades y grupos que se encuentran en esta

situación cultural presentan altos niveles de descomposición social y de desarrollo de conductas problemáticas.

En torno a esta forma de vivir la pobreza se genera un fuerte proceso de identidad grupal y un menosprecio por los integrados al sistema. Son la gente que perdió la esperanza y se rearticuló en la simple sobrevivencia.

3.1.2. La pobreza como categoría social

Los movimientos sociales de fines del siglo pasado y principios de este siglo desarrollaron una ardua lucha para permitir que los pobres se transformaran en sujetos sociales. Lograron ser actores del mundo social al constituirse en obreros, campesinos, proletarios y desprivatizaron la pobreza transformándola en una responsabilidad social.

En los últimos veinte años se han producido vertiginosos cambios en las visiones de mundo surgiendo la convicción que la figura de un Estado benefactor no es posible. Las consecuencias de este cambio de mentalidad han sido, la privatización de la producción, el surgimiento de la creencia que los privados son más eficientes que los sectores públicos y que por lo tanto los sistemas de reproducción cultural como la educación y los medios de comunicación deben pertenecer a los sectores privados.

De este modo se ha transformado el carácter social de la pobreza surgiendo la idea de su privatización, es decir, “la creencia de que la responsabilidad de los pobres reside en ellos mismos y en las decisiones que tomen los privados, movidos por la piedad, el altruismo o la solidaridad” (Bengoa, 1995. p.3).

La nueva pobreza privatizada es, sin embargo, muy diferente a la antigua, ya que se construye a partir de la frustración. Es una pobreza de personas que fueron convocadas por el discurso modernizador, a la igualdad, la democracia y la fraternidad, que vieron la oportunidad de acceder a la modernidad y el fracaso de su intento. es por ello que existe en el mundo moderno una conciencia de la pobreza diferente de la antigua, es una mala conciencia connotada por un sentimiento cultural de derrota.

A partir de la privatización de la pobreza, los pobres se constituyen en una nueva categoría social. Es una categoría definida por la carencia y se produce como efecto del quiebre de las argumentaciones. Se percibe crecientemente que de nada sirve plantear los problemas que lleva la pobreza frente a las categorías insensibles de la economía.

“La categoría de pobre representa el triunfo de la disolución sociales, de los actores, de los movimientos sociales dotados de propuesta y personalidad. Es el triunfo de la carencia, la nada transformada en absoluto, sin tiempo, sin esperanza, sin relación con la historia, la pobreza queda definida a través de lo que no se tiene” (Bengoa, 1995. p. 3).

3.2. JUVENTUD Y SITUACIÓN DE POBREZA

3.2.1. La medición de la pobreza en Chile.

Se han diseñado diversas metodologías para evaluar las condiciones de pobreza en las personas. Una de ellas es la perspectiva de análisis de la “**línea de pobreza**”, la cual trabaja sobre la base del nivel de ingreso de los hogares permitiendo distinguir dos tipos de situaciones de pobreza; la pobreza absoluta y la pobreza relativa.

En relación a la pobreza absoluta el método de línea de pobreza consiste en hacer una comparación entre los ingresos per cápita de un hogar y el valor de una canasta de alimentos que permita, a cada uno de los miembros de éste, satisfacer los requerimientos calóricos y proteicos. De esta manera, se realiza una estratificación de acuerdo con las posibilidades de satisfacción de esta necesidad básica perentoria. “Si el ingreso familiar per cápita es igual o inferior al valor de esa canasta, el hogar en cuestión califica de pobre indigente.(...) Si este hogar gastara todo su ingreso en alimentación no alcanzaría o apenas alcanzaría a satisfacer las necesidades alimentarias de sus integrantes. Si gasta en ítemes distintos a la alimentación (vivienda, transporte, vestuario, etc.), cosa que evidentemente debe hacer, no alcanza a satisfacer sus necesidades alimentarias(...). Por otra parte, si el ingreso familiar per cápita de un hogar es mayor al costo de una canasta básica e inferior al costo de dos canastas, el hogar en cuestión califica de pobre no indigente. Este hogar apenas tendría los recursos suficientes para atender sus necesidades alimentarias y otras básicas no alimentarias. (...) Los restantes hogares, aquellos cuyo

ingreso familiar per cápita es igual o superior al costo de dos canastas básicas de alimentos, calificarían de no pobres en la dimensión ingresos". (Raczynski, 1992, p. 10).

El principal instrumento utilizado en nuestro país para evaluar la pobreza es la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) que es llevada a cabo por el Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN). Una de las propiedades de esta encuesta es la estratificación de la población en términos socioeconómicos, permitiendo identificar grupos de mayor vulnerabilidad social y medir el impacto redistributivo del gasto social en los hogares.

A este respecto, la conceptualización de "grupos vulnerables" se ha utilizado crecientemente en la definición y focalización de sujetos de políticas sociales, entendiéndolos como grupos de personas susceptibles de ser afectados por condiciones socialmente adversas. De esta manera, la condición de vulnerabilidad, opera no sólo en los grupos que están bajo la línea de pobreza sino también en aquellos que están inmediatamente sobre ella. Pueden ser afectados adversamente ante cualquier cambio negativo que se produzca en el nivel de ingreso del hogar. Si bien se podría argumentar que en tal eventualidad las personas de diferentes niveles de ingresos son impactadas por igual, los grupos que están sobre la línea de pobreza, que no han tenido la capacidad de invertir o ahorrar lo suficiente, pasan rápidamente a la condición de pobreza, mientras que quienes hayan logrado generar una brecha positiva suficientemente amplia, acumulando ahorros significativos, permanecen relativamente protegidos.

3.2.2. Caracterización de la pobreza juvenil.

Se ha indicado que el sector juvenil aparece como uno de los más vulnerables a los efectos del daño psicosocial provocado por la pobreza. Los datos entregados por la encuesta CASEN de 1992 nos indican que el nivel de pobreza juvenil es análogo al observado en el total de la población, existiendo un 8,09% de jóvenes pobres indigentes, un 23,24% de jóvenes pobres no indigentes y un 68,67% de no pobres en términos socio-económicos. Sin embargo, pese a estas similitudes en el nivel de pobreza, los jóvenes presentan importantes diferencias en relación a la población total, especialmente en el desempleo, en el ingreso per cápita, en la salud, la vivienda y la educación.

3.2.2.1. Desempleo juvenil.

En relación al desempleo juvenil, la encuesta CASEN de los años 90 y 92 señalan que la tasa de desocupación ha evolucionado positivamente en el país. Este aspecto es altamente relevante por la asociación estrecha que existe entre pobreza y desempleo. En efecto, la tasa promedio de desempleo en los jóvenes bajó de 16,3% en 1990 a 12,8% en 1992. No obstante lo anterior la tasa de desocupación juvenil supera los totales nacionales en todos sus grupos de edad.

Desde 1988 a 1993 se constata que el desempleo para la población total disminuyó de manera significativa casi a la mitad. Este fenómeno es más atenuado en la población juvenil para el grupo menor de 24 años. Para los jóvenes propiamente tales (20 a 24 años), la disminución del desempleo fue de un 40% y para los adolescentes (15 a 19 años) de un 25%, ciertamente muy inferior al total nacional (Reinoso, 1994). Si bien el

peso desocupacional es mayor en el grupo adolescente, es de mayor preocupación el quinquenio de 20 a 24 años, debido a su mayor participación en la fuerza de trabajo.

A pesar de la disminución de la desocupación en términos globales, al comparar intragrupalmente la evolución de sus tasas respecto del total nacional, se evidencia que los adolescentes en 1988 tenían un nivel de desempleo que equivalía 2,1 veces la tasa nacional, mientras que 1993 asciende a 2,9 veces, aumentando su desocupación relativa (INE, 1992).

Desde la perspectiva de género se aprecia que los jóvenes varones tuvieron un mejoramiento relativo, comparado con las mujeres jóvenes. El desempleo entre los varones bajó en 4,4 puntos porcentuales, al mismo tiempo que las mujeres jóvenes lo hicieron en 1,3 puntos porcentuales. En este caso es posible afirmar que las personas que estaban en peores condiciones (y que tal vez tenían mayores expectativas, como se demuestra por la mayor presión que han ejercido sobre el mercado laboral) ser beneficiaron menos de los puestos de trabajo que generó el aparato productivo.

También se puede observar que persiste la enorme desigualdad en la tasa de desocupación juvenil según nivel de ingreso. En 1990 la desocupación del quintil más pobre de la población era 31,1 puntos porcentuales más elevada que la del quintil más rico, disminuyendo sólo a 23 puntos esta diferencia en 1992. Desde esta perspectiva, queda en evidencia la interrelación directa que existe entre pobreza juvenil y desempleo.

Estas características del desempleo reflejan la dificultad de la población joven al incorporarse al mercado laboral y el impacto que ello tiene en la tasa nacional de desocupación aún en un período de crecimiento económico.



3.2.2.2. Ingreso juvenil per cápita.

Otro aspecto que merece consideración es el promedio del ingreso per cápita de los hogares donde habitan jóvenes pobres e indigentes. Por ejemplo, según la encuesta CASEN 1992, el promedio de ingreso per cápita estimado para los jóvenes indigentes de 15 a 19 años que residían en zonas urbanas era \$8.623, mientras que el valor de una canasta básica de alimentos era de \$12.875. De estos datos se puede derivar que que estos hogares necesitan incrementar en casi un 50% sus ingresos promedios para contar con los recursos que les permitan solucionar, únicamente sus problemas de alimentación.

Población de 15 a 24 años por tramos de ingreso total

Número de canastas	Rural				Urbano					
	Tramo de ingreso (2)		Población N°	%	Tramo de ingreso (2)		Población N°	%		
0 - 0,5	0	a	4.960	7.971	1.7	0	a	6.437	39.404	1.9
0,5 - 1,0	4.961	a	9.920	36.981	7.9	6.438	a	12.874	117.218	5.8
1,0 - 1,5	9.921	a	14.881	64.486	13.7	12.875	a	19.312	233.248	11.5
1,5 - 2,0	14882	a	19.841	65.345	13.9	19.313	a	25.749	248.692	12.3
2,0 - 2,5	19842	a	24.802	66.764	14.2	25.750	a	32.187	230.049	11.4
2,5 - 3,0	24.803	a	29.762	61.128	13.0	32.188	a	38.624	198.663	9.8
3,0 - 3,5	29.763	a	34.723	40.448	8.6	38.625	a	45.062	145.610	7.2
3,5 - 4,0	34.724	a	39.683	24.398	5.2	45.063	a	51.500	130.524	6.5
4,0 - 4,5	39.684	a	44.644	22.611	4.8	51.501	a	57.937	103.860	5.1
4,5 - 5,0	44.645	a	49.604	17.139	3.6	57.938	a	64.374	86.241	4.3
5,0 - 5,5	49.605	a	54.565	10.920	2.3	64.375	a	70.812	63.170	3.1
5,5 - 6,0	54.566	a	59.525	8.662	1.8	70.813	a	77.249	52.444	2.6
6,0 y más	59.526		y más	42.917	9.1	más	de	72.250	373.699	18.5
	Total Rural			469.770	100.0	Total Urbano			2.022.822	100.0

El cuadro anterior permite observar la distribución de los jóvenes que estaban bajo la línea de pobreza e indigencia y la brecha económica que debían cubrir para superarla.

Así mismo permite conocer la distribución de aquellos que superaban la línea de pobreza, revelando las condiciones de vulnerabilidad de la población juvenil. Podemos observar que el 45% de los jóvenes urbanos se encuentra en una condición de vulnerabilidad socioeconómica. En consecuencia un número importante de jóvenes podía obtener entre 1 y 3 canastas, en tanto, sólo el 30% más rico de los jóvenes urbanos accedía a 4 canastas y más.

3.2.2.3. Acceso a la salud.

En relación a la salud, la información existente revela la alta vulnerabilidad de la población juvenil en problemas tales como el consumo de alcohol y drogas, la propagación del SIDA y el embarazo no deseado. Sólo en este último aspecto se estima -según datos del INE- que los nacidos vivos de madres menores de 20 años sobrepasan los cuarenta mil al año, lo cual equivale al 13,8% del total de nacidos vivos en el país. Según la información recogida por la encuesta CASEN en 1990, cerca del 64% de las embarazadas menores de 20 años se concentraba en los dos primeros quintiles de más bajos ingresos (MIDEPLAN - UNICEF, 1993).

En relación a la atención médica se consignó que en el trimestre previo a la realización de la encuesta CASEN 1990 la población juvenil consultante constituía el 22,8% del total de solicitantes y el 31,1% de la población juvenil nacional. Respecto del tipo de atención solicitada destacan los servicios dentales entregados a los jóvenes en proporción a la demanda del total de la población.

Otro dato ilustrativo que proporciona la encuesta CASEN 1990 es la afiliación al sistema previsional de salud. Aquí se constata que la afiliación de los jóvenes es muy parecida al comportamiento de toda la población del país. Es así como a fines de 1990, dos de cada tres jóvenes procuraba satisfacer sus requerimientos de atención médica a través del sistema público de salud. Observando a los jóvenes del quintil más pobre se aprecia que el 50.4% estaba adscrito al grupo A de este sistema (indigentes o carentes de recursos, beneficiarios de pensiones asistenciales y causantes de Subsidios Único Familiar).

La afiliación de los jóvenes al régimen de Isapres no sobrepasó el 14%, mientras que el otro 15% declaró atenderse en forma particular. Por último, es importante señalar que la afiliación al sistema de Isapre por nivel de ingreso es muy desigual, concentrándose entre los jóvenes de más altos ingresos en sus hogares.

3.2.2.4. Acceso a la vivienda.

En relación al tema de la vivienda, la encuesta CASEN 1992 señala que uno de cada ocho jóvenes (13%) habitaba viviendas consideradas en condiciones “deficitarias”, mientras que un 10,6% residía en viviendas que se han definido como “aceptables, pero con mejoras”¹.

¹ Sobre la base de la información recogida por la encuesta CASEN 1992 se construyó un indicador de “materialidad” de la vivienda. Éste sintetiza los datos sobre los materiales y calidad de muros, techos y pisos, y clasifica a las viviendas en que residen los hogares encuestados en “buenas”, “aceptables”, “aceptables con mejoras o recuperables” y “deficitarias o de reemplazo”. Los criterios utilizados para su definición consideran, en primer lugar, que el elemento determinante para esta clasificación es el muro y, el menos importante, el piso (MIDEPLAN, 1992)

Poco más de la mitad de los jóvenes (52, 3%) habitaba viviendas que son de propiedad de sus familias y cuyo valor estaba cancelado. Casi un sexto (15,6%) residía en viviendas en proceso de pago y un porcentaje semejante (16,7%) lo hacía en viviendas cedidas. Arrendaban viviendas individuales el 11% de los jóvenes, en tanto que el 2,2% habitaba en piezas arrendadas y cerca del 1% de los jóvenes eran moradores de hecho.

En un documento de MIDEPLAN sobre la situación habitacional del país², se determinó que a fines de 1990 los hogares afectados por el problema del allegamiento, se situaban en alrededor de 1.350.000, de los cuales 955.000 eran hogares y núcleos allegados, mientras que 395.000 eran exclusivamente receptores de allegados.

Al analizar el fenómeno del allegamiento, según la edad de los jefes de hogar y de núcleo, la encuesta CASEN 1992 indica que el 34,5% de los hogares allegados eran dirigidos por un joven cuya edad era igual o menor a 29 años; otro 47,6% pertenecía a hogares encabezados o por un adulto entre 30 y 49 años y el 18% restante tenía jefatura de personas de 50 años y más. Esta relación se invierte drásticamente para el caso de los núcleos allegados donde el 58,5% de ellos era dirigido por un joven menor de 30 años, los adultos entre 30 y 49 años disminuían su participación en el allegamiento a 34%, en tanto los de 50 años y más sólo representaban el 7,5% de los núcleos allegados. De acuerdo con los porcentajes recién citados y considerando la proporción de población que cada uno de esos grupos de edad representaba, es posible concluir que las parejas jóvenes son, en términos absolutos y proporcionales, las más afectadas por el allegamiento habitacional. Este fenómeno es más frecuente en las zonas urbanas, el 35,9% de los

² Ver "Situación habitacional del país: Habitabilidad y allegamiento". MIDEPLAN, 1992.

jóvenes jefes de hogar y el 59.2% de los jefes de núcleo que habitaban en estas áreas se encontraban en situación de allegamiento, mientras que en la zona rural estos valores eran de 28,4% y 55% respectivamente.

Finalmente, las cifras insinúan lo difícil que resulta para los jóvenes lograr autonomía en el ámbito habitacional, factores como la inestabilidad laboral, las altas tasas de desempleo y los bajos ingresos de los jóvenes atentan contra la capacidad de ahorro de éstos, condición indispensable para los programas habitacionales del país.

3.2.2.5. Situación educacional juvenil.

Una primera aproximación al tema educacional corresponde a evaluar la distribución de la alfabetización y del nivel de analfabetismo en la población juvenil. Según el censo de 1992, para el tramo de 15 a 29 años se constató un 1,8% de analfabetismo. Esta cifra representa el 12,3% del total de analfabetos en el país.

Desagregando por sexo, se constata que el analfabetismo juvenil es levemente superior en los hombres que en las mujeres (2,08% y 1,54% respectivamente), situación que varía notablemente al incluir la ubicación geográfica. Si bien los jóvenes rurales analfabetos representan el 11,39% del total de los jóvenes de esa área geográfica, proporción mayor que aquellos que se ubican en el sector urbano (3,29%), son particularmente los hombres rurales del grupo 15 a 29 años los menos alfabetizados con un 14,39%, casi el doble de analfabetismo que las mujeres (7,72%), situación que en el área urbana presenta una diferencia mínima (3,49% y 3,1% respectivamente).

Esta diversificación también se aprecia en el nivel de instrucción de la población juvenil. Por una parte, en términos generacionales, el grupo de edad juvenil presenta un mayor nivel de escolarización que las generaciones de sus padres y mucho más que las de sus abuelos, procesos vinculados a la urbanización y agudización de la expansión de la cobertura educacional en las últimas dos décadas. Según las estadísticas del MINEDUC (1992), la cobertura para la enseñanza media aumentó de poco menos de 50% en 1970 a un 80% en 1990. Al desagregar por niveles de ingreso se encuentra que la cobertura del primer quintil es de 73,4% y la del quinto de 96,6%, lo que se estima refleja una mayor deserción de los jóvenes pobres del sistema escolar (INJ, 1993). respecto de la deserción escolar, la misma fuente concluye que el 20% de jóvenes más pobres sólo alcanzan a completar la enseñanza básica, en cambio el 20% más rico de los jóvenes terminan la enseñanza media completa, y algo más de un año de enseñanza superior.

En la perspectiva de género, los datos censales de 1992 permiten diversificar a hombres y mujeres según el tipo de educación media. La enseñanza media industrial, agrícola y marítima son predominantemente masculinas (89,2%, 77%, 76,1 correspondientemente), situación que es inversa en la enseñanza media comercial, donde las mujeres alcanzan un 68.8%. En tanto que la enseñanza media común, la de mayor volumen de jóvenes, es relativamente simétrica, con una leve mayoría femenina (51,6%) (Reinoso, 1994). Estos porcentajes indican una distribución relativamente tradicional de los roles sexuales en la enseñanza secundaria, especialmente en la técnica-profesional.

A nivel de la educación superior, también se observa una expansión significativa de la cobertura. En el año 1989 Chile tenía 34 universidades, 53 institutos profesionales

y 133 centros de formación técnica, un total de 220 instituciones para este nivel educativo, mientras que en 1992 aumentan universidades y centros de formación técnica a 67 y 76 respectivamente (MINEDUC, 1989, 1992).

Para el censo de 1992 la población joven que tiene algún grado de instrucción en la educación superior³ asciende a 454.761, es decir, un 12,4% de la población juvenil total y un 86,5% del total de personas con instrucción de educación superior. Esto significa que este grupo de edad tiene mayores grados de escolaridad que las generaciones precedentes y una mayor especialización profesional.

3.3 EFECTOS PSICO-SOCIALES DE LA POBREZA EN LOS JÓVENES.

La literatura existente a este respecto es consistente en señalar que la pobreza profundiza y agrava los daños psicosociales al colocar a los que en ella viven en una situación de mayor vulnerabilidad psicosocial (Weinstein, Aguirre y Téllez, 1990; Canales, Rodríguez y Undiks, 1990; Asún, Alfaro y Morales, 1995).

El concepto de **daño psicosocial** alude básicamente a tres características (Weinstein, Aguirre y Téllez 1990);

1. Se trata de dificultades graves que impiden que un individuo desarrolle sus potencialidades como persona en distintos ámbitos de la vida en sociedad. Estas dificultades afectan tanto el presente como el futuro personal, y se constituyen en daño al ser un proceso de deterioro personal.

³ Se entiende por algún grado de educación superior a las personas que han recibido a lo menos un año de instrucción en este tipo de instituciones.

2. Se trata de dificultades que tienen un origen propiamente social, ligadas a la permanencia del individuo en un entorno conflictivo o carenciado. No se incluyen entonces, los deterioros producidos por problemas biogénicos ni por accidentes fortuitos.
3. Se trata de deterioros que son valorizados negativamente por la sociedad. Los daños están asociados a conductas que son consideradas socialmente inadecuadas o directamente inmorales, de tal suerte que los individuos reconocidamente dañados sufren también cierta estigmatización social.

De la anterior definición se puede desprender que el daño psicosocial es deterioro en distintas dimensiones (el cuerpo, la psiquis, la sociabilidad, las prácticas sociales) que se van potenciando entre sí. Se trata siempre de mermas graves al desarrollo integral de las personas pobres, que limitan seriamente cualquier proyecto personal.

De este modo, los jóvenes que viven en condiciones de pobreza se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad psicosocial ya que disponen de menos y más débiles recursos protectores (familia, inserción institucional, manejo de información, etc.) frente a los riesgos mayores que significa vivir en un estado de stress crónico (DSM III - R, 1988).

En este sentido, un núcleo familiar protector impedirá que los jóvenes tomen contacto con situaciones que puedan significarles daño, dotará de capacidades a los mismos jóvenes para saber enfrentarse a ellos, o en último caso, intentará reparar las heridas ya producidas. Nada de esto ocurrirá en un contexto de pobreza familiar (desintegración, violencia, carencia afectiva, etc.), muchas veces ligada a la pobreza

material. Es más, a veces la familia misma se constituirá en una fuente de daño al inducir a los jóvenes a prácticas que derivarán posteriormente en deterioro.

Los estudios o el empleo pueden también constituirse en una forma de protección de los jóvenes pobres. Participando de estas instituciones los jóvenes desarrollan prácticas productivas, adquieren cierto status valorado socialmente y se incorporan a grupos de iguales que son estimulantes. Se protegen tanto por lo que hacen como por lo que dejan de hacer en el tiempo y el espacio inútil de la calle. Por lo mismo no es raro que se encuentre una fuerte asociación entre la exclusión social de estos jóvenes y la delincuencia o la drogadicción.

Por último, también el manejo de información puede aumentar las defensas frente a los daños. En buena medida, como resultado de las carencias, los jóvenes pobres tienden a exhibir debilidades en su información, que los hacen más vulnerables. Las encuestas sobre conocimientos sexuales por ejemplo, muestran como los jóvenes pobres tienden a tener menos conocimientos sobre la reproducción y mayores prejuicios y creencias erradas, que conspiran contra el logro de una sexualidad segura (Palma, 1990).

La pobreza equivale a vulnerabilidad, tanto para caer en circuitos de daño como para no poder salir a tiempo de ellos. Esta condición de vulnerabilidad no sólo alude a que los sujetos pobres son sometidos con mayor frecuencia a situaciones estresantes sino que incluso cuando son sometidos a factores estresantes iguales presentarían un nivel más elevado de sintomatología que las personas de clases sociales superiores (Páez, 1986). Es por esto que los jóvenes pobres no sólo tienden a estar más masivamente dañados que los jóvenes de otros grupos sociales, sino también lo están más gravemente al ser los efectos

negativos de éste más amplios y perdurables en su desarrollo (Weinstein, Aguirre y Téllez, 1990).

En Chile los fenómenos que han estructurado la realidad social y personal de los jóvenes populares es la vivencia de exclusión y discriminación (Valenzuela y Solari, 1982). Sobre estos jóvenes pende la amenaza constante y omnipresente de no poder acceder y mantenerse en los canales sociales que permiten continuar y/o manejar las ya difíciles condiciones de vida de sus progenitores. Son y se sienten excluidos, percibiendo constantemente el peligro de caer en la marginalidad.

Cuando se habla de “exclusión”, no se quiere decir desintegración, ausencia de normas o asocialidad a pesar de que, efectivamente, la juventud popular ha desarrollado conductas antisociales, esto ha sido un proceso posterior que le ha permitido hacer explícita su situación de exclusión y tratar de generar una identidad desde la carencia o el no tener (Tsukame, 1990).

Para los sectores juveniles populares el signo más dramático de su vida personal es la cotidiana amenaza a la dinámica de inserción social. Escolarizados en un grado al que sus padres no accedieron, sus expectativas de realización y movilidad social se ven erosionadas por tasas de desempleo más altas que la de los sectores adultos y por una educación media que se limita a certificar estudios, pero que guarda poca relación con las habilidades, destrezas y conocimientos que exige la estructura productiva actual.

Las consecuencias psicosociales de la pobreza en el segmento juvenil han sido abordadas en la investigación social, a través del estudio de tres fenómenos que por su incidencia y prevalencia en los últimos años representan los principales problemas

sociales de la transición: la delincuencia juvenil, el consumo de drogas y el embarazo adolescente.

3.3.1 Consumo de drogas.

En los últimos años, uno de los problemas que ha venido preocupando la opinión pública en general y muy especialmente las familias, es el fenómeno del consumo excesivo de drogas en los jóvenes chilenos. Ya en 1972, una de las primeras investigaciones realizadas en la región Metropolitana encontró que el 12.6% de la población escolar de enseñanza media había fumado marihuana alguna vez⁴. Casi una década más tarde, en 1984, la vicaría de la pastoral juvenil señaló que los consumidores por primera vez habían aumentado en un 40% y a un 63% en comunas críticas como La Cisterna y La Florida. Actualmente se señala que el 24,2% de los jóvenes declara haber probado algún tipo de droga en algún momento de su vida (INJ, 1994). Esta situación se agudiza en los sectores pobres ya que, según datos de la última encuesta realizada por la Comisión Nacional de Control de Estupefacientes (CONACE) en 1994, el 40,9% de los jóvenes de sectores populares consumirían algún tipo de droga.

El consumo de drogas visto como problema remite a una categoría social y no clínica del mundo juvenil. Es un problema social y cultural y tiene, a nivel popular, sus rasgos propios. En este sentido es relevante señalar que el consumo de drogas está determinado por múltiples factores, de orden micro y macro social. Aquellas de orden macro social son en general comunes al conjunto de los jóvenes populares y no solo los

⁴ Para mayor profundización ver: Asún & Cols.; "Drogas, juventud y exclusión social", Universidad Diego Portales, Santiago 1992.

“drogadictos”, señalando como los más importantes : los económicos, como la cesantía ,el subempleo y las malas condiciones laborales; los políticos, como la exclusión social y la ausencia de participación comunitaria; y los sociales, como el hacinamiento habitacional, la desintegración familiar, la deserción escolar y la falta de espacios de recreación.(Morales, 1990)

El problema de no tener espacio, ni en el hogar ni en la calle, se liga con una situación crítica, cual es la inexistencia de un espacio donde ser joven. “El joven poblador vive en un mundo que lo desacoge, que lo expulsa, esa es su experiencia de familia: la de un mundo inhóspito, de abismante densidad poblacional y desempleo (...) de este modo el joven no se percibe como uno más sino como uno “de más”, y eso es permanentemente reforzado por el sistema ”(Asún, 1990, p.138).

Además de estos factores macrosociales comunes al mundo popular, encontramos factores microsociales, tales como la autoestima y las habilidades sociales propios del consumo de drogas. Sin embargo, al ponerlas en su contexto más amplio podemos afirmar que estos factores están asociados además a otros problemas sociales del mundo juvenil.

Se pueden señalar como factores relevantes que se asocian al consumo de drogas y a los problemas psicosociales de los jóvenes populares, la escolaridad y las habilidades sociales (Morales, 1990). En el primer aspecto se observa que los jóvenes consumidores, por lo general, no completan su escolaridad lo que es atribuible al sistema de promoción automática y a la deserción escolar; en el segundo aspecto se observa que la interacción que los jóvenes consumidores establecen fuera de su grupo de pares se efectúan con

dificultad, lo que se liga a un déficit en la asertividad y a comportamientos sumisos y contraproducentes propios de la socialización autoritaria. Ello hace que los jóvenes tiendan a refugiarse en los grupos de referencia que le facilitan su interacción.

Los factores señalados intervienen en la vivencia del período juvenil incidiendo de modo global en la interacción con otros, que se encuentran cruzados por un deterioro global de la autoestima. La autoestima en ese sentido es una carencia vital de una juventud excluida que busca ser reconocida.

3.3.2. Delincuencia juvenil.

La realidad social en la que se enmarca predominantemente el fenómeno de la delincuencia juvenil en nuestro país, es el de la pobreza urbana. Al observar detenidamente la cultura del mundo social juvenil de las poblaciones se puede constatar que los jóvenes suelen refugiarse de las difíciles condiciones de vida en los amigos de la esquina, que a menudo constituyen la única instancia disponible de recreación, pertenencia, identidad y afecto (Egenau & Nichols, 1990).

Por lo general, los jóvenes conforman grupos cuyas pautas conductuales con la práctica delictiva, características que provocan el rechazo de su medio comunitario, siendo rápidamente etiquetados. Esta situación se hace más crítica al constatar que, en general, estos adolescentes se conducen con un mínimo de supervisión y control adulto, en comparación con los jóvenes de otros sectores sociales. Las regularidades destacadas como rasgos del entorno psicosocial de estos jóvenes son: la deserción escolar, la participación en actividades remuneradas informales, el abandono de hogar, el consumo

de alcohol y drogas ilegales, el ser hijo de madre adolescente y pertenecer a una familia incompleta. (Cottet, 1994)

Un enunciado fundamental de las ciencias sociales es que la exclusión social genera diferenciación cultural. Por lo tanto, mientras más se excluyen estos adolescentes de una ya excluída realidad, más fácilmente desarrollan una subcultura con una particular forma de lenguaje, valores, normas, conductas y otras costumbres compartidas, incluyendo lo que es moralmente bueno o malo.

Es así como el joven comienza a ser socializado en la calle, el grupo le exige y lo presiona a comportarse de acuerdo a sus reglas y valores, la familia intenta dar respuesta a esta situación pretendiendo que el menor se quede en casa, con lo cual sólo consigue acrecentar los conflictos familiares. El castigo físico y la agresión sustituyen el diálogo, el joven evita lo más posible estar en casa y sale nuevamente al otro día, poco a poco el hogar pasa a ser una pensión que brinda cama y comida, pero no satisface las necesidades internas y afectivas (Asún & Neumann, 1989).

La importancia del grupo de pares aumenta progresivamente. El interés por lograr un buen status dentro de éste pasa a ser un elemento prioritario para el joven. Aquí surge lo que Goffman (1967) ha denominado “**juegos de carácter**” donde el joven debe demostrar permanentemente actitudes de superioridad para lograr la aceptación de los demás. El aumento del compromiso delictual conlleva una repercusión psicológica que impulsa al joven a definir su autoestima en base a valores como hacerse respetar por el valor, la agresividad y la frialdad, no temerle al riesgo, no dejarse pasar a llevar, y relacionarse con otros de más status delictual (Egenau & Nichols, 1990).

Este conjunto de procesos provocan que estos jóvenes tengan una particular visión de mundo, resultante de la socialización callejera y por la influencia de una suerte de código de honor delictual. Surge por lo tanto la necesidad psicológica de descalificar las conductas más acordes con las normas sociales como una forma de validar sus propios valores y conductas (Tsukame, 1992). De este modo, la vida interior del joven se ve marcada por la fantasía y por una negación simbólica de los elementos de la realidad recurriendo a las justificaciones como una forma de disminuir la disonancia afectiva que el medio social le produce.

3.3.3 El embarazo adolescente.

La problemática del embarazo en adolescentes requiere ser abordado desde dos vertientes simultáneas: como un fenómeno ligado a la problemática de la sexualidad juvenil y como un problema o daño que afecta a las adolescentes en cuanto mujeres pobres (Palma & Quilodran 1991). Lo primero implica reconocer que la sexualidad de los jóvenes ha sufrido cambios importantes en relación a generaciones anteriores, y que esos cambios implican potencialidades nuevas pero también representan múltiples factores de riesgo; lo segundo apunta al hecho de que cuando estos factores de riesgo se expresan, sus efectos recaen más gravemente sobre las jóvenes pobres.

Dentro de este contexto, es importante destacar las transformaciones ocurridas en las pautas de socialización sexual de los últimos años y el impacto que éstas tienen en la forma de abordar la sexualidad en las adolescentes de los sectores populares (Palma,1990). Las mujeres han dejado de ser formadas bajo un modelo tradicional único,

ya no se las prepara sólo para ubicarse en un rol exclusivamente ligado a la reproducción y el hogar, también están desarrollando crecientemente capacidades de inserción en el mundo laboral técnico-profesional. Estos procesos han influido en la redefinición social de la mujer y con ello se han modificado los roles sexuales y la visión de la maternidad.

Los procesos de cambio en la sexualidad juvenil han involucrado un conjunto de riesgos, los cuales se materializan en el problema del embarazo adolescente. Este es un acontecimiento que cuando se produce altera drásticamente las potencialidades de desarrollo personal y social de quienes lo experimentan.

“Las representaciones sociales en torno a la sexualidad que definen el modo de enfrentar situaciones determinadas no son iguales para hombres y mujeres; lo permitido y lo prohibido, lo deseable y lo indeseable para los sujetos de ambos géneros se define casi por oposición” (Palma, 1990, p.213). De este modo el lenguaje, expresivo de las representaciones simbólicas, habla de “madre soltera” no existiendo la expresión de “padre soltero”, de manera que el embarazo sería la consecuencia natural de las transgresiones hechas por la mujer en su sexualidad.

Ser joven implica subordinación, pero a diferencia de la condición sociocultural de la mujer que vive una discriminación permanente, ésta es transitoria. Los hombres jóvenes al llegar a la adultez superan la oposición joven-adulto, en tanto las mujeres continúan en una situación de desmedro. Ser popular implica, ser subordinado, dominado. En la experiencia cotidiana de los sujetos populares significa ser marginal y estar expuesto a la arbitrariedad de un poder externo, sumado a la carencia de medios para satisfacer las necesidades básicas. Para la mujer popular en consecuencia, su condición

significa una situación de vulnerabilidad psicosocial extrema y una dependencia casi exclusiva del Estado como posibilidad de apoyo en la continuidad de un proyecto de vida.

3.4 ESTADO Y POLÍTICAS JUVENILES.

A partir del advenimiento de la transición democrática en nuestro país, el Estado se puso como una de sus principales prioridades la integración de aquellos sectores que habían sido excluidos por el proceso de modernización autoritaria implementado por el régimen militar.

El primer gobierno de la transición se propuso como un esfuerzo inicial en este sentido la revisión de todas las iniciativas dirigidas hacia los jóvenes existentes hasta ese momento con el propósito de articular una política global y coherente desde el Estado hacia el sector juvenil. Una vez recopilada la información se constató la existencia de más de 35 programas de juventud ejecutado por diez ministerios distintos. Estos diferentes programas ministeriales se integraron en un gran megaprograma, denominado “Programa de Oportunidades para los Jóvenes” (PROJOVEN) el cual pasó a ser, a partir de su ratificación presidencial en octubre de 1981, la política de gobierno dirigida hacia la juventud, estando su seguimiento y evaluación a cargo del Instituto Nacional de la Juventud (INJ).

Los lineamientos generales del PROJOVEN se construyeron a partir del marco más general de la política social de gobierno, sustentándose en torno a dos ejes fundamentales: participación juvenil e integración social, los cuales organizan y

atraviesan los diferentes programas contenidos en él (INJ, 1994). Ambos conceptos se traducen en el objetivo de contribuir a la “generación de oportunidades para los jóvenes, en el campo social, económico y político”.(INJ, 1994, p.174)

El PROJOVEN comprende siete áreas programáticas : Trabajo, Educación, Salud, Protección y Rehabilitación de menores, Participación y Derechos Juveniles, Recreación y Uso Creativo del tiempo libre y Vivienda, reuniendo - en sus distintas áreas- 45 programas dirigidos a los jóvenes, los cuales en su mayoría están focalizados en los sectores populares.

Los programas que el PROJOVEN incluye están dirigidos a jóvenes populares entre 15 y 29 años. La selección de este grupo etéreo considera la extensión del período definido como juventud en nuestro país. A continuación se presenta una descripción de las principales iniciativas incluidas en el PROJOVEN:

3.4.1 Programa de capacitación laboral de jóvenes.

Este programa se inició en el año 1991, bajo la dirección del Ministerio del Trabajo y Previsión Social, con la colaboración del Fondo de Solidaridad de Inversión Social (FOSIS), del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) y del Ministerio de Educación. Está orientado a desarrollar en los jóvenes habilidades básicas para enfrentar el mercado de trabajo. Sus principales beneficiarios son jóvenes desocupados, subempleados o inactivos, fuera del sistema escolar regular, estudiantes vespertinos y provenientes de sectores pobres de la población.

Hasta la fecha se han capacitado un total de 80.000 jóvenes, de los cuales aproximadamente un 60% se encuentra trabajando. Un 63,8% de los beneficiarios proviene del 40% más pobre de la población, y en general el 83% proviene del 60% de menores ingresos (INJ, 1994).

3.4.2 Programa de reforzamiento psicosocial de la atención primaria.

Este programa depende del Ministerio de Salud, apareciendo como colaboradores el INJ y el SERNAM. Su objetivo es mejorar la calidad de la atención brindada a jóvenes y a mujeres en los centros de atención primaria, a través de la incorporación de los componentes psicosociales en la atención. Se implementa en 60 consultorios del país contemplando la incorporación de 171 nuevos profesionales (psicólogos, matronas y asistentes sociales).

Su metodología está basada en la prevención primaria centrándose en la utilización de talleres. Las temáticas preferenciales cubiertas por éstos han sido; Sexualidad, Embarazo y SIDA (33 talleres); Salud Mental, Desarrollo Personal y Autoestima (15 talleres); y Organización y Participación (9 talleres). La cobertura del programa en términos de jóvenes atendidos alcanzó aproximadamente a 4.000, representando el 6,7% del total del tiempo de trabajo en horas de los diferentes equipos psicosociales.

3.4.3 Centros comunitarios de salud mental familiar.

Este programa depende del Ministerio de Salud y su objetivo es fomentar la salud mental incentivando las conductas sanas tanto a nivel de las personas como de las organizaciones, con énfasis en la infancia, adolescencia, mujer, familia, consumo anormal de drogas y rehabilitación y reinserción social de los casos más severos.

Actualmente existen 28 centros de salud mental, ubicadas en la región Metropolitana, en la I, en la VII y en la IX regiones.

Su metodología se basa en actividades relacionadas con la atención primaria, secundaria y terciaria, a través de la coordinación intersectorial. Sus objetivos no son exclusivamente los jóvenes, pero la práctica muestra que la red de centros ha desarrollado una gran capacidad de convocatoria de este grupo específico. La característica de inserción comunitaria favorece la vinculación con los jóvenes que tienen una pertenencia básicamente territorial, ya que los sistemas de pertenencia de éstos son el sistema educacional, las organizaciones comunitarias, las comunidades eclesiales y los vínculos informales ligados al grupo de pares, todos espacios accesibles desde el espacio territorial.

La red de centros comunitarios atendió durante 1993 a 5.862 jóvenes, siendo sus áreas de trabajo principal la atención psicoterapéutica individual y familiar, la prevención del consumo de drogas y el desarrollo comunitario.

3.4.4 Programas de prevención del consumo de alcohol y drogas.

Las iniciativas de prevención en este sentido se han articulado en base a dos programas; “Quiero mi vida sin drogas” y “Juégatela por la vida”.

El programa “Quiero mi vida sin drogas” depende del Ministerio de Salud y su objetivo es la prevención del consumo de alcohol y drogas en niños de 10 a 14 años. Su metodología de trabajo se basa en la formación de agentes multiplicadores (niños, jóvenes y adultos) a través de la realización de talleres socio-educativos.

Durante 1993 los beneficiarios directos fueron 18.424 en tanto que los indirectos 73.840 (INJ, 1994). Este programa crecientemente ha ido desplegando un estilo de trabajo cada vez más intersectorial. Comienza siendo un programa de capacitación de agentes multiplicadores, con énfasis en que desarrollaran actividades masivas de difusión de los contenidos, pero la inserción que ha tenido en las comunidades (sistemas territoriales y educacionales) está gradualmente fortaleciendo dinámicas cada vez más autónomas de estos sistemas, lo cual tiende a instalarlos como programas sostenidos de alguna forma en las dinámicas locales.

Por otro lado el programa “Juégatela por la vida” depende del Ministerio de Educación y tiene como colaboradores al Ministerio de Salud y el INJ, su objetivo es mejorar la calidad de vida de los estudiantes de enseñanza media y constituir a la escuela como un espacio de intercambio y reflexión entre alumnos, profesores y apoderados con tal de prevenir el consumo de drogas y alcohol en el medio escolar.

Su metodología básica consiste en la implementación de comisiones regionales que toman a cargo la programación de acciones en torno al tema de alcohol y drogas,

conjuntamente con evaluar el funcionamiento integral de ellas. Para 1993 el número de beneficiarios de este programa era de 192.525 jóvenes alcanzando una cobertura del 20,3% de los establecimientos educacionales del país

3.4.5 Programa de Acción Multisectorial (PAM).

Este programa depende del Ministerio de Salud, su objetivo es reforzar las iniciativas de prevención del consumo de drogas y desarrollar acciones de tratamiento y rehabilitación. Se divide en dos subprogramas: el PAM y el PROCAP.

El PAM está dirigido al desarrollo de centros de promoción de jóvenes en riesgo, centros de información sobre drogas, centros de rehabilitación y sistemas de vigilancia epidemiológica. Resulta interesante destacar que ésta es la única experiencia de esta naturaleza dentro de la política social chilena, que plantea acciones sistemáticas de curación y rehabilitación en el tema de las adicciones.

El PROCAP apunta a capacitar agentes que trabajan con jóvenes, en el desarrollo de estrategias de prevención y tratamiento de adicciones, y el reforzamiento de redes regionales de trabajo en las líneas antes señaladas. Resulta de particular interés este programa por utilizar la estrategia de reforzamiento de redes de trabajo en drogas.

3.4.6 Programa de prevención del embarazo adolescente.

Este programa de responsabilidad del SERNAM se ejecutó en los años 1991 y 1992, durante los cuales se realizó: un Seminario de Embarazo en Adolescentes que aportó fundamentalmente en términos de información, enfoque y orientaciones para las

diferentes instituciones que se relacionan con el tema; y un plan piloto destinado a generar un modelo de intervención comunitaria para jóvenes, familia y comunidad dirigido a la prevención del embarazo en adolescentes.

Su aporte se ha validado como línea de investigación de las estrategias más pertinentes para abordar el problema desde los propios jóvenes, la escuela, el consultorio y la municipalidad. Durante 1992 significó una inversión de 20 millones de pesos, alcanzando a un total de 837 beneficiarias directas; en 1993 no contó con recursos para continuar su ejecución, la cual se suspendió hasta el año 1994.

Por la alta magnitud del problema del embarazo adolescente, se visualiza como necesario una ampliación del programa, de modo de alcanzar coberturas de mayor significación. Por otra parte, se sugiere enfatizar una línea de trabajo que aborde la temática de la sexualidad juvenil en forma integral, no sólo restringiéndola a los aspectos reproductivos (INJ, 1994).

3.4.7 Prevención del SIDA

Corresponde a un programa de mediano plazo dependiente de la Comisión Nacional de SIDA (MINSAL), que terminó en 1993, y si bien su población objetivo fue universal, por estar la epidemia concentrada en la población de 15 a 39 años, con un pick máximo en el grupo entre 19 y 29 años, fue relevante su inclusión en el PROJOVEN.

Su objetivo es prevenir la transmisión, reducir la morbilidad y mortalidad, y disminuir el impacto social y económico de la enfermedad. Presenta diferentes áreas de trabajo, laboratorio y banco de sangre, epidemiología, gestión de proyectos, capacitación

educación y trabajo de coordinación intersectorial. El área de capacitación y educación actúa a su vez por cinco canales: servicio de salud, educación, organizaciones no gubernamentales, organizaciones sociales y medios de comunicación social.

Respecto de la evaluación del impacto de la primera campaña de comunicación social, los resultados fueron los siguientes:

1. Etapa de Sensibilización: En relación a la encuesta telefónica, un 70% de la población consultada aprobó la forma como ésta se llevó a cabo. Se incrementó en un 200% las llamadas de consultas confidenciales.
2. Etapa de Información: Se evaluó sobre la base de encuestas y grupos focales y el resultado arrojó que el SIDA ha sido puesto en la conversación pública nacional considerándose positiva la forma en que se ha realizado, mostrando una necesidad de profundizar en aspectos referentes a los portadores y a la prevención.
3. Etapa de Compromiso. Se evaluó sobre la base de encuestas telefónicas y un 90% de los consultados ha visto el spot televisivo. Un 90% consideró los spots sdecuados en forma y contenido.

3.4.8. Programa de protección y rehabilitación de jóvenes.

Este programa depende del Servicio Nacional de Menores (SENAME), el cual implementa dos líneas gruesas de programas. Una representada por 11 subprogramas tradicionales de protección y rehabilitación de jóvenes: protección simple, protección de deficientes mentales, observación tránsito y diagnóstico, rehabilitación conductual,

rehabilitación psíquica, rehabilitación conductual diurna, rehabilitación psíquica diurna, colocación familiar, prevención deficientes mentales diurna y libertad vigilada.

Una segunda línea corresponde al programa de apoyo a menores en situación irregular, puesta en marcha desde 1990 y a través del cual se encuentran en ejecución 55 proyectos que incluyen acciones de prevención de la delincuencia, apoyo para el egreso de los niños de la red asistencial de SENAME, y apoyo a instituciones colaboradoras del servicio en áreas como capacitación laboral y trabajo con familia. En esta línea se desarrollaron programas que significaron innovaciones metodológicas con aumento y cobertura y programas de innovación de tecnologías beneficiando a niños adscritos a un sistema asistencial.

En general, durante este período gubernamental, la línea de trabajo que ejecuta SENAME se ha movido en torno a la desinternalización de jóvenes que se encuentran en su red asistencial, y se visualiza como necesario profundizar lo realizado en este ámbito, fundamentalmente a través de acciones que consideren a la familia y la comunidad.

Otro ámbito de estos programas es el área de deporte y rehabilitación social, ejecutado por DIGEDER, el cual se ha desarrollado en todas las regiones del país de los cuales se estima que el 78% de sus beneficiarios pueden ser catalogados como jóvenes de extrema pobreza y un 21% perteneciente al estrato socioeconómico bajo.

3.5. ANÁLISIS DE LA INTERVENCIONES PSICOSOCIALES CON JÓVENES.

A partir de la presentación de los programas de la política juvenil chilena puede establecerse una relación de sentido con los marcos conceptuales elaborados en la década de los 80 (Asún, Alfaro & Morales, 1994). Durante el régimen militar, las visiones más ligadas a los problemas estructurales o más centradas en el rescate del sujeto juvenil no se desarrollaron adecuadamente, dado que compartían el eje de la exclusión. De este modo, a partir del advenimiento de la transición política, se logran hacer visibles esas diferencias acerca de cómo leer el fenómeno de lo juvenil y el de los “problemas de los jóvenes”.

La opción conceptual de la política juvenil chilena presenta claramente una deficiencia. Al establecer como eje del problema la opción estructural, llevando a concentrar el énfasis de la solución, en una política de capacitación y empleo. La vía principal de superación de la pobreza juvenil es la integración a través del empleo (Morales y Souza, 1992).

Esta opción conceptual ha significado dejar fuera de la planificación social el discurso juvenil, ya que de algún modo subvalora o deja fuera la subjetividad. Esta situación se refleja claramente en la división de los programas antes descritos con el de capacitación y empleo, que no sólo tiene una dependencia administrativa distinta, sino que opera con una lógica más de mercado relativamente exitosa. Sin embargo, “aún cuando los jóvenes de esta generación dañada puedan participar del orden productivo, nada dice que la Representación Social que éstos tienen de la sociedad chilena sea la de una sociedad integrada”. (Asún, Alfaro & Morales, 1994. p.10). Esto cobra relevancia

cuando la subjetividad de exclusión puede emerger en lugares insospechados, algo de esto puede encontrarse, por ejemplo, en la participación “contratada” de algunos jóvenes en programas de capacitación o en las expresiones deportivas de jóvenes “insertos y productivos”.

De este modo se puede evaluar que no se ha valorado la subjetividad colectiva de los jóvenes al definir las metas últimas de la política social juvenil. Se ha operado con una concepción de desarrollo que sigue sobrevalorando los aspectos socioeconómicos sin dar la adecuada atención e importancia a las dimensiones de la identidad y la calidad de vida. Por ejemplo, temas como la sexualidad, han sido considerados sólo en la medida de que ellos pueden relacionarse con problemas sociales específicos, como es el caso del SIDA o del embarazo adolescente, y no en la relación que esta dimensión tiene con el desarrollo integral de las personas jóvenes.

Es por estas razones que se hace fundamental revisar el marco teórico que ha operado desde los años ochenta, revisando no sólo la utilidad de éste y su eventual vigencia a la luz de un contexto distinto como es el actual, sino que también la reconsideración de supuestos teóricos que a momentos plantea una suerte de división entre una psicología de sujetos y una psicología de contextos (Becker & Morales, 1983) desde donde leer más ecológicamente los fenómenos juveniles.

Si analizamos las definiciones conceptuales de los programas o de las políticas que los sustentan, encontramos una referencia sistemática al término “psicosocial”. Esto se observa en la referencia a “problemas psicosociales”, en la definición de la política de drogas, en los medios de trabajo utilizados por los programas de embarazo adolescente,

en la definición de la estrategia de los programas de reforzamiento de la atención primaria, y en la misma denominación de daño psicosocial (Alfaro, 1994). El darle a los programas un encuadre psicosocial es una opción teórica acertada y de una indiscutible relevancia social. Al entender que la conducta humana no es comprensible desde elementos puramente biológicos y/o psicológicos, requiere de ser entendida integralmente a partir de la consideración de variables del contexto social, cultural e histórico. La existencia de los problemas que se intenta comprender y resolver, son el resultado del interjuego de dinamismos individuales y colectivos, en donde tienen cabida fenómenos grupales y tradiciones culturales.

No obstante, el avance conceptual que significa optar por una mirada de este tipo, aún resulta general y susceptible a múltiples traducciones operativas que requieren de ser precisadas para una mayor consistencia y conducción una política global (Morales & Souza, 1992).

Por otro lado, se observa que en la ejecución de las intervenciones no siempre se utilizan cabalmente las categorías psicosociales. Cuando son utilizadas, aparecen en forma parcial y se circunscriben a considerar variables de la relación sujeto medioambiente desde un enfoque cognitivo-conductual como son habilidades sociales (asertividad, autoestima, etc.) o variables generales como participación o actividades comunitarias (Alfaro, 1994).

Otro elemento que surge al analizar los programas de intervención con jóvenes es la escasa coordinación que presentan a nivel operativo y conceptual. La descoordinación se da tanto a nivel horizontal, como vertical. “A nivel horizontal los programas que

toman campos de intervenciones similares o idénticos no siempre establecen vínculos para intercambiar marcos conceptuales de referencia, experiencia técnica o de evaluación” (Asún, Alfaro & Morales, 1994. p.11).

Esta situación aparece tanto entre el conjunto de programas del área juvenil como entre los programas relacionados de otras áreas y también entre los programas del área dirigidos a problemas similares. Quizás esta descoordinación es entendible desde la característica de desvinculación intersectorial de nuestra estructura estatal, por un lado; y por otro, por la carencia de una permanente actividad reflexiva que apunte a elaborar y debatir fundamentos conceptuales y técnicos para los programas.

“Esta descoordinación se da también a nivel vertical entre las instancias generadoras de los programas, como el nivel central ministerial, y las instancias ejecutoras a nivel local, como el Municipio.” (Asún, Alfaro & Morales, 1994. p.11). Esta descoordinación se hace visible en las dificultades para implementar adecuadamente los programas de ejecución local, lo cual redundaría en que no siempre se utilizan adecuadamente los recursos técnicos y materiales disponibles tanto a nivel central como local (Alfaro, 1994).

Otro aspecto importante es la descoordinación que se da entre los programas gubernamentales y los no gubernamentales. Así, aunque habitualmente se reconoce la importancia de la complementariedad entre estos dos tipos de programas, en la práctica se desarrollan pocas iniciativas de complementación efectiva entre ellos. Lo que ocurre en los programas de droga es notorio, las metodologías y los marcos teóricos de cada sector

son muy distintos, aunque posibles de complementar, pero su desvinculación no permite potenciarse a través del intercambio (Asún, Alfaro & Morales, 1994).

Otro importante déficit de los programas juveniles es su limitada cobertura en general y su parcial focalización en sólo un nivel de intervención (Alfaro, 1994). Los programas tienen coberturas que no son suficientes para las demandas que se presentan en general, siendo necesario indicar que se ha incrementado significativamente la asignación de recursos sobre todo para el área preventiva.

Es notoria la carencia de recursos disponibles para el nivel curativo y de rehabilitación en el problema de drogas (Asún, 1994). No existe una oferta curativa y de rehabilitación sistemática estructurada en un programa específico. En este sentido actualmente existen acciones dentro de los diversos programas del Servicio Nacional de Salud que de una u otra forma abordan necesidades de salud características de los jóvenes, sin embargo, se reconoce la ausencia de un programa curativo de salud especializado en problemas juveniles (Alfaro, 1994).

Finalmente, aparece como otra importante carencia de los programas sociales destinados a los jóvenes la inexistencia de un sistema de evaluación (Asún, Alfaro & Morales, 1994). Prácticamente no se desarrollan evaluaciones sistemáticas de la eficacia ni de la eficiencia de estas acciones estatales. En algunos casos se cuenta con evaluaciones de tipo descriptivo o de cobertura, pero no se conocen públicamente evaluaciones cuantitativas ni cualitativas rigurosas de sus productos. “Es más, existe una creciente sospecha en algunos programas, que la llegada de ellos tiende a ser en los

grupos de riesgo intermedio y no en los grupos de alto riesgo, originales destinatarios” (Asún, Alfaro & Morales, 1994. p.13).

A partir de estos elementos resulta clara la necesidad de estadísticas actualizadas que nos permitan focalizar y evaluar tendencias de impacto de los programas. No existe ningún sistema de estadísticas psicosociales, que den líneas base y permitan a los planificadores sociales determinar adecuadamente los grupos de riesgo.

PARTE II
MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 4.

LA CONSTRUCCION DEL CONOCIMIENTO DEL SENTIDO COMÚN.

El conocimiento del sentido común está constituido por el conjunto de imágenes y esquemas contenidos en la memoria histórica de una cultura y que los sujetos actualizan permanentemente en las interacciones de la vida cotidiana. Fletcher lo definió como “un conjunto de creencias sobre el mundo compartidas por un grupo cultural” (1984, p. 204). De este modo, el sentido común incluye las imágenes y los lazos mentales que son utilizados y hablados por todos los miembros de una cultura cuando se enfrentan a la resolución de problemas familiares o para preveer su desenlace. Es un cuerpo de conocimiento práctico, una epistemología popular basada en tradiciones compartidas y enriquecida por miles de observaciones y de experiencias, sancionadas por la práctica (Moscovici & Hewstone, 1986). En esta matriz de conocimiento, las cosas cotidianas reciben nombres, los individuos son clasificados en categorías y se hacen conjeturas de forma espontánea durante la acción o la comunicación cara a cara. Todo este cúmulo de saber es almacenado en el lenguaje, el espíritu y el cuerpo de los miembros de la sociedad.

El sentido común ha sido estudiado en contraposición del pensamiento científico o racional en múltiples tradiciones teóricas (Lévi-Strauss, 1962; Lévy-Bruhl, 1922; Moscovici, 1988). En este sentido, Moscovici (1976) destaca dos aspectos centrales en la definición diferencial del sentido común: primero, que es un cuerpo de conocimiento producido en forma espontánea por los miembros de un grupo social, en base a la

tradicción cultural y el consenso social; y segundo, que representa la suma de imágenes mentales, consumidas y transformadas para servir en la construcción de la vida cotidiana. De esta manera el saber de la vida cotidiana se presenta “como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado subjetivo de ser un mundo coherente” (Berger y Luckmann, 1968. p. 36).

A partir de este saber de la vida cotidiana, reconocido por todos los miembros de una cultura, los seres humanos desarrollamos distintas versiones sobre lo que es nuestra realidad social. En este ámbito de saberes es que se produce un tipo particular de experiencia de interacción humana, caracterizada por la sensación subjetiva de que la realidad pareciera no ser igual para los distintos sujetos que interactúan en ella. Los históricos conflictos intergeneracionales son un claro ejemplo de este tipo de interacciones, en donde parecen ser permanentes las quejas del mundo adulto en torno a que los jóvenes no ven las cosas como ellos las veían antes. Es cierto que las nuevas generaciones no ven las cosas de la misma forma que antes, pero esto es porque ni las cosas ni los ojos que las miran, son ya los mismos. Es decir, no es que la misma realidad sea vista de distintas maneras por diversos actores sociales, sino que más bien la realidad es socialmente construida. (Berger y Luckman, 1968).

La discusión teórica acerca del estatus ontológico de la realidad social ha llevado a que ciertas corrientes de pensamiento tiendan a afirmar que la realidad tiene propiedades objetivas que podrían ser descritas en principio, por un observador no comprometido, que porte la suficiente objetividad (Páez, 1989). Desde esta visión se plantea que las propiedades objetivas de la realidad son “reconstruidas” de forma incompleta y sesgada

por los distintos protagonistas sociales en función de sus intereses particulares, de sus posiciones sociales, de sus experiencias concretas y de sus influencias culturales. A partir de esta perspectiva se sostiene que la realidad objetiva se convierte en realidades personales, siguiendo un proceso de distorsión que responde a factores perfectamente objetivables (Ibañez T., 1988) . En otras palabras, esta visión admite que la realidad varía con los individuos, pero considera que es en el proceso de tratamiento de la información proporcionada por la realidad objetiva donde radica el mecanismo cognoscitivo responsable de la existencia de múltiples realidades sociales.

En desacuerdo con esta conceptualización otras corrientes de opinión han planteado que la realidad presenta una serie de propiedades que, aun siendo realmente constitutivas de la misma, no dejan de ser absolutamente subjetivas. Son propiedades que conforman la realidad objetiva pero que resultan de las actividades cognoscitivas, y en términos más generales, de las actividades simbólicas desarrolladas por los individuos. “Este punto de vista implica que la realidad tal y como es está parcialmente determinada por la realidad tal y como es para nosotros, pasando a ser en cierta medida el resultado de nuestra propia actividad de construcción subjetiva de la misma”(Ibañez T., 1988, p.19). Desde esta perspectiva, el mundo cotidiano se da establecido como realidad por los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento intersubjetivo de sus vidas. “Es un mundo que se origina en sus pensamiento y acciones, y que está sustentado como real por éstos” (Berger y Luckman, 1968, p. 37) Esta visión conlleva una serie de consecuencias metodológicas en la construcción del conocimiento de la realidad social e implica también un cambio en la concepción de los mecanismos responsables de que la

realidad se diversifique en función de las experiencias personales. “No es que existan diferentes realidades porque existan diferentes maneras de tratar la misma realidad objetiva, sino que existen diversas realidades porque la propia realidad incorpora en sí misma, y como parte constitutiva de sí, una serie de características que provienen de la actividad desarrollada por los individuos en el proceso que les lleva a formar su propia visión de la realidad”(Ibañez T., 1988, p.19).

Estas dos interpretaciones que hemos descrito son, como se puede ver, escasamente compatibles entre sí. El consenso sobre los factores responsables de que la realidad sea distinta para las diversas personas se ha roto en cuanto nos hemos planteado la pregunta sobre la naturaleza de la realidad.

El conflicto entre estas dos interpretaciones ha sido la preocupación central de los investigadores que han trabajado en el tema de las representaciones sociales(Ibañez, 1988; Jodelet, 1989; Páez, 1989, Moscovici, 1961). El estudio que han emprendido sobre los razonamientos que hacen las personas en su vida cotidiana y sobre las categorías que utilizan espontáneamente para dar cuenta de la realidad ha permitido ir conociendo poco a poco la lógica del pensamiento social. Es decir, el tipo de pensamiento que utilizamos como miembros de una sociedad y una cultura, para forjar nuestra visión de las personas, de las cosas, de las realidades y de los acontecimientos que constituyen nuestro mundo.

La preocupación por entender esas formas de pensamiento propias del sentido común, responde a una larga tradición en la psicología social desde sus inicios. Así por ejemplo, el temprano interés que manifestaron los psicólogos sociales por el concepto de actitud y las innumerables investigaciones que dedicaron a ese fenómeno (Asch, 1946;

Allport, 1954; Jasper y Freser, 1984; Crespo, 1988) constituyen claros indicios de la importancia que concedían a las estructuras cognitivas socialmente adquiridas en la orientación de las reacciones de las personas ante los objetos de su realidad cotidiana. En las Ciencias Sociales la noción de actitud ha tenido dos acepciones principales, la primera hace referencia a orientaciones globales de la existencia a modo de estilos de relación con los distintos objetos sociales, y la segunda se refiere a un objeto social específico, que podríamos identificarlo como creencias y opiniones sociales cargadas de valor que predisponen al sujeto a un tipo particular de construcción de su vida cotidiana (Crespo, 1988).

Además de los estudios de actitudes, el estudio de los estereotipos insistió en señalar que las ideas preconcebidas y los prejuicios portados por la cultura inciden sobre las reacciones que los sujetos tienen ante la realidad. De forma más general, las investigaciones sobre la percepción social fueron descubriendo una extensa relación de factores motivacionales, culturales, afectivos, e incluso socioeconómicos que influyen en la percepción de la realidad. (Deconchy, 1986). A partir de estos estudios no aparecen como muy originales las concluyentes afirmaciones de W. Thomas (1928) de que las situaciones sociales son efectivamente reales si se les percibe como tales, pues el tema de la construcción simbólica de la realidad ha estado a través de la historia de la psicología social como una línea de evolución teórica que arranca en los trabajos de principio de siglo sobre las actitudes y que desemboca actualmente en las dos grandes orientaciones de la investigación del pensamiento social: la teoría de las representaciones sociales y la teoría del cognitivismo social.

De este modo los psicólogos sociales parecen haber manifestado desde siempre una conciencia, más o menos explícita, de que las reacciones ante la realidad, lejos de responder de forma directa a sus características objetivas, están mediatizadas por una serie de procesos subjetivos que construyen la realidad con la cual se interactúa. Este planteamiento, a diferencia de un punto de vista fenomenológico, plantea que muchas de las realidades con las que se enfrenta la psicología social tienen un estado ontológico particular, cuestión que queda ejemplificada en el análisis de Tomás Ibañez (1988) que a continuación expondremos :

“El racismo existe de verdad y sus efectos pueden ser sumamente materiales, nadie lo duda. Pero el racismo no existiría si no fuera porque una serie de actitudes racistas crean una realidad en la cual ciertos objetos sociales, por ejemplo ciertas etnias, aparecen con características negativamente diferenciadas. Es decir, se atribuyen ciertos significados a elementos diferenciadores que en sí mismos no tienen ningún significado particular. Por supuesto, estas actitudes tienen determinaciones sociales, pero esto no modifica el fondo de la cuestión. El racismo es un objeto que existe realmente independientemente de que lo percibamos o no, lo admitamos o no, pero es un objeto que está construido en base a la percepción y a la definición de la realidad que realizan los sujetos. El racismo existe realmente, pero no existe con independencia de que los negros, los gitanos, los catalanes o los vascos sean categorizados en función de determinados significados social y subjetivamente construidos”(p.21)

A partir de este ejemplo se puede concluir que ciertas realidades que producen efectos muy concretos, independiente incluso de la percepción o de la interpretación que

se tenga de ellos, deben sin embargo su existencia a percepciones e interpretaciones subjetivas que las instituyen como realidades objetivas⁵ Es decir, el mundo de la vida cotidiana se presenta como un mundo intersubjetivo que se comparte con los otros y que no existe con independencia de los procesos simbólicos involucrados en la interacción social.

Este conjunto de procesos de construcción simbólica de la realidad social han sido comprendidos y explicados a partir de diversas perspectivas teóricas. La teoría de la representaciones sociales es el marco comprensivo utilizado en esta investigación para explorar los procesos del pensamiento social utilizado por los jóvenes para relacionarse, explicarse y proyectarse ante el tema de la pobreza y los pobres. En este sentido, se asume como tesis teórica central de esta investigación, la idea de que la producción simbólica, y particularmente los elementos lingüísticos de esta producción, es la mejor forma de acceder a la intersubjetividad que se elabora desde el diálogo discursivo entre la vivencia de la pobreza y los relatos en torno a la explicación y superación de la misma.

A continuación como forma de sistematización de los principales antecedentes de la discusión teórica en torno al conocimiento del sentido común, se revisarán algunas de las principales teorías que pueden servir de contexto para la posterior exposición de la teoría de la representaciones sociales

⁵ Para mayor profundización del tema, ver Goffman E. "Estigma. La identidad deteriorada" Amorrortu, Buenos Aires, 1968

4.1 LAS TEORIAS DEL SENTIDO COMUN.

4.1.1 La Psicología constructivista de J. Piaget.

La Teoría de Jean Piaget es una de las más representativas de la perspectiva teórica del constructivismo individual. En esta visión se asigna un papel central al niño y al adulto como protagonistas de la construcción de la realidad. Para este autor, los seres humanos cuentan con un organismo activo que selecciona e incorpora estímulos del medio y ejerce sus propios mecanismos de control. Esta búsqueda de estimulación no la realizan de modo caótico ni está impuesta por las demandas del medio ambiente, sino que existe una cierta programación de estructuras cognitivas que van guiando los intereses, tanto del adulto como del niño en cada momento. Es importante señalar que la visión de Piaget (1967), a diferencia de las perspectivas innatistas no plantea una programación rígida, sino que mas bien plantea un proceso de aparición de una serie de estructuras mentales cuya regularidad viene propiciada por la del medio. En este sentido, resulta sorprendente cómo el niño busca la ocasión de realizar, incluso en medios hostiles, una serie de actividades que van a ser fuentes potenciales de conocimiento. “La finalidad primordial de esta programación en el ejercicio de las estructuras mentales es proporcionar a las personas herramientas cada vez más cualificadas para la construcción de la realidad.”(Rodrigo, Rodriguez y Marrero, 1993, p. 34)

En el proceso de construcción de lo real, Piaget asume una postura interaccionista entre sujeto y objeto, de modo que es imposible disociar el sujeto conocedor del objeto conocido. Según este autor, ningún conocimiento humano, con la excepción de formas

hereditarias muy elementales, está preformado ni en las estructuras mentales del sujeto ni en el patrón estimular del objeto (Piaget, 1973). rechaza, pues, tanto el empirismo como el preformismo como mecanismos de adquisición del conocimiento. El objeto se construye mediante la realización de un conjunto de esquemas u operaciones aplicadas a él. En el bebé, se trata de un conjunto de esquemas sensoriomotores (coger, morder, tirar, etc.) que permiten apresar algunas propiedades de los objetos, lográndose así una primera conceptualización de los mismos. Mas adelante aparecen los esquemas mentales y las operaciones lógicas, que permiten seguir extrayendo información mas compleja e inobservable de los objetos. Como consecuencia de ello, el objeto es construido de nuevo a un nivel epistémico más abstracto, adquiriendo para el sujeto conocedor un estado ontológico distinto. (Brunner, 1990)

Para ilustrar este proceso de construcción de los real, Piaget(1973) sigue una analogía biologista, según la cual existe una gran equivalencia entre biología y mente. Así los principios generales que rigen el desarrollo del organismo, como son la organización y la adaptación, son los mismos que inspiran el desarrollo cognitivo (Piaget, 1973). El primero recoge la tendencia general de las especies a organizar sus estructuras y procesos en sistemas coherentes cada vez mas complejos de interacción con el medio. Por su parte, la adaptción es la tendencia de los organismos a ajustarse a las condiciones ambientales. El principio adaptativo es el principal instrumento con que cuenta el sujeto para construir su conocimiento, debido a que este proceso representa la fuerza que impulsa al sujeto a reajustar y cambiar sus estructuras mentales en su interacción con el medio ambiente. Como resultado de estos mecanismo de incorporación (asimilación) y de reajuste

(acomodación) de nuevos contenidos, se elaboran interpretaciones sobre lo real cada vez más articuladas.

En las últimas etapas del desarrollo mental, Piaget sustituye la analogía biológica por la del científico. Así, a partir de la adolescencia, la construcción de lo real y de lo posible, sigue los mecanismos de indagación de la ciencia (método hipotético deductivo). La razón de este cambio está ligado a la concepción del desarrollo humano sostenida por Piaget. Este autor define el desarrollo como una progresión de estructuras cada vez más perfeccionadas y equilibradas ligadas a principios de naturaleza cognitiva y no puramente biológica. (Piaget, 1967) A diferencia de estos últimos los sistemas cognitivos tienden a irse liberando de las circunstancias ambientales. Todo el proceso del desarrollo en consecuencia, supone un paulatino distanciamiento de los objetos “reales” hacia construcciones más abstractas que no cuentan con referentes externos.

De este modo, el proceso de construcción del conocimiento en esta teoría es conceptualizado como un proceso individual basado en la experimentación activa y el descubrimiento de nociones generalizables sobre el mundo.

4.1.2 La construcción del conocimiento desde la psicología de la cognición social

A partir de los años 80 las investigaciones en el ámbito psicológico cambian de rumbo con respecto a sus orientaciones más elementales, la resistencia a aceptar íntegramente los postulados del conductismo facilita, en esa época, la permeabilidad a las posiciones de la Psicología Cognitiva. La memoria, la percepción y la organización de la

información pasan a ser constructos centrales en la Psicología Social.(Rodrigo, Rodriguez y Marrero, 1993)

En este sentido, la Psicología de la Cognición Social asume que todas las conductas humanas en sociedad pueden explicarse, en última instancia, en términos de procesamiento de la información.(Páez, 1987) Es decir, se mantiene una concepción del conocimiento como producto de un razonamiento formal ajustado a la metáfora del ordenador y congruente con los postulados de la teoría de la probabilidad. Dicha subjetivación del conocimiento supone el rechazo de las explicaciones en términos de estímulo- respuesta y, por lo tanto, la búsqueda de interpretaciones mediante nuevos constructos y procesos, además implica el rechazo de la creencia materialista en la existencia de un mundo exterior independiente de los individuos.

Junto a estos desarrollos, la Psicología de la Cognición Social también se preocupa por el modo en que la gente extrae y organiza la información social, la revalorización de las teorías psicosociales sobre la percepción y los hallazgos obtenidos en las investigaciones sobre el razonamiento inferencial. Todo ello contribuye por un lado a un mayor interés por abordar específicamente la naturaleza del conocimiento social, y por otro, a generar un debate entre aquellos que afirman que la información social es significativamente distinta de la información no social y aquellos que lo niegan. Esta polémica no es superflua, en su núcleo están las dos concepciones del conocimiento: una que lo considera producto de un razonamiento formal del individuo y otra que, recuperando las nociones de Brunner (1990), lo entiende como resultado tanto de los atributos del objeto como de las expectativas y patrones de comparación del perceptor.

Consiguientemente, para la Psicología de la Cognición Social, los individuos son procesadores activos de la información lo que significa que : a) el efecto de los estímulos percibidos depende de cómo son categorizados e interpretados por el perceptor; b) toda información es organizada, esto es, está sometida a procesos de selección y simplificación, y c) esta información guía no sólo el comportamiento de los individuos, sino también el modo en que se procesan las futuras informaciones. También se plantea, en este sentido, que los individuos necesitan estructuras mentales complejas - esquemas, categorías, guiones - para construir el conocimiento social y por medio de las cuales se facilitan los procesos de selección, comprensión, organización y retención de la información, así como la toma de decisiones.

En definitiva, la Psicología de la Cognición Social aporta importantes innovaciones al estudio de la construcción del conocimiento, sin embargo, se precipita al considerar que el individuo es el único agente responsable de ese proceso de construcción, con lo que reduce su propuesta a un constructivismo en solitario.

4.1.3. La construcción del conocimiento en la sociología del conocimiento.

La expresión sociología del conocimiento fue acuñada por Max Scheler (1925) en una situación particular de la historia intelectual europea. De hecho nace de una tradición filosófica que se plantea el problema de la construcción del conocimiento del sentido común y del cómo las condiciones sociales e históricas de la cultura determinan dicha producción de conocimiento.

La sociología del conocimiento derivó de Marx (1962) su proposición básica, a saber que la consciencia del hombre está determinada por su ser social. De este modo, plantea que la historia de las ideas demuestra que la producción intelectual se transforma con la producción material. Para Marx, las ideas que controlan el orden social en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante. Cada sociedad genera inconscientemente modos de presentarse, de aparecer, y en la época del modo de producción capitalista, el modo de aparecer es la mistificación. (Rodrigo, Rodríguez y Marrero, 1993) Según esta visión los factores económicos y de clase son decisivos en la determinación de las ideas, el problema es la posición de una u otra clase y su visión del mundo. Naturalmente, se ha discutido mucho en la tradición sociológica sobre la clase de determinación social que tiene la producción del conocimiento, sin embargo no cabe duda que la sociología del conocimiento heredó de la obra de Marx algunos de los conceptos claves de su formulación como ciencia autónoma, entre los que habría que mencionar los de “ideología”, en tanto ideas que sirven como armas para intereses sociales; y los de “falsa consciencia”, en tanto pensamiento alejado del verdadero ser social del que piensa. (Marx, 1962)

La sociología del conocimiento se ha sentido seducida por el par de conceptos de infraestructura y superestructura planteados por Marx. Ambos conceptos se les debe entender como actividad humana y mundo producido por esa actividad humana respectivamente. De este modo, el esquema fundamental de infraestructura-superestructura ha sido adoptado en diversas formas por la sociología del conocimiento posterior a Marx, empezando por Scheler, quien supone que existe una relación entre el

pensamiento y una realidad subyacente distinta del pensamiento (Berger y Luckman, 1968). La fascinación ejercida por el esquema analítico de Marx prevaleció a pesar de una formulación explícitamente anti-marxista de la sociología del conocimiento.

Por otra parte, las ideas de Nietzsche tuvieron una continuación menos explícita en la sociología del conocimiento, pero tuvieron mucho que ver con su trasfondo intelectual en general. El anti-idealismo de Nietzsche difiere en la forma de las ideas de Marx, al introducir perspectivas adicionales al plantearse el pensamiento humano como instrumento de lucha por la supervivencia y el poder. En este sentido este autor desarrolló su propia teoría de la falsa consciencia, planteando un análisis del significado social del engaño y del autoengaño y de la ilusión como condición necesaria para la vida. El concepto de Nietzsche sobre el resentimiento como factor generador de cierto tipo de pensamiento social del sentido común influyó directamente sobre la visión de la sociología del conocimiento de Max Scheler.

Según Scheler el propósito de la sociología del conocimiento es establecer una antropología filosófica que trascendiese la relatividad de los puntos de vista específicos desarrollados por los puntos de vista historicistas. De este modo se plantea que la sociología del conocimiento habría de servirle como un instrumento para ese fin, ya que su objetivo principal era dejar los obstáculos interpuestos por el relativismo a fin de proseguir la verdadera tarea filosófica.

De acuerdo con esta orientación Scheler plantea el método negativo, el cual propone una relación entre los factores ideales y los factores reales del conocimiento. Los factores reales regulan las condiciones en que ciertos factores ideales pueden

aparecer en la historia pero sin afectar el contenido de éstos últimos, es decir el orden social determina la presencia, pero no la naturaleza de las ideas (Berger y Luckman, 1968).

Posteriormente al amplio debate filosófico que se desarrolló tras el planteamiento original de la sociología del conocimiento de Scheler surgió la formulación propiamente sociológica del problema del conocimiento por Karl Mannheim. La postura de Mannheim tuvo alcances muchos más vastos que la de Scheler, posiblemente porque en su obra tenía más preminencia la confrontación con el pensamiento marxista. La sociedad aparecía en ella como determinando no sólo el aspecto, sino también el contenido de las ideas humanas (Berger y Luckman, 1968).

La preocupación clave de este autor era el fenómeno de la ideología. Distinguía una ideología particular la cual constituía solo una parte del pensamiento del adversario; una ideología total que refería a la totalidad del pensamiento del adversario y una ideología general planteada como característica no sólo del pensamiento de un adversario, sino también del de uno mismo. Con el concepto general de ideología se alcanza el nivel de la sociología del conocimiento, la comprensión de que no hay pensamiento humano que esté inmune a las influencias ideologizantes de su contexto social.

De este modo, para Mannheim, el conocimiento es empírico, no trascendental; y no hay sujeto privilegiado, sino una pluralidad de sujetos cuyos puntos de vista son igualmente valiosos. Los hombres, en este sentido, no se enfrentan con la realidad material desde el nivel abstracto de una mente esencialmente contemplativa; por el contrario, actúan con y contra los demás en grupos diversamente organizados y, al

hacerlo, piensan con y contra los otros (Rodrigo, Rodríguez y Marrero, 1993). Este relativismo universal que postula Mannheim fue pronto contestado; por ejemplo, para Mead (1934) la propia inteligencia es un producto social, de origen también social; la mente surge a través de ésta mediante una conversación de gestos en un proceso social o contexto de experiencia.

Por su parte, Berger y Luckman (1968) consideran que el conocimiento es la certidumbre de que los fenómenos son reales, la realidad es tal y como los actores consideran lo real, lo sea o no; la realidad humana es una realidad construída socialmente.

Desde sus formulaciones iniciales hasta 1960 el término “conocimiento” ha ido restringiéndose en la sociología del conocimiento para referirse sólo a un tipo específico de ideas. Así, en Durkheim se alude sobre todo a las categorías del pensamiento; en Mannheim, se tratan específicamente las ideas políticas y sociales; mientras que en Merton ha acabado identificándose con la sociología de la ciencia.

Merton (1987), fundador de la nueva sociología de la ciencia norteamericana, admite que si bien las ideologías y utopías son influenciadas por los intereses de las clases y estratos sociales, las ciencias son autónomas respecto de las influencias directas de estos intereses y visiones. Si la sociedad en general - dice Merton - se orienta por normas y valores similares y correspondientes con los de la ciencia, ésta avanzará más que en las sociedades donde sus normas se contradigan con las de la comunidad científica. En suma, el conocimiento científico es autónomo, suprasocial, dotado de características como objetividad, racionalidad, intersubjetividad, verdad, etc., independiente de influencias externas y desarrollándose progresivamente según las reglas internas

(universalismo, desinterés, comunismo y escepticismo institucionalizado) (Merton, 1987).

Las distintas versiones de la nueva sociología del conocimiento científico, surgidas como oposición a la sociología de la ciencia mertoniana y desarrolladas en Europa, consideran la ciencia como un producto del entorno social. Además, otorgan la primacía a los razonamientos prácticos por los cuales los agentes sociales se representan e interpretan los valores y las obligaciones, lo que supone atender a los usos del lenguaje y sostener una imagen de los individuos como sujetos activos y conocedores. Todo ello dentro de una concepción de la ciencia caracterizada por los principios de naturalización, constructivismo, relativismo, causalidad e instrumentalidad.

Estos enfoques no suponen un programa único, por lo que se analizarán brevemente las peculiaridades de alguno de ellos:

a) El programa relativista, desarrollado por la Escuela de Bath, se centra en demostrar la naturaleza social de la racionalidad científica, en este sentido, el conocimiento es construido socialmente siendo el resultado de convenciones establecidas mediante argumentación, por ejemplo en las disputas de los científicos se emplean estrategias y recursos sociales de persuasión: preservar la mayor cantidad posible de acuerdos sobre la interpretación de resultados experimentales, utilizar mecanismos de poder internos a la comunidad como el apoyo en revistas internacionales, el ocultamiento de resultados que podrían ser desfavorables, etc.

b) El programa constructivista, parte de dos supuestos básicos: que la producción y validación de conocimiento tiene lugar en los laboratorios (espacios de práctica real del

científico); y que la construcción de hechos y conocimientos científicos es una actividad productiva, estructurada y controlada. Dicha actividad se lleva a cabo en organizaciones con asignación de tareas, se dirige a diversas audiencias y no difiere sustancialmente de otros centros de trabajo. Esto significa que los hechos científicos son construidos por seres humanos que se organizan y trabajan en un medio cambiante y se orientan a la búsqueda del éxito. Para los constructivistas la actividad científica es una forma de trabajo que transforma el desorden natural en orden y, al hacerlo elabora objetos de conocimiento social. Dado que la realidad se construye sobre datos desordenados, prácticas e instrumentos que también son construidos, el contexto de investigación cobra una importancia fundamental. De este modo, al ser construcciones contingentes, dependientes del contexto específico de elaboración, los hechos y objetos científicos sólo cobran significado dentro de él.

c) El análisis del discurso postula en este mismo sentido, la necesidad de recurrir al discurso en cuanto que es solamente a través de las diversas formas de verbalización, los tipos de habla y los diferentes documentos escritos, como podemos obtener pruebas sobre los métodos que usan los científicos para dar cuenta y dotar de sentido tanto a sus propias acciones como a las de otros. Se distinguen dos tipos de repertorios discursivos: el repertorio empirista, que se refiere a los discursos emitidos en contextos formales, y el repertorio contingente, descripción de creencias profesionales influenciadas por factores no sujetos a los aspectos empiristas.

d) Los estudios etnometodológicos se han preocupado principalmente de exponer el modo en que los actores sociales construyen el orden social en sus actividades cotidianas.

Lo social no es separable de lo científico, sino que forma parte inseparable de él. Los científicos construyen intersubjetivamente el sentido de lo social.

En síntesis, las relaciones entre la ciencia y la sociedad han ido evolucionando en función de los nuevos programas de la sociología del conocimiento. En el caso de Merton, la sociedad posee una estructura que favorece o no el desarrollo de la ciencia, pero que, en cualquier caso, no determina la organización interna ni el contenido del conocimiento científico, que se rige por sus propias normas. Posteriormente el programa relativista centra su análisis en la relaciones sociales de los científicos dentro de sus comunidades, y el programa constructivista en el conocimiento como factorías en un marco libremercantil. En el análisis de discurso, lo social se traslada al contexto en donde se generan los repertorios discursivos y el análisis etnometodológico establece una fusión entre sociedad y conocimiento en las prácticas cotidianas de los actores sociales.

4.2. LA TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES.

Como se ha argumentado en diversas investigaciones (Moscovici, 1987; Páez., 1989; Jodelet., 1983), la construcción que los sujetos realizan de la sociedad y de los fenómenos que en ella ocurren, depende en gran medida de las contingencias sociohistóricas que les ha correspondido vivir. La Psicología Social ha argumentado a este respecto que “hay clara evidencia empírica con respecto a la asociación entre la actividad cognitiva y los procesos de socialización. El origen ampliamente social de la cognición puede observarse también en los efectos que los factores culturales tienen sobre los

procesos de integración y transformación de la información. (...) los valores sociales asignados a los objetos, así como los orígenes sociales de las personas influyen la cognición” (Philippe-Leyends y Codol, 1990, p. 104). De lo anterior se puede desprender que las categorías a través de las cuales los sujetos se representan la realidad son socialmente construidas, y se encuentran determinadas por la pertenencia de los individuos a distintos grupos sociales, generándose de esta forma visiones compartidas e interpretaciones similares de ella. Los elementos que componen estas categorías subjetivas han sido integrados, por la Psicología Social, bajo el concepto genérico de Representación Social (Moscovici, 1961).

4.2.1. Perfil histórico del concepto de Representación Social.

En los inicios de la década de los 60 salía a la luz pública la obra de Serge Moscovici “La psychanalyse son image et son public” (Mocovici, 1961)⁶ Pese a que la referencia al psicoanálisis actuaba de principio organizador del título, el contenido de la obra no se dirigía tanto a las personas interesadas en las aportaciones de Freud sino más bien a las personas preocupadas por entender la naturaleza del pensamiento social. En otras palabras el psicoanálisis tan sólo constituía un objeto que permitía ilustrar concretamente el modo de constitución y los mecanismos funcionales de las representaciones sociales.

El libro daba a conocer la tesis doctoral que Moscovici acababa de presentar, tras diez años de investigación empírica y de elaboración teórica sobre el concepto de Representación Social. Es importante señalar que el autor no gozaba por esas fechas del

⁶ Publicado en Español como: Psicoanálisis su imagen y su público. De. Huemul. B. Aires, 1971.

amplio prestigio internacional que alcanzaría quince años más tarde cuando apareciera una nueva versión del texto original. Es así como la tesis de Moscovici no despierta el interés de los psicólogos sociales, hasta recién transcurridos unos diez años.

Las razones del prolongado periodo de latencia que vivió la obra de Moscovici antes que diera sus frutos no encierra ningún tipo de misterio. En efecto, pese a que el conductismo había iniciado el declive, su predominio seguía siendo demasiado importante en los inicios de los años 60 para que las aportaciones de Moscovici fueran aceptadas sin recelos. Las referencias de tipo mental nunca han sido bien acogidas en la matriz de pensamiento conductista, y menos los planteamientos en torno a entidades mentales que tenían un origen colectivo como lo sostenía la teoría de las representaciones sociales. En otras palabras, si las explicaciones basadas en el funcionamiento mental de los individuos no eran plenamente aceptadas, aún lo eran menos las explicaciones en términos de un supuesto funcionamiento mental de los grupos o de las colectividades. Por si eso fuese poco, la metodología utilizada por Moscovici tampoco podía recibir el visto bueno de la corriente conductista. Las entrevistas y el análisis de contenido distaba mucho, en efecto, de gozar del respeto casi reverencial que suscitaban los experimentos de laboratorio.

El conductismo fue debilitándose poco a poco y con él fueron desapareciendo una serie de obstáculos que restringían el posible alcance de las formulaciones de Moscovici. Pese a ello la teoría de las representaciones sociales sigue suscitando actualmente importantes reservas. Esto nos indica claramente que el conductismo no era el único responsable de las resistencias que despertó las investigaciones de las representaciones

sociales, por lo que a continuación señalaremos los tres factores que más han influido en este proceso:

En primer lugar conviene apuntar sin duda alguna a la influencia que ejerce el psicologismo. Buena parte de la psicología social sigue privilegiando hoy en día el estudio de los procesos individuales y sigue considerando lo social como un mero valor añadido a los mecanismos psíquicos de naturaleza individual.

En segundo lugar conviene tener presente la imagen, por no decir la Representación Social, que prevalece en Estados Unidos en relación con los trabajos de procedencia europea y, más concretamente, de origen francés. Se considera en efecto que estos trabajos caen fácilmente en el verbalismo y que son bastantes proclives a enzarzarse en meros ejercicios de virtuosismo especulativo totalmente desconectados de la realidad.

La tercera razón obedece a un mecanismo que es explicado, precisamente, por la teoría de las representaciones sociales. Según Moscovici (1961), las innovaciones son asimiladas por el pensamiento social a través de un proceso de reducción a los esquemas que ya están establecidos en dicho pensamiento. Algo parecido ocurre con el concepto de Representación Social. Muchos psicólogos sociales utilizan sus conocimientos sobre el concepto de actitud para acercarse al concepto de Representación Social y permanecen escépticos ante la posibilidad de que este último constituya algo más que una reformulación puramente terminológica del concepto de actitud.

De este modo, una vez superadas las trabas del conductismo, la teoría de las representaciones sociales se encontró con el psicologismo, unido a la prevención contra el carácter especulativo de la psicología social europea y al anclaje de muchos teóricos sobre

el concepto de actitud, sigue constituyendo un notable freno a la aceptación de la teoría de Moscovici.

La gran apuesta de Moscovici fué superar estas resistencias a partir de la reformulación del concepto de representación colectiva de Durkheim (1898). Con el concepto de representación colectiva la sociología Durkheimiana acotaba sin duda un fenómeno social de primera magnitud para explicar la relación entre el individuo y la sociedad. Pero este concepto requería aún un enorme trabajo de elaboración para ser realmente fecundo. La teoría social no emprendió explícitamente este trabajo aunque produjo una gran cantidad de conocimientos que, sin referirse directamente a las representaciones colectivas, aportaban de hecho materiales para entender sus funciones. Así por ejemplo, los desarrollos de la sociología del conocimiento contribuyeron a esclarecer algunos de los mecanismos básicos por medio de los cuales se construye nuestra visión de la realidad social. De hecho toda la corriente del interaccionismo simbólico se dedicó al estudio de los procesos mediante los cuales se negocian los significados atribuidos a los fenómenos sociales. Sin embargo, esta cantidad de conocimientos carecía de un principio unificador que permitiera integrar en una misma perspectiva la explicación del origen y de la naturaleza del pensamiento social, éste es el objetivo último de la teoría de las representaciones sociales.

4.2.2. El concepto de Representaciones Social.

El concepto de Representación Social fue desarrollado por Serge Moscovici (1961) a partir de una reconceptualización, desde la psicología social, de la idea de representación

colectiva de Emile Durkheim (1898). Designa una forma de pensamiento social, que puede ser identificada como el saber del sentido común, son "imágenes que condensan un conjunto de significados, sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso, dar sentido a lo inesperado; categorías que nos sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos con quienes tenemos algo que ver, teorías que permiten establecer hechos sobre ellos. Y a menudo, cuando se les comprende dentro de la realidad de nuestra vida social, las representaciones son todo ello junto" (Jodelet, 1990, p. 472).

La noción de Representación Social se sitúa como un puente entre lo psicológico y lo social. "Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos, y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social." (Jodelet, 1989, p. 473). Estas peculiaridades convierten al concepto de Representación Social en un concepto marco que apunta hacia un conjunto de fenómenos y de procesos más que hacia objetos claramente diferenciados o hacia mecanismos precisamente definidos.

Una Representación Social mantiene cierta relación de determinación con la ubicación social de las personas que la comparten. Las representaciones sociales constituyen factores generativos de tomas de posturas que están ligadas a inserciones específicas en un conjunto de relaciones sociales y que organizan principios simbólicos implicados en esas relaciones (Doise & Mugny, 1984).

Sin embargo, no todo conjunto de opiniones constituye una Representación Social. El primer criterio para identificar una Representación Social es que está estructurada, es decir, tiene una carácter molar puesto que engloba diversos componentes en forma sistémica. Moscovici enfatiza el carácter específico e irreductible de las representaciones sociales al plantear que “constituyen una organización psicológica una forma de conocimiento que es específica de nuestra sociedad y que no es reductible a ninguna otra forma de conocimiento”. (Moscovici, 1976. p. 35). Con ello Moscovici pretende marcar la diferencia entre las representaciones sociales y otras formas del pensamiento social como son los mitos, la ideología, la ciencia o simplemente las visiones del mundo, pese a que las representaciones sociales comparten aspectos comunes con cada una de ellas.

El hecho de que las representaciones sociales estén estructuradas nos indica también que no tiene por que existir una Representación Social para cada objeto en el que podamos pensar. Puede que un determinado objeto tan sólo de lugar a una serie de opiniones e imágenes relativamente inconexas. Esto refleja además, que no todos los grupos o categorías sociales tienen que participar de una Representación Social que les sea propia, es posible por ejemplo, que un grupo tenga una Representación Social de cierto objeto y que otro grupo se caracterice tan sólo por el hecho de disponer de un conjunto de opiniones, de informaciones o de imágenes acerca de ese mismo objeto, sin que esto suponga la existencia de una Representación Social.

Las representaciones sociales se caracterizan además por constituir modalidades de pensamiento práctico que sirven de guía para la actuación concreta sobre los hombres y sobre las cosas y que pretende sistematizar los saberes pragmáticos a la vez que, por medio

de la comunicación constituye un agente de la creación de un universo mental consensual (Jodelet, 1984).

Por otra parte, las representaciones sociales son ante todo productos socioculturales, es decir, estructuras significantes que emanan de la sociedad y que nos informan sobre sus características en un determinado momento de la historia. No obstante, no debemos olvidar que las representaciones sociales son ante todo un proceso, es decir, son a la vez, pensamiento constituido y pensamiento constituyente. En tanto que pensamiento constituido, las representaciones sociales se transforman efectivamente en productos que intervienen en la vida social como estructuras preformadas a partir de las cuales se interpreta la realidad, sin embargo, en tanto pensamiento constituyente las representaciones sociales no sólo reflejan la realidad sino que intervienen en su elaboración. “La representación constituye en parte el objeto que representa. No es el reflejo interior, es decir, situado en la cabeza de los sujetos, de una realidad exterior sino que es un factor constitutivo de la propia realidad” (Ibañez, T., p. 36).

En otras palabras, la Representación Social debe ser abordada como el producto y el proceso de una elaboración psicológica y social de lo real. La caracterización social de los contenidos o de los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás.

4.2.3. La formación de las representaciones sociales

Las representaciones sociales se construyen a partir de tres fuentes básicas: el fondo cultural común, los mecanismos de formación internos y la comunicación social e interpersonal (Ibañez, T., 1988). La primera fuente mencionada es el fondo cultural común que circula a través de toda la sociedad bajo la forma de creencias ampliamente compartidas, de valores considerados como básicos y de referencias históricas y culturales que conforman la memoria colectiva. Este difuso y omnipresente trasfondo cultural "moldea con fuerza la mentalidad de una época y proporciona las categorías básicas a partir de las cuales se constituyen las representaciones sociales" (Ibañez, T., 1988. p. 40)

Otra fuente de determinación proviene de la propia dinámica de las representaciones sociales y de sus mecanismos de formación internos. Entre estos mecanismos internos destacan principalmente los procesos de objetivación y de anclaje, el primero de ellos concierne a la forma en que los saberes y las ideas acerca de determinados objetos entran a formar parte de las representaciones sociales de dichos objetos mediante una serie de transformaciones específicas; el segundo da cuenta de cómo inciden las estructuras sociales sobre la formación de las representaciones sociales, y de cómo intervienen los esquemas ya constituidos en la elaboración de nuevas representaciones.

Finalmente las representaciones sociales se forman también a partir del conjunto de prácticas sociales que se encuentran relacionadas con la comunicación social y, especialmente, con la interpersonal. La relevancia de la comunicación social en la construcción de las representaciones sociales se origina en la importancia que tienen los medios de comunicación de masas para transmitir valores, conocimientos, creencias y

modelos de conducta (Páez, 1989). Por otra parte, la importancia de la comunicación interpersonal, y más precisamente de las innumerables conversaciones en las que participa toda persona en el transcurso de su vida, radica en el hecho de que la conversación se constituye en una continua y repetida aportación de materiales para formar representaciones sociales, al ser un continuo flujo de imágenes, valores, opiniones, juicios, informaciones, que nos impactan sin que ni siquiera nos demos plenamente cuenta de ello. Por otra parte, los grupos a los que pertenece una persona, le predisponen a entrar en ciertos contextos conversacionales en lugar de otros y a verse expuesta a ciertos contenidos conversacionales y no a otros. Aparece así, la participación en ciertos espacios conversacionales como uno de los mecanismos por los cuales se originan representaciones sociales dispares (Ibañez, 1988).

Estas tres fuentes se interrelacionan de un modo similar al descrito por Pearce, Cronen (1980) en la teoría CMM (Coordinated Management of Meaning). De acuerdo a esta teoría siempre que dos elementos están organizados en una jerarquía la relación que entre ellos se establece es circular y reflexiva, es decir, si tenemos un cierto contexto (A) y una determinada situación (B), diremos que el contexto (A) entrega el significado para la acción (B), sin embargo, una vez que ésta ha sido ejecutada el contexto (A) también se ve modificado por (B). La fuerza que ejerce (A) sobre (B) se denomina "Fuerza Contextual Descendente" y la que ejerce (B) sobre (A) "Fuerza Implicativa Ascendente".

De esta forma, el fondo cultural común, al actuar como contexto, ejerce una "fuerza contextualizadora descendente" sobre los procesos psicológicos de formación de las representaciones sociales, los cuales a su vez contextualizan la comunicación social e interpersonal. De un modo inverso la comunicación social e interpersonal ejerce una "fuerza

implicativa ascendente" sobre los procesos psicológicos, modificándolos, y éstos a su vez ejercen igual tipo de influencia sobre el contexto sociocultural. Por lo tanto, cuando en un contexto comunicacional entra en juego una Representación Social, esta se ve contextualizada y modificada por el marco social y cultural a la vez que lo influye y lo modifica en un proceso dialéctico.

4.2.4 Estructura y Mecanismos internos de las representaciones sociales.

Moscovici (1961) plantea que existen tres ejes en torno a los cuales se estructuran los componentes de una Representación Social: la actitud, la información y la imagen. La actitud se manifiesta como la disposición más o menos favorable que tiene una persona hacia el objeto de la representación, y expresa por lo tanto la orientación evaluativa en relación a ese objeto. Los diversos componentes afectivos que forman parte de cualquier representación se articulan precisamente sobre esta dimensión evaluativa, imprimiendo a las representaciones sociales un carácter dinámico. Es así como el componente actitudinal de las representaciones sociales dinamiza y orienta decisivamente las conductas y el objeto representado, suscitando un conjunto de reacciones emocionales e implicando a las personas con mayor o menor intensidad. Esta función dinámica está presente aún en los casos en que la Representación Social no alcanza una estructuración plena y permanece relativamente difusa; este es el caso que se da por ejemplo cuando las personas o grupos no disponen de suficiente información sobre el objeto de la representación, o cuando carecen de experiencias concretas en relación a este objeto.

La información se refiere al nivel de conocimiento sobre el objeto de la representación, y emerge de un contacto directo con el objeto, y de las prácticas que se desarrollan en relación a él.

Finalmente, la imagen se refiere al esquema en torno al cual se organiza la Representación Social. Es la imagen la que confiere su peso y su significado a todos los demás elementos que se asocian al objeto de la representación. El núcleo o imagen de la Representación Social se construye a través del proceso de objetivación (Moscovici, 1961), el cual se desarrolla a partir de la obtención de la información sobre los objetos representados, la que varía notablemente tanto en cantidad como en calidad dependiendo de la pertenencia de los sujetos a distintos grupos sociales (Jodelet, 1986). De acuerdo a esta teoría, la información existente en el medio respecto de un determinado objeto social pasa por este proceso de objetivación, el cual consta de tres fases claramente diferenciadas: la construcción selectiva, la esquematización estructurante y la naturalización. (Jodelet, 1986).

En primer término, "la construcción selectiva se refiere al proceso mediante el cual los distintos grupos sociales y los individuos que los integran se apropian de los saberes sobre un objeto determinado" (Ibañez, T, 1988, p. 48). Esta apropiación consiste en retener algunos aspectos de la información, rechazando otros que pasan desapercibidos o se olvidan rápidamente. Los elementos retenidos sufren un proceso de transformación para que puedan encajar en las estructuras de pensamiento que ya están constituidas en el sujeto. Se trata por lo tanto de un proceso de adaptación de los nuevos elementos de información, similar a los procesos descritos por Piaget (1967) bajo el nombre de asimilación.

En segundo término, "la esquematización estructurante refiere al proceso a través del cual, los diversos elementos de información seleccionados y adaptados, se organizan para proporcionar una imagen del objeto representado suficientemente coherente y fácilmente expresable" (Ibañez, T., 1988, p. 48). El resultado de este proceso de organización interna es el esquema figurativo de la representación.

Finalmente, la naturalización se refiere "al proceso a través del cual el esquema figurativo adquiere un status ontológico que lo sitúa como un componente más de la realidad objetiva" (Ibañez, T., 1988, p. 49). El esquema figurativo no es sino el resultado de un proceso de construcción social de una representación mental, sin embargo, a través de la naturalización, se olvida el carácter artificial y simbólico del núcleo figurativo y se le atribuye plena existencia fáctica. Así, el esquema figurativo pasa a ser la expresión directa de una realidad que se le corresponde perfectamente y de la que no parece constituir sino, un reflejo fiel. Una vez que ha quedado constituida la imagen, tiene toda la fuerza de los objetos naturales que se imponen por sí mismos a nuestra mente. La imagen pasa a ser un objeto que "ya estaba ahí", esperando que pudiéramos percibirlo o pensarlo.

Las razones de esta "ontización" (Moscovici, 1961) de la imagen de la Representación Social radica en dos características básicas del pensamiento social: el anti-nominalismo y la tendencia a centrarse sobre los productos (Moscovici & Hewstone, 1986). De hecho el pensamiento social es profundamente anti-nominalista en la medida en que tiende a atribuir un estatus de existencia fáctica a los objetos mentales y a su expresión verbal. Por otra parte, el pensamiento social tiende a separar los procesos y los productos olvidándose de la historia que conduce a un determinado resultado para quedarse

únicamente con el resultado. Se centra sobre el producto olvidando el proceso e ignorando que las condiciones de producción de un objeto son imprescindibles para entender las características presentes en dicho objeto.

Junto con el mecanismo de objetivación, el segundo mecanismo básico de formación de las representaciones sociales es el proceso de anclaje (Moscovici, 1961). "Su función consiste en integrar la información sobre un objeto, dentro de nuestro sistema de pensamiento tal y como está ya constituido. Así, el anclaje es el mecanismo que permite afrontar las innovaciones o la toma de contacto con objetos que no nos son familiares." (Ibañez, T. 1988, p. 50).

El proceso de anclaje consta de dos elementos (Páez, 1989); el primero de ellos se refiere a cómo el sistema de conocimiento contenido en las representaciones se establece y generaliza en la realidad social, atribuyéndole a ésta un sentido regulador de las interacciones sociales. El segundo en tanto se refiere a que el anclaje aparece como un enraizamiento en los sistemas cognitivos preexistentes innovando y modificando los antiguos sistemas de creencias. De este modo, a través del anclaje, se le confiere una asignación de sentido al objeto de la representación, con el fin de insertarlo en un sistema de creencias mayor; instrumentalizándolo como saber, es decir se transforma en un esquema de interpretación, y se constituye en un orientador del comportamiento social.

4.2.5 La función de la Representación Social.

Las representaciones sociales además de incidir en la visión de la realidad social, participan en su construcción efectiva (Ibañez, 1988). Las representaciones sociales se transforman así en copartícipes de todas las funciones que desempeña una realidad social.

Por otro lado, en el ámbito de la vida cotidiana las representaciones sociales pasan a tener una función de mediación entre el individuo y su medio, así como entre los miembros de un mismo grupo, de modo se vuelven capaces de resolver y expresar problemas cotidianos en un lenguaje común (Ibañez, T. , 1988). En relación a esto, Páez (1989) ha afirmado que este sistema servirá para clasificar a los individuos y los acontecimientos, y para constituir tipos respecto a los cuales se evaluará y clasificará a los distintos objetos sociales. En este mismo sentido, y refiriéndose al uso de estos tipos en la interacción interpersonal, Berger y Luckman (1968) señalan : "yo aprehendo al otro por medio de esquemas tipificadores ... (y) el otro también me aprehende de manera tipificada, de modo que los dos esquemas tipificadores entran en negociación continua cuando se trata de una situación cara a cara" (p. 48-49). De esta manera las relaciones sociales se constituyen en un espacio de intercambio y negociación de categorías de representación subjetiva, en el que entran en juego las fuerzas contextualizadoras descendentes e implicativas ascendentes (Cronen y Pearce, 1980). En este contexto, las representaciones sociales, se presentan como instrumentos de referencia que permiten aprehender con sentido determinados objetos sociales y comunicar significados a través del lenguaje y; por consiguiente, influenciar las relaciones sociales.

De este modo las representaciones sociales desempeñan un papel fundamental en el proceso de comunicación social. La conversación de la vida cotidiana implica intercambios verbales que exigen algo más que la utilización de un mismo código lingüístico, sino que exige además que se comparta un mismo trasfondo representacional. Este trasfondo común suple el estricto rigor discursivo que es necesario para transmitir un mensaje sin ambigüedades, rigor que es imposible mantener en las improvisaciones espontáneas de la vida cotidiana.

Por otro lado, las representaciones sociales tienen por función la de integrar las novedades en el pensamiento social. “La dialéctica entre asimilación y acomodación mantiene la estabilidad del pensamiento social al mismo tiempo que transforma progresivamente las mentalidades. Es así como nos adaptamos a las nuevas realidades sin que éstas nos transporten permanentemente a paisajes totalmente extraños” (Ibañez T., 1988, p.54). En este sentido la función de las representaciones sociales es central en la transformación de los nuevos conocimientos científicos en saberes de sentido común (Moscovici & Hewstone, 1986). Los procesos de objetivación y anclaje permiten que las aportaciones conceptuales de la ciencia penetren en el sentido común a pesar de su elevado grado de abstracción y de complejidad.

Finalmente las representaciones sociales encuentran otra de sus funciones en la conformación de las identidades personales y sociales, así como en la expresión y en la configuración de los grupos. El hecho de poseer un repertorio común de representaciones sociales desempeña un papel importante en la configuración de la identidad grupal y en la formación de la conciencia de pertenencia grupal(Páez, 1989). La situación de estar con

personas que ven el mundo tal y como lo vemos, no sólo permite establecer relaciones más relajadas y satisfactorias, sino que nos proporciona una cierta confianza en la validez de nuestros criterios y en la bondad de nuestra forma de ser. En este mismo orden de cosas las representaciones sociales también desempeñan una función en las relaciones intergrupales (Ibañez T., 1988). La identidad de un grupo es siempre un fenómeno diacrítico, es decir que el grupo no puede definirse si no es por su diferencia con otros grupos. La imagen que se forman los grupos acerca de los demás orienta sin duda las relaciones que se establecen entre ellos. Estas imágenes crean expectativas sobre el tipo de relación que establecerán entre si dos personas pertenecientes a dos grupos diferentes, y no es nada infrecuente que estas expectativas actúen como profecías que se autocumplen por el sólo hecho de haber sido formuladas.

De este modo, las representaciones sociales son utilizadas en diversas situaciones como esquemas mediadores en la interacción cotidiana y en la construcción social de la realidad.

PARTE III
METODOLOGÍA.

CAPÍTULO 5

INTRODUCCION A LA PERSPECTIVA DE INVESTIGACIÓN

El objetivo de la presente investigación fue explorar la Representación Social que los jóvenes populares de Valparaíso elaboran en torno a la pobreza y los pobres.

Las representaciones sociales se encuentran mediatizadas y portadas por el lenguaje natural del sentido común. "El lenguaje es un sistema de signos vocales capaz de transformarse en depósito objetivo de vastas acumulaciones de significado y experiencias (...) que hace más real la subjetividad, no sólo para mi interlocutor en la conversación, sino también para mi mismo. De este modo el lenguaje tiene la capacidad de cristalizar y estabilizar en el tiempo mi propia subjetividad más allá de la situación cara a cara" (Berger y Luckman, 1968, p. 56-57). Por lo tanto, al ser la conversación el espacio en donde el lenguaje natural permite la emergencia, la negociación y la formación de las representaciones sociales (Moscovici, 1981) la presente investigación se planteó el análisis de las conversaciones cotidianas de los jóvenes en torno a la pobreza como método de acceso a la representación de éste fenómeno, quedando las representaciones sociales definidas operacionalmente como el contenido de las conversaciones de los jóvenes en relación al fenómeno de la pobreza.

Esto implica realizar el estudio de un fenómeno psicosocial, construido en el lenguaje, utilizando el lenguaje como la herramienta de descripción y análisis (Canales, 1994), es decir, esta investigación "implica clausura lingüística, hablamos del lenguaje con

el lenguaje" (Ibañez J., 1986. p. 55). Para realizar una investigación psicosocial con él y del lenguaje, es preciso en primer lugar identificar dos componentes (Ibañez J., 1991.):

1. Componente semiótico: Este componente se relaciona con la capacidad del lenguaje de modificar el contexto de relaciones sociales en el cual es utilizado, y puede ser definido como lo que hay de fuerza en el lenguaje. Esta dimensión fue descrita por J.L. Austin (1982) quien planteó que cuando los seres humanos utilizamos el lenguaje, nuestro interés fundamental no es decir algo verdadero o falso, sino hacer un compromiso de acción futura. De este modo, las expresiones de estos compromisos de cursos de acción en el lenguaje, implican una reorganización de las relaciones sociales que constituyen el mundo de los que participan en el lenguaje.

2. Componente simbólico: Se entiende como lo que hay de significado en el habla. Al interior de este componente se reconocen dos dimensiones; (a) la dimensión referencial o déictica, en que el lenguaje apunta a la realidad translingüística, es decir, el lenguaje puede intercambiarse por el objeto que nombra y (b) la dimensión estructural o anafórica, en que el lenguaje apunta al lenguaje, es decir, es intercambiable por otra expresión que constituye su definición.

A la vez, en cada componente es posible identificar tanto lo que el lenguaje dice, su semántica, y lo que el lenguaje hace, su pragmática. De este modo, el lenguaje tiene dos modalidades de acción: opera semánticamente en superficie, o informáticamente; y opera pragmáticamente en profundidad, o energéticamente.

A partir de estas distinciones se pueden diferenciar tres perspectivas metodológicas en el estudio de los fenómenos sociales (Ibañez, J. 1986):

1. La perspectiva distributiva, que aplica la dimensión referencial del componente simbólico del lenguaje. En esta perspectiva puede alcanzarse niveles métricos de medida concibiéndolo el lenguaje como unidades aditivas y multiplicativas. En esta perspectiva se pretende dar cuenta de los elementos que componen un sistema. La aplicación más general es la encuesta estadística.

2. La perspectiva estructural, que aplica la dimensión anafórica del componente simbólico del lenguaje alcanzando niveles no métricos de medida. En esta perspectiva se trata de dar cuenta de las relaciones que existen entre los elementos de un sistema. La aplicación más general es el grupo de discusión.

3. La perspectiva dialéctica, que aplica el componente semiótico, y se ocupa de la dimensión pragmática del lenguaje. De lo que se trata es de dar cuenta de la dinámica de un sistema. La aplicación más general es el socioanálisis.

Para el desarrollo de esta investigación se adoptó una perspectiva estructural, ya que se pretendió explorar un conjunto de significados -socialmente construidos-, que permitiera acceder a las visiones juveniles en torno a la pobreza, implementándose como técnicas de recolección primaria de datos los grupos de discusión y la entrevista en profundidad.

A continuación se describirán los elementos que constituyen la metodología de esta investigación.

CAPÍTULO 6.

DISEÑO DE INVESTIGACIÓN.

El diseño de la presente investigación corresponde a lo que en la perspectiva cualitativa sería un diseño estructural (Ibañez, J., 1986), en el cual se opta por técnicas de producción primaria de datos (en este caso Grupos de Discusión y Entrevistas en Profundidad). La implementación de los grupos de discusión tiene como objetivo acceder a la dispersión de un conjunto de significados que se unifique en la dirección de una estructura profunda o visión compartida por un grupo (Ibañez, J. , 1986), la cual sólo puede emerger en el contexto de la conversación.

El que se realice sólo un grupo de discusión en cada sector obedece al hecho de que la presente investigación trabaja sólo con un segmento de la población juvenil (cual es; los jóvenes populares de entre 16 y 21 años) y convencionalmente se considera que al realizarse tres grupos de discusión en total por cada segmento se obtiene toda la información novedosa y relevante al producirse un proceso de saturación, al realizarse más grupos sólo se redundaría en los mismos contenidos ya explorados. “Es importante tener en cuenta que lo que buscamos con el grupo de discusión no es la inferencia sino la comprensión, no queremos abstraer datos generales para toda la población, no realizamos afirmaciones acerca de una población total, sino que captamos como perciben sus miembros una determinada situación social” (Krueger, 1991. p. 100).

Por otra parte, la implementación de las entrevistas en profundidad apuntan a explorar un eje genético (individual) construido por un actor social a través de su historia

personal. Se trata de incorporar en el estudio la visión biográfica de sujeto, a través de individuos con experiencias de vidas marcadas por la pobreza.

6.1 Participantes.

Los participantes de esta investigación fueron jóvenes de ambos sexos, de entre 16 y 21 años, pertenecientes a tres importantes focos de pobreza de la comuna de Valparaíso; Montedónico (Cerro Playa Ancha), La isla (Cerro San Roque) y Héroes del Mar (Cerro Placeres). Este grupo de edad fue seleccionado en consideración a que, en esta etapa, los jóvenes están consolidando la construcción de su identidad (Erickson, 1980) y, por lo tanto, es posible observar el influjo del medio cultural en general y del medio social en particular. Las localidades han sido escogidas por encontrarse entre las más pobres de la comuna, y en virtud de ser poblaciones populares tradicionales de Valparaíso, identificadas claramente como tales por el sentido común de los habitantes de la zona y por poseer además una fuerte identidad y memoria histórica.

Para la obtención de los participantes en la investigación se utilizó un muestreo de tipo estructural. "La forma muestra-estructural implica que cada individuo es extraído del contexto de relaciones sociales, y que un subconjunto -la muestra- representa a un conjunto de relaciones estructurales -el universo-" (Ibañez, J. 1986, p. 61). Es decir, el microgrupo de sujetos que participaron en el estudio fueron seleccionado a partir de un criterio de representatividad de las relaciones sociales que establece el macrogrupo poblacional, y no se basa en la representatividad estadística de la distribución de un conjunto de características individuales en dicha población.

Para la implementación de los grupos de discusión se seleccionaron entre 6 y 10 jóvenes de cada uno de estos focos de pobreza obteniéndose así una muestra estructural total de 24 jóvenes. La selección de este número de participantes en cada grupo de discusión obedece a un criterio puramente metodológico, ya que es el que se considera convencionalmente apropiado para que se generen los procesos conversacionales que son necesarios para explorar los conjuntos de significados que se busca conocer (Krueger, 1991). Los participantes de las entrevistas en profundidad fueron doce jóvenes, cuatro por cada sector, utilizándose -al igual que en los grupos de discusión- un muestreo de tipo estructural.

Las características estructurales que se utilizaron para la obtención de la muestra fueron:

- Jóvenes de ambos sexos.
- Jóvenes de entre 16 y 21 años
- Jóvenes con un mínimo de diez años de permanencia en la población.
- Jóvenes que no estén insertos en el sistema de educación formal.
- Jóvenes que hayan tenido una experiencia de trabajo infantil
- Jóvenes que mantengan una relación inestable con el mundo del trabajo (Trabajos sin contrato, subempleos o cesantes).

La utilización de estos criterios tuvo como objetivo el asegurar que los miembros de la muestra no tuvieran acceso a los mecanismos de integración social como la educación y el trabajo, además de que sus biografías dieran cuenta de importantes experiencias de carencia y portaran los principales elementos de la memoria histórica local.

El reclutamiento se inició con la identificación de programas u organizaciones locales existentes en los sectores seleccionados. Una vez realizado esto se tomó contacto con actores claves de dichos programas u organizaciones, con el propósito de obtener información acerca de familias pobres que tuvieran miembros jóvenes que cumplieran los criterios de estructuración de la muestra. Una vez identificados los jóvenes que potencialmente podían participar en las entrevistas en profundidad o en los grupos de discusión se invitó a cuatro de ellos (dos mujeres y dos hombres) a una conversación en relación a su vida en la población y a su opinión acerca de la pobreza, y se convocó a un número aproximado de doce jóvenes por sector a una discusión en torno al tema de la pobreza y su superación.

6.2 Técnicas de recolección de datos.

En la presente investigación las técnicas de recolección de datos utilizadas fueron dos; el grupo de discusión y la entrevista en profundidad.

6.2.1. El Grupo de Discusión: El grupo de discusión es una técnica de recolección primaria de datos que se propone el desarrollo de una dinámica en que el investigador habla con un grupo que conversa. Esta técnica tiene un carácter exploratorio y su característica principal es la conversación, el habla y la escucha, de un grupo para y por sí mismo. En tal sentido es distinto a un Grupo Focal o Entrevista Grupal, todas dinámicas en las que el habla es individual y sólo es grupal la audición (Canales y Binimelis, 1994). En el grupo de discusión se han de considerar aspectos del proceso grupal tales como la participación

individual, la atmósfera grupal y las reacciones espontáneas ante los temas de discusión. Respecto del contenido de éstos, se ha de tener en cuenta en primer lugar el nivel de comprensión y de información sobre los temas abordados, y el nivel de elaboración conceptual de éstos y los sentimientos asociados a las expresiones verbales y no verbales de los participantes.

Según Canales y Binimelis (1994), la dinámica de los Grupo de Discusión atraviesa por diferentes fases en las que es posible distinguir tres momentos :

a. Crisis y primera falla del investigador: El investigador propone el tema y deja la palabra en el grupo. Los participantes solicitan instrucciones, y el investigador las niega. El silencio y las revocaciones ("como dijo que", "usted se refiere a") confirman que el investigador renuncia al comando, y sólo entre ellos hay conversación posible. Se constituye la polarización y la asimetría, entre el habla investigadora y el habla grupal. El que ha constituido al grupo (polo inicialmente constituyente) renuncia a sostenerlo y marca la frontera de la responsabilidad: el grupo.

b. Escape de la crisis y segunda falla del investigador: Lo que queda de la dinámica se enfila a superar la crisis, para lo que el camino más factible lo representa el constituirse como grupo. En un comienzo las hablas se dirigirán al investigador, buscando confirmación o refutación (premio/castigo), quien falla por segunda vez : no confirma ni refuta, escucha. Se desplaza tal búsqueda al resto de los participantes, se inicia la conversación grupal.

c. Reconocimiento grupal y desestabilización: Una vez instaurada la dinámica grupal, la conversación se confirma en zonas de consensos, discensos, y expresiones marginales. El discurso grupal tiende a la estabilización, o al escape hacia otros temas, ante lo que el habla investigadora desestabiliza utilizando las provocaciones reflexivas (que son intervenciones interpretativas de lo dicho por el grupo) o provocaciones refractarias (que son intervenciones que devuelven los dichos del grupo). Ahora el habla investigadora se dirige al grupo constituido, y es el grupo el que vuelve sobre sí mismo para hablarse/escucharse otra vez, hasta concluir.

La presente investigación utilizó este modelo como orientación general, no obstante lo cual los investigadores realizaron intervenciones tendientes a intencionar la discusión en aquellos casos en que los participantes no abordaron directamente la temáticas de interés para este estudio.

Desde un punto de vista teórico, el grupo de discusión se sitúa en la función metalingüística del lenguaje, en cuanto que produce discursos particulares y controlados que remiten a otros discursos que portan visiones socialmente compartidas. De este modo, el grupo de discusión representa estructuralmente las visiones de mundo que se elaboran en el macrogrupo del cual fue extraído (Ibañez, J. 1986).

Se realizaron tres Grupos de Discusión, uno por cada sector seleccionado, de entre seis y diez participantes cada uno. Cada grupo discutió durante dos horas acerca del tema de la pobreza; qué es la pobreza, cuáles son sus causas, quiénes y cómo son los pobres y cómo puede superarse esta situación, estando estas discusiones a cargo de dos monitores, cada

uno de los cuales tuvo funciones específicas. El primer monitor fue el que propuso los temas y dió inicio a la discusión, en tanto que el segundo monitor tuvo como función observar y transcribir las actitudes y reacciones no verbales de los participantes frente a los temas tratados durante el transcurso de la discusión y teniendo a cargo, además, la grabación de la sesión.

6.2.2. La Entrevista en Profundidad: La entrevista en profundidad es un proceso comunicativo a través del cual el investigador extrae cierta información que se halla contenida en la biografía de la persona que es su interlocutor. Esta técnica se diferencia de las entrevistas realizadas mediante el instrumento "cuestionario". Es semidirectiva por el papel del entrevistador, y en profundidad porque la búsqueda se orienta hacia la exposición de la estructura profunda del habla, por los sentidos y significaciones en que ahonda el habla del entrevistado.

La entrevista "no directiva" proviene de la psicoterapia desarrollada por Carl Rogers, quien propone su utilización en la investigación social (Rogers, 1945, cit. por Ibáñez 1986). Consiste en iniciar y sostener el desarrollo coherente de una perspectiva definida por la condición social que el entrevistado representa para el estudio.

La entrevista abierta (o semidirectiva), busca acceder a un conjunto de significados dispersos que se unifican en un eje genético, es decir, se propone reconstruir la génesis de un discurso en un objeto total: la biografía. Articula la experiencia de una persona, leída desde el tema propuesto. La técnica de la entrevista abierta se presenta útil, por lo tanto, para obtener información de carácter práctico, es decir, información acerca de cómo los

sujetos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en la historia de sus prácticas individuales.

El habla del entrevistado es, específicamente, **habla para ser oída**. El entrevistado busca la comprensión que el entrevistador le ofrece, y por ello escucha sus expresiones.

La presente investigación consideró la realización de doce entrevistas en profundidad, cuatro por cada sector seleccionado, a jóvenes que presentaran una vivencia personal significativa de la pobreza. Estas entrevistas fueron desarrolladas por uno de los investigadores teniendo una duración aproximada de dos horas.

6.3 Tratamiento de los datos

La transcripción de las conversaciones permitió obtener ciertos textos que corresponden, dentro del plan de análisis, a las unidades de registro, es decir, a todo el material escrito que fue sometido al proceso de análisis de contenido, cuyo objetivo fue describir ordenadamente los discursos desarrollados en los grupos de discusión y en las entrevistas en profundidad, para luego identificar las representaciones sociales que los jóvenes elaboran en torno al fenómeno de la pobreza y los pobres.

El análisis de contenido es una técnica de investigación que consiste en un análisis de la realidad social a través de la observación y del análisis de los documentos que se crean o producen en el seno de una o varias sociedades (López-Aranguren, 1986). Lo característico del análisis de contenido, y lo que lo distingue de otras técnicas de investigación es que se trata de una técnica que combina intrincadamente, y de ahí su complejidad, la observación y el análisis de texto.

El análisis de contenido puede ser definido como “cualquier técnica de investigación que sirva para hacer inferencias mediante la identificación sistemática y objetiva de características específicas dentro de un texto” (Holsti, 1969. cit. por López-Aranguren, 1986, p. 384), de modo que no parece como un requisito del análisis el que sea cuantitativo, con lo cual se admite por un lado el análisis cualitativo, y por otro lado, el análisis de contenido latente de las comunicaciones, quedando como propósito primordial del análisis el realizar inferencias. En este mismo sentido se encuentra la definición más reciente de Krippendorff (1980) que plantea que “el análisis de contenido es una técnica de investigación (que se utiliza) para hacer inferencias reproducibles y válidas de los datos al contexto de los mismos” (cit. por López-Aranguren, 1986. p. 384). Los mensajes y comunicaciones se refieren por lo general a fenómenos que no son observados directamente por los receptores de aquellos, y es esta característica lo que obliga al receptor del mensaje a hacer inferencias específicas a partir de los datos que observa a partes del entorno empírico o contexto de aquel conjunto de datos. En suma, en la actualidad se reconoce que el análisis de contenido puede tener tanto un fin descriptivo como un fin inferencial y que es una técnica eminentemente cualitativa y que no está limitada al contenido manifiesto de los mensajes sino que puede extenderse a su contenido latente. *

El plan de análisis consideró en primer lugar la realización de lecturas independientes de los textos transcritos por parte de cada uno de los investigadores. Esta lectura tuvo como objetivo identificar las principales temáticas y procesos conversacionales que se dieron tanto en las entrevistas en profundidad como en los grupos de discusión, y el

hecho de que hayan sido independientes fue utilizado como un criterio de validez de las categorías identificadas en esta etapa.

En segundo lugar, se realizaron colectivamente un conjunto de lecturas sistemáticas por parte del equipo de investigación, con tal de establecer las unidades mínimas de significado que recibieron el nombre de "unidades de análisis". Dichas unidades correspondieron a segmentos textuales claramente discernibles, portadores de significado, los cuales fueron definidos operacionalmente como todos aquellos enunciados que referían, explícita o implícitamente, al tema de la pobreza y los pobres. Luego, estas unidades fueron clasificadas de acuerdo a los siguientes ejes conceptuales; Imagen, Actitud e Información (Moscovici, 1961), los cuales fueron definidos operacionalmente de la siguiente forma;

a. Imagen: Corresponde a todos aquellos segmentos textuales que responden a la pregunta investigadora “¿qué es la pobreza?”.

b. Actitud: Corresponde a todos aquellos segmentos textuales que responden a la pregunta investigadora “¿cómo es la pobreza y cómo son los pobres?”.

c. Información: Son todos aquellos segmentos textuales en los que se encuentran explicaciones acerca de las causas y posibles soluciones al fenómeno de la pobreza.

Para la realización de esta clasificación se utilizaron como criterios de orientación contextual el conjunto de procesos conversacionales identificados por los investigadores en la primera etapa del plan de análisis, los cuales abarcaron elementos como los cambios temáticos en la conversación, los climas emocionales de los relatos, su coherencia, los

temas críticos de las conversaciones y el uso de recursos comunicativos tales como la ironía, el humor y los silencios.

En tercer lugar, se realizó un análisis por cada uno de estos ejes que tuvo como objetivo identificar los principales puntos de consenso de la conversación-relato, proceso a partir del cual se establecieron las categorías temáticas que configuraban el discurso juvenil en torno al tema de la pobreza y los pobres.

Posteriormente, se realizó una reconstrucción analítica del discurso juvenil en la cual se establecieron relaciones tanto entre los distintos contenidos enunciados por los jóvenes, como entre estos contenidos y otros elementos de la realidad social, y se distinguieron intencionalidades (en tanto contenidos latentes) a partir de los elementos procesuales de las conversaciones. En este análisis, utilizando un criterio de saturación, se redujeron todos aquellos contenidos que resultaban redundantes, en tanto no aportaban nuevos significados al relato.

Finalmente, a partir de estos resultados, se infirió la estructura organizativa de la Representación Social, la cual incorpora en forma sistemática tanto los elementos de contenido como los de proceso del discurso y que da cuenta de la matriz subjetiva socialmente construida y compartida por los jóvenes, en torno a la pobreza y la experiencia de ser pobre.

CAPÍTULO 7

RESULTADOS

A continuación se presenta, a modo de resultados, una reconstrucción del discurso que los jóvenes desarrollaron en torno al fenómeno de la pobreza y la experiencia de ser pobre. Esta reconstrucción se encuentra organizada de acuerdo a dos criterios, por una parte se agruparán los contenidos según los componentes de las Representaciones Sociales (Imagen, Información y Actitud) procediéndose luego a una ordenación temática en función de los referentes que resultan más significativos para los objetivos planteados por la presente investigación.

7.1. Imagen de la pobreza.

La imagen constituye el núcleo en torno al cual se estructura la Representación Social y, en este caso, refiere a aquellos elementos que en la subjetividad juvenil definen a la pobreza y permiten distinguirla de otras condiciones socio-económicas, entregando sentido al discurso que los jóvenes desarrollan en torno a este fenómeno

Un primer elemento que constituye la imagen que los jóvenes participantes en esta investigación tienen de la pobreza es la idea de la carencia y la necesidad;

“ La pobreza para mi es algo triste, porque los pobres son los que no tienen nada , que de repente no tienen ni para comer..., pobres son los que no tienen ni donde dormir por

ser la gente que vive en la calle, para mi ellos son pobres.” (Lorena, 18 años , Montedónico)

“ La pobreza es una persona pobre, es una persona que no tiene ropa, no tiene dinero..., una persona pobre es aquella que no tiene amor, una persona que quiere crecer que necesita mucho ” (Grupo de Discusión Héroe del Mar)

Sin embargo, y como podemos observar en el relato anterior, esta idea de carencia presente en el discurso juvenil trasciende a la noción de las necesidades materiales clásicas e incluye dentro de sí, como definitoria de la pobreza, aquellas necesidades de tipo afectiva y emocional.

“... los pobres son los que más sufren, yo misma cuando era chica, mi papi no me daba permiso para ir a jugar entonces yo salía a jugar escondida de él ...a veces me pillaba y me pegaba, no me dejaba tener amigos, entonces yo todo lo que hacía lo tenía que estar haciendo a espaldas de él para que no me molestara...incluso no me dejaba tener juguetes.. nada!... yo cuando chica el único juguete que tuve fue una muñeca que mi papá después me la rompió y me la botó..... y después yo encontré una caja donde salían dibujadas unas muñecas de esas Barbies así en cartón ... y yo las recorté todas y jugaba en un rinconcito de la pieza que ahora ocupo yo como mi pieza y que antes era el comedor, ahí mi papi un día me las pilló y me pego después las botó todas..... entonces yo cualquier cosa , cualquier problema que tenía incluso todavía yo soy así....de esas que cualquier cosa que

me pasa me cuesta contarla , me callo todo..... antes , los primeros 2 años que estuve con mi pareja, yo no tenia confianza en él, no le contaba los problema que tenía siempre era sola , me ponía en un lado y lloraba entonces sola me desahogaba nunca tuve el apoyo de nadie que me dijera te pasa esto cuéntame a mí, o sea tener confianza con alguien, no!”.

(Jessica, 17 años, Héroes del Mar)

“... el pobre es el que más quiere surgir, quiere ser otra cosa, porque es “ charcha” la pobreza, nadie te quiere así ..., tienes que andar “macheteando” monedas para salvarte...” (Jhonatan, 19 años, Héroes del Mar).

“ lo mas malo es que tu encuentras acá cabros chicos a “pata pela”... o andan con los zapatos todos rotos, comiendo pan duro, o que tienen que andar metidos en los basureros recogiendo cartones, nadie se preocupa de ellos... eso si que es la pobreza” (Lorena , 18 años, Montedónico)

Podemos observar que, a partir de los elementos anteriores, se configura como paradigma definitorio básico de la pobreza pura la condición de indigencia, es decir, la imposibilidad de cubrir las necesidades materiales y afectivas más elementales. Es a partir de esta imagen que el sentido común juvenil estructura una estratificación subjetiva de la pobreza y genera una idea de alteridad en torno a la experiencia de ser pobre;

“Hay pobres-pobres, que andan todos cochinos, no tienen donde dormir, andan en la calle y todo eso... , también hay otra pobreza que uno no tiene tantas cosas, pero tiene para vivir...” (Carlos, Montedónico, 19 años)

“ Por pobreza entiendo a la gente que no tiene nada y que andan todos cochinos..., andan pidiendo, o bien tienen que robar para subsistir..., por la necesidad.” (Ricardo, 18 años, La Isla)

“Las casas a veces están super feas, casi cayéndose, con piedras en los techos, con nylon, con latas, hay niños que andan pobres pobres, que apenas andan con una cosita para que los tape, y así andan, a veces hace frío y andan con polerita, con shorcito, porque no tienen nada más que colocarse, los zapatitos todos rotos.” (Lorena, 18 años, Montedónico)

Es posible además distinguir el hecho de que estas carencias se personifican individualmente en los sujetos que padecen una condición de pobreza, no apareciendo en el discurso juvenil una comprensión de ésta como una experiencia colectiva. Es decir, la pobreza se percibe como una experiencia básicamente individual que no tendría que ver con una situación social general;

“La pobreza es cuando a uno le falta qué comer..., por ejemplo unas niñitas de allá arriba salen a pedir pan, el papá no las ayuda y salen todos los días así..., y no tienen

nada en la casa, y la casa no es muy bonita, en realidad tienen su mesita, su silla, pero ahí no más...” (Norma, 16 años, Héroes del Mar).

“...por ser, uno bien pobre es el viejito que nos viene a pedir todos los días y nosotros lo ayudamos, porque por último a nosotros no nos falta el plato de comida, en cambio él no tiene a nadie.” (Antolina, 19 años, La Isla).

Además de esta personificación de las carencias en el sujeto, el discurso juvenil en torno a la pobreza adquiere un carácter claramente testimonial; de modo tal que los relatos juveniles al momento de definir la pobreza abundan en ejemplos destinados a exponer la experiencia de vivir en ella;

“La pobreza es como estábamos nosotros ..., mi mamá no tenía para comer, de repente le venían a cortar la luz porque le faltaba plata para pagarla, no tenía agua y tenía que acarrearla en baldes.” (Jessica , 17 años , Héroes del Mar)

“Yo conocí a una abuelita que era pensionada y a veces ganaba hasta diez mil pesos... ¡y eso no alcanza!..... ¿quién va a vivir con esa plata? y nadie le ayuda..., vive sola y la casa está “pa’ la cola”..., tiene una caseta así..., y las ventanas están rotas..., no tiene ni ventanas y se le entra todo el viento” (Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

"Javier: ... mi casa antes era de cartón..., se llovía y el techo era de fonola..., y cuando en el verano..., venían los pájaros y la empezaban a picotear y cuando ya venía el invierno empezaba a lloverse y teníamos que colocar baldes para que no se mojara el piso..."

José: Igual..., las casas pobres son de nylon también, tienen nylon de techo..., por fuera lata y hay veces que los pobres no tienen cama, duermen en el suelo..."

Marcelo: O también cuando..., en el invierno es peor todavía para los pobres porque algunos no tienen cocina, o luz, o agua..., algunos tienen que andar consiguiéndosela con otras personas". (Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

"La pobreza se nota, por ejemplo, cuando les falta de comer, ropa, cuando algunas veces en invierno... hay personas que no tienen ningún abrigo como para salir para la calle, tienen que estar encerrados, hay algunas personas que en la Navidad la pasan mal, como yo..., yo la pasé mal el otro año, esa vez no hubo plata, no teníamos nada, mi hermano no recibió ningún regalo, eso es lo que más me afectó, que mi hermano era chico..."
(Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

Otro elemento que aparece en los discursos juveniles en torno a la pobreza se relaciona con la dificultad de acceder a aquellos elementos, tanto materiales como simbólicos, de integración al sistema social.

“Cuando uno va a salir y no tiene una pinta muy buena... y vas a otro lado, supongamos a una Disco...y quieres sacar a bailar a una loca así... te miran de pie a cabeza y te dicen..” .j No no pasa na!”... todo porque las zapatillas son mas baratas y los pantalones no son de marca... te dan” la media cortá.” ” (Grupo de Discusión, La Isla).

“ Las chiquillas de repente bajan al plan a ver como toman helado.....(risas) , claro las “minas” se andan quebrando allá abajo, se ponen a comer papas fritas con el “ pierno ” para puro aparentar que tienen plata.....después cuando tienen que irse... paran la micro y dicen : “¿ caballero nos lleva ? “ (Grupo de Discusión Montedónico)

“ Acá arriba es super aburrido, todo el día parado en la esquina sin hacer nada y los fines de semana obligado a quedarse acá , caminar con tu polola, fumar, de repente una fiesta, pero acá en la población no más, ¿de adonde voy a sacar para invitarla a salir ! ...las discos son para gente con plata...” (Ricardo, 18 años , La Isla)

De este modo el acceso a los elementos de integración al sistema social define, en la subjetividad juvenil, la condición de no pobreza

“Antes nosotros también eramos pobres ..., pero ahora hemos surgido, ahora tenemos televisión, frío, nos instalaron hasta el tecnocable, igual ahora tenemos que pagar las letras, pero igual estamos mejor” (Norma, 16 años, Héroes del Mar).

“Los que vivimos aquí también somos pobres, pero yo encuentro que ellos son más pobres que nosotros porque ellos no tienen ni un techo donde vivir..., hay como niveles , porque nosotros somos pobres aquí en la población pero si uno va por la noche para abajo a la plaza O'Higgins, ahí se ve gente pobre, gente que está durmiendo en el suelo, está con cartones haciendo fuego. Por eso yo digo... uno se cree pobre y al lado de ellos parece que fuera millonario porque uno tiene un techo , cama y comida todos los días... para mi ellos son pobres y nosotros no tanto ” (Lorena, 18 años , Montedónico)

“En realidad aquí somos todos de clase media-baja, o sea, yo no me considero pobre porque si bien no tengo grandes lujos nos alcanza para comer, o sea la plata que ganamos es ahí no más, pero no estamos como otra gente..., yo considero pobre a esa gente que anda pidiendo, que no tiene donde vivir, la misma gente que pasa por aquí, que duerme en las calles.” (Oscar, 17 años, Montedónico).

Como hemos podido observar, los jóvenes construyen una imagen de la pobreza pura anclada a la idea de la indigencia y una imagen de la no pobreza vinculada a la idea de la integración social. Sin embargo, ellos no se perciben en ninguna de las dos situaciones, por un lado no se consideran “pobres” en tanto no son indigentes , pero por otro lado tampoco se consideran “no pobres” en tanto tienen dificultades para acceder a los elementos de integración al sistema social.

7.2. Información acerca de la pobreza.

La información sobre la pobreza se refiere al conjunto de conocimientos con los cuales el sentido común juvenil opera para generar explicaciones y proponer soluciones frente al fenómeno de la pobreza y para visualizar las consecuencias que ésta genera en los sujetos que la vivencian. A continuación presentamos las principales categorías temáticas utilizadas por los jóvenes a este respecto:

7.2.1. La relación con el Estado..., o la historia del padre ausente.

Existe entre los jóvenes una percepción generalizada de que el Estado (representado a través de instituciones y personas vinculadas al gobierno, ya sea central o comunal) tiene como misión fundamental la protección y asistencia de los más desposeídos, es decir, existe una imagen ideal de un Estado paternalista y benefactor. Frente a esta visión emerge en el sentido común de los jóvenes como una de las causas que explicarían la existencia actual de la pobreza el hecho de que el Estado no estaría cumpliendo su principal función en relación a los pobres, que es la de asistirlos y ayudarlos a satisfacer sus necesidades.

“... a la gente que de verdad la deberían ayudar no la ayudan, y si la ayudan es de mala forma, ¿por qué?, porque es pobre”. (Grupo de Discusión, Montedónico)

“Aquí el gobierno no ha hecho ningún arreglo, aquí hay gente que tiene necesidades y nadie los ayuda...quedan botados a su suerte siendo que las autoridades deberían preocuparse de ellos” (Carlos, 19 años, Montedónico)

La crítica a la acción del Estado presente en esta afirmación tiene que ver con la falta de una política y una voluntad permanente para ayudar a las personas pobres. Esta idea se transforma en un juicio al compromiso del gobierno con la superación de la pobreza;

“...para las poblaciones vienen a ayudar cuando hay desgracias no más, cuando hay temporales, hay gente que..., no toda..., pero hay gente que deben ayudar, porque yo la he visto, por lo menos aquí arriba..., pero nadie ayuda a nadie, el gobierno ”no está ni ahí”, no sé el “chato”..., “ no pasa ná” con él” (Grupo de Discusión, Montedónico).

Observamos además que los jóvenes evalúan que el gobierno no percibe la condición de pobreza como una situación de carencia permanente que merece asistencia sistemática sino más bien como una situación que debe ser atendida sólo ante contingencias extremas. Se observa además que la responsabilidad por la falta de compromiso estatal es objetivada en la figura del presidente de la república

“...si , porque él quiso gobernar a Chile⁷, por la sencilla razón que tenía la labor de ayudar a los pobres..., no andar viajando por ahí...” (Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

Es en su imagen en la que se corporeiza la promesa de este Estado benefactor y, por lo tanto, es a partir de sus acciones que se evalúa el grado de compromiso estatal con los pobres;

“El Frei ¡ nada que ver loco!, no le veo ni los zapatos, cualquier gira..., si cualquier gira..., en eso se gastan la plata, en ir a dar vueltas para allá y para acáy para los pobres ninguno, ¡ terrible de bueno!”. (Grupo de Discusión, Montedónico).

Se puede apreciar con claridad que los jóvenes perciben que no se encuentra dentro de las prioridades del gobierno el ayudar a los pobres, y aún más, que los fondos que deberían ser invertidos en estos sectores son utilizados con otros fines lo cual se relaciona directamente con la mantención de la pobreza;

“Igual que la otra vez, el gobierno construyó una cárcel especial y todo... y esa plata podían haberla gastado en los pobres..., en vez de andar haciendo más cárceles si total si ya tienen para qué hacer más” (Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

⁷ Se refiere al presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

“También la cuestión esa del satélite..., ¿ve?, lo hicieron pero igual no más salió mal, toda esa plata que gastó el gobierno la pudieron haber gastado en los más pobres”. (Solange, 16 años, La Isla).

Este cuestionamiento no sólo se vincula con las opciones de más o menos compromiso con la asistencia a los pobres que adopta el Estado, sino también con la transparencia de las acciones de ayuda cuando estas efectivamente ocurren;

“...el alcalde y toda la gente viene a hacerse pura propaganda para los cerros..., vienen para las elecciones también..., vienen a regalar material de construcción para que voten por ellos y eso yo creo que deberían hacerlo siempre”. (Grupo de Discusión, Montedónico).

“Las veces que la gente ayuda a las poblaciones es por ganar ellos, o sea, tienen que tener algo de ganancia ..., ellos no lo hacen por ayudar ni por lo que es la cuestión del proyecto sino por conseguir algo ellos, por conveniencia, sobre todo los candidatos, por cualquier cosa, publicidad para la población..., termina eso ..y.. ¡ ahí quedó ! nada más,” *si te he visto no me acuerdo”.* (Grupo de Discusión, La Isla).

Existe, por lo tanto, la percepción de una lógica instrumental en las ayudas emanadas desde las instituciones del Estado que de alguna manera explica, desde el punto de vista juvenil, el por qué estas no son permanentes y sistemáticas. Esto ubicaría a los

pobres en una situación de desamparo puesto que condiciona la obtención de ayuda a factores que no tienen que ver directamente con sus condiciones de vida.

Otro cuestionamiento de fondo que hacen los jóvenes al Estado es el de no generar las oportunidades necesarias para que los pobres puedan acceder a mejores condiciones de vida:

"Yo creo que tiene que partir de arriba para combatir la pobreza, o sea del gobierno, o del alcalde..., darle oportunidades a la gente, o sea, igual hay oportunidades pero pocas, y tratar de mejorar el sistema, porque hay gente que trabaja en la calle y vienen los pacos y se los llevan presos, le quitan la mercadería y "chao pescao" y hasta ahí con la plata invertida..., tratar de mejorar el sistema porque hay gente que quiere superarse".

(Grupo de Discusión, La Isla).

De este modo, queda claro que la responsabilidad por la ampliación de la gama de oportunidades y, en consecuencia, por la superación de la pobreza, es radicada tanto a nivel del gobierno central como del comunal, pero además se evidencia que los jóvenes le atribuyen al gobierno, la responsabilidad de mejorar aquellos elementos del sistema social que obstaculizan los esfuerzos de los pobres para mejorar sus condiciones de vida.

"Cuando una trabaja en la calle, vendiendo cualquier cosa... no la dejan... y si quiere conseguir los permisos nunca te dan ninguna cuestión y los "pacos" igual no más..., no

te dejan trabajar, es que además los que tiene negocio, empresa no..., te echan a los "pacos"..., ellos deberían dejar trabajar"(Norma, 16 años, Héroes del Mar)

Es relevante señalar que emerge en el discurso de los jóvenes la figura de la empresa privada como un interlocutor al cual se le pueden realizar demandas por oportunidades, puesto que esto podría ser indicativo de los niveles de influencia que el discurso modernizador ha tenido sobre los sujetos juveniles;

"La misma gente que tiene empresas y cosas así podrían ayudar a los pobres dándoles trabajo, también las Municipalidades haciendo cursos de capacitación para que así alguien pueda tener algo con que afirmarse y salir a buscar trabajo". (Antolina, 19 años, La Isla).

Es interesante observar el modelo de interacción entre el gobierno local y el empresariado presente en el discurso juvenil, en la municipalidad se radicaría la responsabilidad de una educación destinada al trabajo, en tanto que en el empresariado se ubica la responsabilidad de concretar esta formación a través de oportunidades laborales reales.

Por otra parte en el sentido común juvenil, la superación de la pobreza pasa por concentrar los esfuerzos y los recursos en acciones e intervenciones destinadas al segmento juvenil de la población, surgiendo la pobreza a nivel adulto como una condición insuperable e irreversible;

“La pobreza se puede superar si hubieran más posibilidades para nosotros los jóvenes, porque la gente que es adulta y es pobre ya no tiene educación y tiene mayor edad ya no va a poder..., si surge va a ser hasta ahí, pero quedamos nosotros, quedamos..., queda cualquier cantidad de juventud acá, y tanto programa que hacen, que Chile Joven aquí y piden estudio igual y anda para allá y uno va y..., son pocas las veces que la atienden como dicen y..., no sé, yo creo que eso sería una forma, que hubiera más posibilidades para los jóvenes, para los que vienen, no para los que... que ya están”. (Grupo de Discusión, Montedónico).

Esta opinión de que los esfuerzos deben concentrarse en acciones destinadas a los jóvenes es consistente con la idea de que la solución de la pobreza pasa por entregar una educación para el trabajo, iniciativa que desde su perspectiva resulta mucho más eficaz aplicada sobre una población joven.

7.2.2. Políticas Sociales.... la alegría. ...¿ya viene?...

En lo relativo a la relación con el Estado un punto aparte lo merece el conjunto de evaluaciones explicitado por los jóvenes a lo que son las políticas de intervención para la superación de la pobreza actualmente ejecutados. Las opiniones a este respecto son mayoritariamente negativas en varios sentidos ubicándose el foco central de la crítica en los programas de capacitación juvenil.

“Los talleres y los cursos de capacitación ayudan..., pero lo importante es también encontrar “pega” después..., yo conocí un “loco” que hizo el curso, el de los sanitarios, y igual ahora no encontró “pega” y anda parado en la esquina, no trabaja, entonces ¿para qué le sirvió?”. (Grupo de Discusión, Héroes del Mar)

“Yo creo que el Chile Joven, ayuda a los “cabros”, lo que pasa es que después no encuentras “pega” ..., porque al final haces un curso de estos y después igual nadie te salva” (Ricardo, 18 años, La Isla)

De acuerdo a la percepción juvenil, uno de los problemas básicos de la capacitación desarrollada desde las instituciones estatales radicaría en que no se estarían transformando en una alternativa real de inserción laboral, de modo tal que las habilidades allí adquiridas aparecen como carentes de sentido pues no se vinculan a una mejora real en las opciones de trabajo y por lo tanto en la calidad de vida futura.

Otra crítica a los programas de capacitación se centra en el hecho de que éstos ofrecen a los jóvenes un campo de posibilidades reducidas y no siempre acordes con sus intereses de desarrollo. La idea fundamental es que se percibe restringida la posibilidad de optar siguiendo los propios intereses y por lo tanto la posibilidad de autorealizarse;

“A mi siempre, desde chiquitito que me ha gustado el diseño, pero en el Fosis no hay eso... las profesiones son “ahí no más”, por ser: mecánica, gasfitería y cosas así..., pero

hay pobres que no les gusta ninguna de esas carreras..., les gusta algo más...” (Oscar, 17 años, Montedónico)

“Por decirte, el Chile joven da carreras para salvarse no más.....al final después si encuentras “pega” igual vas a tener que estar apatronado y “agachando el moño” y ganando pocas monedas..., por eso yo te digo que estos cursos tienen que ser para personas que ya no “tengan vuelta”..., porque los más “cabros” todavía no están urgidos.” (Alejandro, 21, La Isla)

De este modo, los programas de capacitación aparecen fuertemente vinculados dentro de la subjetividad juvenil con la idea de la resignación y son visualizados como la última vía de integración para aquellos que han sido excluidos por el sistema.

Otra crítica a los programas de capacitación se relaciona con los grupos de edad a los que están destinados; la incorporación de jóvenes de poca edad (que son percibidos como inmaduros o poco interesados en el trabajo) no permitiría un óptimo aprovechamiento por aquellos jóvenes de más edad y que aparecen como más motivados.

“...yo creo que los cursos igual sirven, pero sabes lo que pasa es que a esos cursos deberían ir chiquillos maduros, de 20 años para arriba, jóvenes que se den cuenta de su necesidad, porque igual hay quienes van por las puras monedas y se dedican a puro “vacilar”, es que ellos no están tan necesitados como uno, igual tu tienes que “atinar” con tu hijo y todo eso...” (Juan Carlos ,21 años , Héroe del Mar)

Por otra parte, la lógica instrumental que se percibe en todas las acciones del Estado no se encuentra ausente en la visión que los jóvenes tienen de los programas de capacitación. La percepción de esta lógica de utilización hace que algunas de estas iniciativas aparezcan como poco confiables;

"... no sirve de nada las clases que les están dando a los jóvenes en el Chile Joven, o sea, en qué sentido, que de repente uno estudia y estudia en ese programa y ¿que saca con eso?, de repente te llaman aquí; "ya tú estudiaste, (chasquido de dedos) ya no sirves" y te mandan para afuera. Yo hice un curso, y sabes que al "compadre" que le interesa ..., yo me retiré y el monitor me vino a buscar acá arriba porque a él por cada alumno le pagan una buena cantidad ..., ¡por eso!, al final ellos quieren gente para beneficiarse o sea ellos "no están ni ahí" ..., entregan el cartón no más..." (Grupo de Discusión, Montedónico).

Como se puede apreciar en este relato los programas de capacitación aparecen asociados a una evidente utilización de los que serían los supuestos beneficiarios, no percibiéndose en consecuencia como iniciativas desinteresadas y efectivamente comprometidas con los pobres;

"Igual que aquí, ha venido mucha gente a hacer proyectos y nunca ha pasado nada con nosotros, incluso a principios de año la gente de la Casa de la Juventud vinieron a

*ofrecer su apoyo para cualquier actividad que quisieramos hacer, y después nunca volvieron..., era para puro hacerle propaganda al "guatón" Pinto"*⁸ (Grupo de Discusión, La Isla)

Finalmente, a modo de una evaluación general de lo que han sido las políticas de superación de la pobreza, es posible observar que los jóvenes no perciben una modificación real de sus condiciones de vida luego del advenimiento de la democracia:

"Uno ve aquí que no se hace nada con la pobreza, por ser aquí, cuando el alcalde recién fue elegido vino a visitar la población y prometió que iba a pavimentar la calle y que iba a hacer esto y lo otro, ¿cuánto tiempo ha pasado y todavía no se ve nada?." (Solange, 16 años, La Isla)

" El gobierno no ha hecho nada, lo único fue que como hace tres años recién colocaron el alumbrado en la calle y después salieron estas casetas...pero estas casas tenían que salir hace como 14 años y el año pasado recién vinieron a salir, y más encima todas mal hechas, se les sale todo el cemento, se les sale el piso, salen todas malas. " (Lorena, 18 años, Montedónico)

"...en la "tele" dicen que se ha superado la pobreza, que el gobierno ha hecho tantas cosas, pero te digo que cuando voy al consultorio con mi güagüa, todo está igual que

⁸ Se refiere al alcalde de Valparaíso Hernán Pinto.

antes no más, hay que esperar cualquier cantidad, te cobran plata...” (Antolina, 19 años, La Isla)

De este modo se genera, en el discurso de los jóvenes, un juicio explícito a las promesas sociales de la transición política del país

“ dice el gobierno que ha cambiado, dicen que hay más trabajo y yo creo que no ha cambiado nada, porque cuando estaba el otro caballero⁹ , él también decía que había suprimido la pobreza y estamos igual, yo creo que no ha cambiado nada en cuantos años; del 89’”. (Grupo de Discusión, Montedónico)

Existiría por lo tanto en el discurso de los jóvenes una referencia a que la promesa de integración del mundo juvenil al proceso de modernización realizada durante la transición política del país aparecería incumplida, no modificándose, desde la perspectiva de los jóvenes, las opciones del Estado en relación a la pobreza.

7.2.3. Factores perpetuadores de la pobreza.

Otro núcleo informacional que los jóvenes manejan con respecto a la pobreza se relaciona con aquellos elementos que contribuyen a que ésta se mantenga a través del tiempo y las generaciones dificultando su superación. En un primer nivel encontramos una explicación relacionada con las historias de carencias de las familias de origen;

⁹ Se refiere al General Augusto Pinochet.

“La pobreza siempre va a existir, o sea es como una cadena, mis papás fueron pobres porque mis abuelos fueron pobres y así ...” (Grupo de Discusión Montedónico)

“Mi papá me cuenta que cuando chico no tenían ni qué comer y le tocó trabajar desde niño, igual que a mi, ¡por eso! cómo no vamos a ser pobres...” (Carlos, 19 años, Montedónico).

A esta situación evidenciada en el discurso juvenil se le suma como un factor perpetuador, el hecho de que los pobres han debido postergar sus necesidades de integración y desarrollo en pro de la satisfacción de necesidades más básicas.

“Por que hay algunos pobres que yo conozco, algunas personas que han sido pobres y no les alcanzó para los estudios porque tenían que cuidar a la mamá o a los hermanos, que también eran pobres, tenían que trabajar, ir a la feria a cargar, algunos le ayudaban a los que traen la fruta, a ordenársela y ahí caen unas pocas monedas y por eso algunos de ellos no alcanzaron a terminar sus estudios” (Grupo de discusión Héroes del Mar)

“Sí..., porque hay familias que son pobres-pobres y no tienen nada, a veces ni para comer y el niño con la desesperación se pone a robar, todo para conseguirle algo a sus padres, no todos son iguales, pero aquí en la población hay gente así, roban para sus

padres porque no les queda otra, y de ahí ya se les manchan los papeles, o también se acostumbran a robar y por ahí también caen en la droga". (Antolina, 19 años, La Isla).

Es en este clima de desesperación que la delincuencia aparece como una conducta necesaria para sobrevivir y el consumo de drogas como un mecanismo compensatorio y de evasión. Esta situación estaría, en la visión de los jóvenes, cerrando el ciclo de la pobreza puesto que al incurrir el joven en este tipo de conductas, la sociedad le cierra toda posibilidad de integración;

"Cuando un chiquillo se manda un "condoro" ya es súper difícil que salga de la delincuencia..., porque cuando vas a buscar "pega" lo primero que te piden son los papeles y si ya los tienes manchados la sociedad te cierra las puertas...". (Oscar, 17 años, Montedónico).

7.2.4. Educación y situación laboral.

Por otra parte, en las hablas juveniles podemos distinguir un tercer núcleo informacional para referirse a la pobreza, que tiene que ver con la relación entre la educación y el trabajo, la visión juvenil es clara a este respecto:

"Ese asunto que teníamos que terminar cuarto medio para poder tener un trabajo puertas adentro y ganar el sueldo mínimo, y eso yo creo que nada que ver, porque

entonces ¿en qué va a trabajar la gente pobre y que no llegó ni a quinto básico?"

(Grupo de Discusión, Héroes del Mar)

"Por eso yo creo que se deberían ser un poco más bajo los cursos que piden algunos trabajos, porque hay trabajos que son fáciles y no necesitan saber tanto" (Grupo de Discusión, La Isla).

Observamos que los jóvenes consideran como una de las causas de la pobreza , las elevadas exigencias educacionales impuestas por la sociedad para acceder a cualquier trabajo. Es de este modo que los jóvenes se explican el por qué los pobres sólo pueden acceder a subempleos o empleos mal remunerados :

" Lo que pasa es que como los jóvenes no pueden estudiar caen en "pegas" que no "salvan a nadie", como por ejemplo en la construcción, ahí te pagan repocas monedas..., y los "locos" trabajan ahí porque no les queda otra". (Grupo de Discusión, Héroes del Mar)

En el discurso juvenil este tipo de empleos conlleva además una pérdida de dignidad para quienes deben realizarlos .

"... de repente dijimos que puedes trabajar en cualquier cosa, pero hay trabajos que son humillantes..., como por ejemplo limpiar los "water" y por eso a la gente no le gusta,

pero no te queda otra, igual hay que comer todos los días". (Grupo de Discusión, La Isla).

Esta situación se complejiza en la visión de los jóvenes puesto que el acceso restringido al trabajo obstaculiza su permanencia en el sistema educativo, generándose un círculo doblemente determinado de reproducción de la pobreza :

"...para que haya más trabajo tiene que haber más educación y al haber educación son pocos los colegios que no cobran plata, hasta el colegio más "peñifla" como se podría decir igual cobra..., y son pocas las personas que pueden pagar..., si no hay trabajo no hay plata y si no hay plata no hay estudios..." (Grupo de Discusión, Montedónico).

7.2.5. Acerca de la flojera y la falta de iniciativa.

Un cuarto ámbito de información utilizado por los jóvenes para dar cuenta de la pobreza se relaciona con la actitud que los propios pobres asumen con respecto a su situación;

"Es que de repente los pobres no tienen valor o ganas para trabajar, por eso es que andan pidiendo, andan todos cochinos..., todos "charchas" porque ellos quieren..., porque de repente hay personas que tienen cuerpo, tienen mente para trabajar, pero andan pidiendo" (Ricardo, 18 años, La Isla)

En esta visión claramente se culpabiliza a los pobres por no hacer todo lo que podrían para superar su situación:

“Quieren que la “pega” les llegue a las manos..., son flojos yo creo..., porque como yo decía el otro día, tú puedes hacer curriculum y mandarlos para todas partes y más de uno te va a salir positivo..., el que quiere, el que tiene ganas siempre Dios lo acompaña”

(Grupo de Discusión, La Isla).

De este modo, los pobres emergen como los principales responsables de su condición, y se construye una imagen del pobre como un sujeto pasivo que no aprovecha las oportunidades de superación que la sociedad les ofrece:

“Para mi la pobreza viene de la misma persona, porque si tú naciste pobre y se te presentan oportunidades ya no las aprovechas, vas a seguir igual, pero si quieres surgir y se te presentan oportunidades, aunque sea en el camión del aseo, vas a poder juntar plata y ahí vas a empezar a tirar para arriba” (Grupo de Discusión La Isla)

En una versión extrema de esta visión, el discurso juvenil apuntaría a que los pobres estarían conformes con sus condiciones de vida, y de esta manera ante el hecho de tener que esforzarse para aprovechar las oportunidades que el sistema les ofrece preferirían seguir viviendo en la pobreza.

“Yo creo que la gente no quiere surgir, o sea, siempre quieren estar aquí y no quieren tirar para arriba..., yo creo que la gente no aprovecha las oportunidades..., no le ponen nada de empeño..., hay muy pocos pobres que trabajan, la mayoría está esperando que les llegue la “pega” a la casa o cualquier cosa así, o sea, son pobres porque no quieren trabajar, porque no se esfuerzan..., parece que les gustara estar aquí porque igual hay trabajo.” (Silvia, 20 años, Montedónico).

7.2.6. Acerca de la falta de planificación de la vida.

Un último elemento informativo que aparece en la subjetividad juvenil lo constituye la incapacidad que los jóvenes perciben en los pobres para planificar su vida en distintos aspectos.

Un primer aspecto correspondería a la inapropiada o inexistente planificación familiar que sería observable dentro de las parejas que viven en una condición de pobreza, esta situación se constituiría en el futuro como una dificultad insoslayable al momento de tratar de surgir:

“El error que tiene el pobre es que se hace de muchos hijos, no sé por qué, en todo caso cuando no trabajan se ponen a hacer hijos y cuando van a tratar de tirar para arriba ya no pueden..., porque, si tú sabes que no tienes los medios y te pones a tener hijos, igual de repente pueden llegar sin querer, pero igual tienes que “chantarte”, porque no te vas a poner a tener hijos, hijos si no puedes mantenerlos”. (Juan Carlos, 21 años, Placeres)

Por otra parte, también se percibe como causa de la pobreza la incapacidad de estas personas para priorizar adecuadamente sus necesidades e invertir sus esfuerzos en elementos que contribuyan a modificar efectivamente su condición de pobreza y mejorar su calidad de vida:

“Es que sabes yo creo que la gente acá arriba se preocupa mucho de comer y no se preocupa de su casa, de sus cosas, de tener, así hay gente que pasa encalillada en cuestiones en vez de distribuir un poquito mejor lo que tienen para poder surgir” (Silvia, 20 años, Montedónico).

“Lo que yo he visto aquí de la gente es que para tomar, para fumar, no les falta la plata pero para comer siempre andan pidiendo”. (Grupo de Discusión, La Isla).

“ Hay una familia en que todos sufren , no se de que sufren , pero todos andan pura pinta se tiran la casa encima y no salen de ahí y terminan andando al “tres y al cuatro” , comiendo mal, y en el fin de semana se gastan la plata en “puro vacilar”....., yo creo que no debe ser así , si quieres ser alguien tienes que puro “ chantarte “ , tienes que juntar peso por peso y así demás que después puedes darte un lujo, pero primero tienes que invertir para ser alguien, porque nunca te van a llover las monedas del cielo” (Juan Carlos ,21 años, Héros del Mar)

En su versión extrema, esta falta de planificación llevaría a la gente, en situación de pobreza, a desaprovechar la asistencia que se les entrega desde distintas organizaciones (gubernamentales o no);

“Yo creo que de repente a la gente le gusta ser pobre, porque ¿ se acuerdan la otra vez? que yo les dije que allá abajo le regalaron dos piezas a una señora, primero le regalaron una, la vendió, después le regalaron otra y de nuevo la vendió y ahí vive, en el mismo rancho, porque, o sea, no le da por superarse, no le da por tirar para arriba” (Grupo de discusión, La Isla).

Como es posible observar en esta versión, surge nuevamente como un elemento relevante el tema de la voluntad personal como un factor de perpetuación de la situación de pobreza.

7.2.7. Solidaridad y caridad.

Otro elemento dentro del aspecto informacional presente en la subjetividad juvenil lo constituye el rol que le correspondería jugar a la sociedad en la superación de la pobreza;

“Para superar la pobreza aquí tendría que ayudar la sociedad, tendría que darle una mano... ayudarle..., darle un trabajo...aunque sea limpiando las calles”. (Grupo de Discusión, Héros del Mar).

“ Por ejemplo yo he visto que hay gente aquí que realmente deberían ayudar ... no sé darle casa , cooperarle con comida o ropa porque ellos si que no tienen “ni uno” (Solange, 16 años , La Isla)

Podemos observar sin embargo que esta visión no implica una demanda por justicia social sino que más bien una aspiración a la caridad, adoptándose para esto un discurso de tipo testimonial destinado a exponer vívidamente las necesidades de quienes padecen una condición de pobreza;

“Se puede ayudar a los pobres haciendo una sede igual que aquí¹⁰, donde todos los días los niños puedan venir de Lunes a Viernes a almorzar y a tomar desayuno, porque los niños son los que más sufren”. (Grupo de Discusión, Héroe del Mar).

“Yo creo que las personas que tienen plata ...que ocupan puestos altos tendrían que ayudar... hay tanto niño que no tiene a nadie... por eso hay que cooperar con el hogar de Cristo o cosas así.....” (Oscar, 17 años, Montedónico)

Es posible observar además que en el discurso de los jóvenes aparece una visión institucionalizada de la caridad , lo cual resulta coherente con la imagen paternalista que éstos tienen del rol que la sociedad debería cumplir en relación a los pobres.

¹⁰ Se refiere a la sede del Centro de Atención Diurna de la Asociación Cristiana de Jóvenes de Placeres

7.2.8. Trabajo, esfuerzo personal y aprovechamiento de las oportunidades.

Otro nivel informacional que los jóvenes ocupan con respecto a la pobreza se relaciona con el inevitable cambio de actitud que los pobres deben desarrollar para poder salir de sus precarias condiciones de vida.:

“Trabajar más o pelliscar por aquí o por acá, así como lo ha hecho uno, y si no resulta en un lado, moverse y buscar en otro”. (Norma, 16 años, Héroes del Mar).

“ lo que pasa es que tú parado en la esquina no ganas nada, no te van a ir a dejar la plata a la casa, tienes que buscarla también”. (Grupo de Discusión, Montedónico).

El tema central en el relato anterior es el hecho de que la superación de la pobreza pasa por el sacrificio y el esfuerzo personal:

“... Si quieres ser alguien en la vida tienes que puro ahorrar y sacrificarte... yo conozco gente que ha sido pobre pero con sacrificio ha salido adelante.. por ejemplo los feriantes, trabajan todo el día pero ganan su buena plata”. (Jhonattan, 19 años, Héroes del Mar)

“Se puede tirar para arriba estudiando, sacando un título, porque ahora están haciendo unos cursos y hay que aprovechar las oportunidades que hay para estudiar”. (Grupo de Discusión, Montedónico).

Además de estar dispuestos a esforzarse, los jóvenes deberían ser capaces de identificar y aprovechar el conjunto de oportunidades que se dan en el medio social, apareciendo como clave para acceder a la movilidad social el aprovechamiento de las ofertas educativas y de capacitación que el sistema social genera:

7.2.9. Descomposición social y conductas desviadas.

Los jóvenes identifican como otro ámbito informacional para dar cuenta de la pobreza el hecho de que ésta produciría como efecto directo un ambiente de descomposición de la convivencia comunitaria.,

“Richard: Esta es una población pobre y de aquí han salido asesinos, ladrones y” todo el atao”, y esto por la misma pobreza.

David (Interrumpiéndolo): Si, los” locos” se ven urgidos por monedas, están aquí quieren monedas para comer, están “ cagaos” de hambre, ¡ ya! colguemos a alguien y en la” volá” de colgarlo se lo “ pitean”..”. (Grupo de Discusión, Montedónico)

“ Cuando consigo que mi mamá me cuide al niño salimos con mi pololo a fiestas, pero no a las de aquí porque es peligroso, se junta toda clase de gente..”patos malos”que después se agarran a combos, por eso con mi pololo bajamos al plan y nos juntamos con amigos de él.” (Antolina, 19 años, La Isla)

Como se puede observar los jóvenes perciben que el espacio comunitario deja de ser un ambiente de encuentro transformándose en un espacio peligroso . Esta situación rompe con la idea del barrio y con la construcción del vecino como alguien confiable.

“ A mi me contaron unos chiquillos que cuando se curan empiezan a molestar a la gente.... son “vacilones” crueles.... son “ cabros” de allá arriba que esperan que uno esté curado y hacen un círculo para empezarlo a empujar de un lado para otro...le pegan patadas en la espalda.... por eso te digo son crueles y es por eso que no lo dejan entrar a las fiestas” (Grupo de Discusión, Héroes del Mar)

“ Toman mucho alcohol y se van en la “volá”, porque cuando ellos han tomado son otra persona se creen más grandes....creen que van a pegarle a todos y a veces se ponen a pelear entre ellos que son amigos y pelean a cuchilladas, con cortaplumas y algunos salen heridos...pero algunos no más, algunos también se arrancan y después cuando ya salen de la cárcel se vienen a vengar de los otros y se vengan acompañados .” (Grupo de Discusión Héroes del Mar)

El surgimiento de este tipo de conductas aparece explicado desde el sentido común juvenil a partir de la existencia de un clima caracterizado por la frustración y el desamparo, siendo estos comportamientos significados con un valor compensatorio de la situación de desmedro material y simbólico en que se encuentran estos sujetos;

“...porque hay algunas personas que están así, no tienen ropa, no tienen nada y nadie los ayuda, y por eso esos pobres tienen hambre y así llegan a la drogadicción y ahí empiezan ellos..., los más pobres empezamos con la drogadicción”. (Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

“Marcelo: Igual que el problema del alcoholismo o la droga, en general siempre está metida la pobreza.

Christián G.: Porque la gente empieza a pensar; no tengo plata, no tengo trabajo, porque el pobre es el que se siente más fracasado , entonces se desmoralizan y por eso caen al vicio”. (Grupo de Discusión, La Isla).

7.2.10. Degradación moral, pérdida de la dignidad y desesperanza.

Otro nivel de manejo de la información se relaciona con el hecho de que la pobreza acarrearía un elevado nivel de deterioro en la dignidad de quienes la padecen lo cual se manifestaría por lo menos de dos formas, en primer lugar en el hecho de que se verían expuestos a situaciones de interacción con sujetos no pobres en las cuales serían excluidos y humillados:

“David: A mi mamá la trataron de ladrona el otro día.

Richard: A los pobres los humillan “caleta”, cuando no tienen trabajo los humillan “caleta” a los pobres, todo porque ellos tienen y nosotros necesitamos un poco de plata para poder salir.” (Grupo de Discusión, Montedónico).

"...la gente que tiene más plata es bien prepotente con la gente que no tiene recursos ..., y aparte de esto (los pobres) siempre son dejados para el final, en los hospitales, en todos lados, como los ven sin ninguno y a veces mal vestidos...". (Antolina, 19 años, La Isla).

En segundo lugar, los pobres por su situación de carencia, deberían realizar ciertas acciones que implican una fuerte degradación moral;

"Hay algunos pobres que tienen trabajo, que les alcanza para comer, pero hay algunos que no, que no les alcanza, ellos tienen que comer pan duro o andar pidiendo, humillándose..., o bien algunas chiquillas que terminan prostituyéndose" (Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

"Otra cosa es por ejemplo las señoras que se suben a las micros, con güaguas, se suben a pedir..., la gente cree que es fácil, pero es super triste..., los choferes las echan de las micros, la gente las mira mal y tienen que andar todo el día en la calle..." (Lorena, 18 años, Montedónico)

Resulta relevante señalar a nivel de las consecuencias que, en última instancia, éstas aluden siempre a un proceso de desintegración del sí-mismo a partir de un conjunto de experiencias negativas que concurrirían en una disminución de la autoimagen y de la autoestima de los sujetos que la padecen.

Finalmente, cabe destacar que en el discurso de los jóvenes aparece una visión de desesperanza ante la posibilidad de superación real de la pobreza. Emerge de este modo, una concepción de que habrían algunos sujetos destinados a no integrarse socialmente y a desarrollar medios de supervivencia al margen del proceso de modernización:

“El único caso para los pobres es robar no más..., la única forma de subsistir”. (Grupo de Discusión Montedónico).

“Y si no puedes trabajar y no puedes estudiar... no te queda otra que ponerte a robar, y una vez que ya manchaste los papeles es super difícil salir de la movia” (Alejandro, 21 años, La Isla)

“Hay que “vacilar” mientras se pueda, vivir el momento, total los pobres siempre vamos a estar igual, esta población nunca va a cambiar, ¿qué saco con estudiar? si con cuarto medio no se hace nada, hay que puro “reventarse””. (Carlos, 19 años, Montedónico).

Así los jóvenes evalúan una cierta inevitabilidad en la generación de un conjunto de conductas problema, comportamientos que a su vez se constituirían en los obstaculizadores definitivos de la superación de la pobreza.

7.3. Actitud.

Cuando hablamos de actitudes, nos referimos a los atributos, propiedades y valoraciones percibidos en los pobres. A continuación se expondrán las principales actitudes presentes en las hablas juveniles :

7.3.1. Flojos, cochinos y machistas:

En el discurso juvenil se observan claros juicios con respecto a que los pobres portarían como característica intrínseca una falta de iniciativa y una pasividad ante sus condiciones de vida. Se realiza, de este modo, una evaluación negativa de los pobres porque se asume que éstos deberían querer superar naturalmente sus necesidades.

“ Aquí los “cabros” son flojos, se paran en la esquina y no van a trabajar esperando que les llegue la plata ahí mismo o se conforman con trabajar uno o dos días en la construcción que apenas les dan”pega”..., son tan “charchas” que algunos pudiendo trabajar andan pidiendo ”. (Grupo de Discusión Montedónico)

Resulta relevante destacar además que en esta opinión de los pobres, los jóvenes desarrollan un juicio lapidario con respecto a su grupo de pares , lo cual podría reflejar la influencia del discurso del aprovechamiento de las oportunidades y del esfuerzo personal presente en la cultura de mercado.

"Hay mucho "cabro" mimado, les gusta que los mantengan y no quieren trabajar, viven de los papás hasta que los hijos puedan mantenerlos, en serio, por eso no surgen, les gusta flojear, pararse en la esquina, fumar yerba, levantarse a las 12 del día, no sé, es como que le tuvieran fobia al trabajo". (Juan Carlos, 21 años, Héroes del Mar).

Junto a la opinión generalizada de que los pobres son flojos, emerge una visión que relativiza la responsabilidad de la pobreza en el marco familiar y la objetiva exclusivamente en el hombre, apareciendo una opinión de que los hombres pobres serían machistas y aprovechadores.

"son machistas, les gusta que les llegue todo a ellos..., muchos se toman la plata y no ayudan en la casa..., yo tengo una amiga que ahora le voy a llevar unas ropas, el marido de ella trabaja en el registro civil pero usted viera la casa, tiene nueve niños y los "cabros chicos" andan todos mal vestidos, ella también sale a vender flores... se hace su buena plata y se la lleva toda él porque o sino le pega y la plata que recibe se la toma toda, ni siquiera le da algo para ella o para los niños, es bien aprovechador". (Norma, 16 años, Héroes del Mar)

En relación a la figura del hombre machista, surge una valoración de la mujer y los hijos como víctimas sometidas a una situación de desamparo permanente.

Otra valoración de los pobres que aparece en el relato juvenil, es aquella que plantea que éstos no incorporan los hábitos de higiene básicos. Así surge la opinión de

que los pobres confundirían la sencillez propia de su situación de carencia con la suciedad, no cuidando su aspecto personal ni el de su vivienda ni el de sus hijos.

“...también hay muchos pobres que son cochinos y sinceramente confunden la pobreza con la suciedad..., son flojos tienen todo el piso cochino, ni se bañan , tienen a los “cabros chicos” en la calle ni se preocupan de ellos...”. (Antolina, 19 años, La Isla).

Esta opinión está ligada a una crítica de fondo que desarrollan los jóvenes hacia los pobres y que tiene que ver con que éstos asumirían una actitud generalizada de flojera en los distintos ámbitos de su vida.

7.3.2. Los jóvenes pobres son vagos y drogadictos

El sentido común juvenil construye una visión de su grupo de pares a partir de la cual éstos aparecen como exclusivos responsables del deterioro de la vida comunitaria al ser sus rutinas altamente disruptivas y peligrosas con la vida de la población.

“David: Se paran en la esquina, vienen a machetear monedas, dicen: “Caballero tiene una moneda”.

Richard: Lo único que hacen es pararse no más, mirar la gente, de repente se juntan, hacen unas monedas, compran unas yerbas, van a pitearse al cerro y de ahí a la esquina.

David: Todos los días se hace lo mismo, de repente juegan a las “piolitas”. Casi todos los días es lo mismo, se levantan a las 12 y se van a parar a la esquina hasta las 3,

después se van a la casa a almorzar y de ahí a la esquina de nuevo, después de nuevo a la casa a bañarse, a tomar choca y hasta el otro día". (Grupo de discusión Montedónico).

"Jesús: Cuando los "cabros" tienen moneas, se compran un copete al tiro, de repente igual; ya se acabó el copete y dicen "ya, vamos a colgar (asaltar) a alguien"..., y en la "volá" del copete...,

David (Interrumpiendo): ... se lo pueden hasta "pítear".

Pamela: Si, los fines de semana uno tiene que andar con cuidado en la noche, hay que entrarse temprano porque es malo aquí, hay mucha delincuencia. (Grupo de Discusión, Montedónico).

Así, al desarrollar estas rutinas, los jóvenes quedan identificados como sujetos peligrosos que amenazarían la seguridad y la sensación subjetiva de confianza en el otro al deteriorarse las normas de convivencia comunitaria.

7.3..3. Los pobres son gente humilde y sacrificada.

En las opiniones de los jóvenes también se puede identificar una visión de los pobres como personas con un elevado sentido del pudor que se resignan a su situación y no solicitan asistencia para no molestar al resto de la comunidad, a pesar de que sus condiciones de vida material muchas veces las justifican;

"...podríamos decir que los pobres son gente bien humilde..., que muchas veces se quedan ahí y no piden ayuda para no andar molestando o poniendo caras para que uno los ayude". (Solange, 16 años, La isla).

Por otra parte las condiciones de vida material de los pobres muchas veces implica que su subsistencia depende de grandes sacrificios;

"...igual hay gente que no tiene ni agua..., yo conozco una abuelita que tiene que andar acarreando unos baldes..., y no tiene ni luz..., pura vela no más..., y cuando se enferma no hay nadie que la ayude..., si ser pobre no es "jauja"". (Oscar, 17 años, Montedónico).

7.3.4. Los pobres son discriminados y estigmatizados.

De acuerdo a la visión de los jóvenes, la condición de pobreza implica un elevado costo social ya que, cuando salen de sus poblaciones se verían expuestos a un trato diferenciado y desconfirmatorio en distintas situaciones de interacción con los sujetos no pobres;

"No hay oportunidades porque a uno lo ven pobre..., a la mayoría de nosotros cuando vamos a buscar un trabajo nos miran por la apariencia y no realmente por lo que somos" (Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

"Christian G.: Cuando uno va a salir y no tiene una pinta muy buena... y vas a otro lado, supongamos a una Disco...y quieres sacar a bailar a una "loca" ... te miran de pies a cabeza y te dicen:... No," no pasa na",... todo porque las zapatillas son más baratas los pantalones no son de marca te dan la" media cortá." (Grupo de Discusión, La Isla).

Además de esta situación de discriminación, los pobres estarían sometidos a un fuerte proceso de estigmatización, a partir del cual los mecanismos de control social se agudizarían sobre ellos:

"Aquí hay que arrancar de los "pacos", es que nos toman presos porque somos de aquí, de la población..., porque La Isla está mal catalogada, sabiendo que en otras partes también hay gente mala, pero como La Isla ya tiene mala reputación vienen para acá." (Ricardo, 17 años, La Isla).

Jesús: cuando nosotros vamos para abajo y vamos al supermercado... los guardias te miran con "tremendo ojo"...

Richard: Sí, también dicen:... ah! éste es delincuente, este es de Montedónico... tírale dos guardias... ¡ajo con ese "loco" que es ladrón!...

David: Es como que tenemos una "M" pegada en la cabeza, es como que anduvieramos con Montedónico para todos lados. Si hasta los "pacos" nos "funan"... nos ven abajo y nos dicen... ¡ya tú soy "choro" de Montedónico ten cuidado...!

Guillermo: Si, y tú tienes que decirle... ya "calmao" mi cabo .".(Grupo de Discusión Montedónico)

De este modo los jóvenes, asumiendo su imagen de pobres, se perciben como portadores de un rótulo que pasaría a formar parte de su identidad y en virtud del cual serían reconocidos en el mundo social y se generarían expectativas respecto de sus conductas.

"La gente a uno lo mira en menos por ser pobre. En el hospital uno tiene..., el que es pobre tiene peor atención que los que pagan, si ellos anduvieran mejor vestidos sería distinto el trato, porque a uno como lo ven lo tratan". (Jessica, 17 años, Héroes del Mar).

"Javier: Los ven en mala facha..., dicen; aaah!, ese "cabro" es un matón..., aaah ese "cabro" es drogadicto..., eh..., toma.

Marcelo: Claro..., y no sabe nada que ese "cabro" es pobre y no tiene nada para comprarse. En ese aspecto está mal la sociedad, cuando ven a una gente pobre..., la miran mal y no saben que sus propios hijos también pueden ser drogadictos o pueden estar tomando".(Grupo de Discusión, Héroes del Mar).

El proceso de estigmatización al que se verían sometidos los pobres descrito en el relato juvenil, dificulta, desde su perspectiva, cualquier intento de integración y aparece

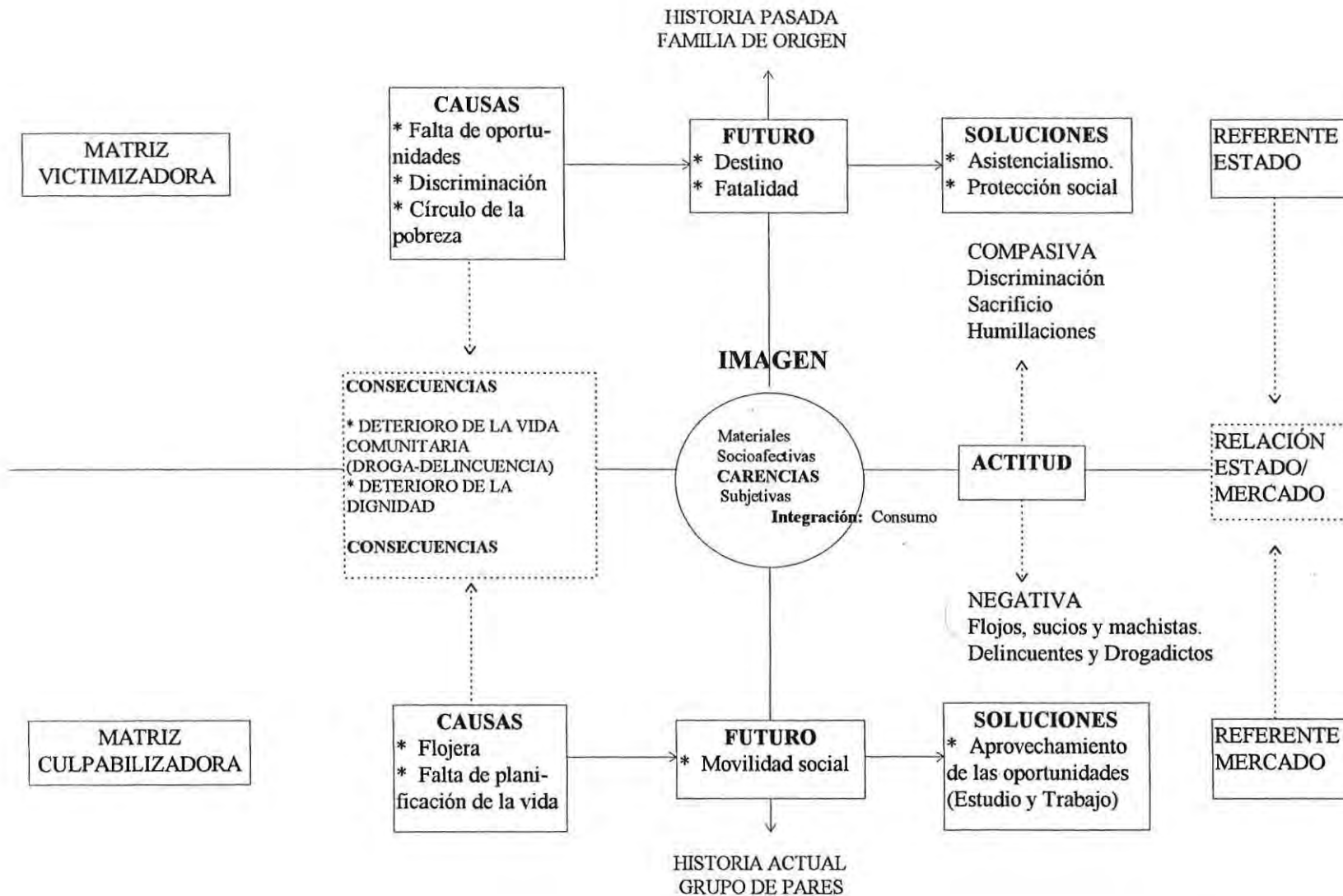
como el elemento que cierra el “círculo de la pobreza”, sellando de esta forma las esperanzas de una vida mejor.

CAPÍTULO 8

REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA POBREZA.

A continuación, se presenta una visión integrada de la Representación Social que los jóvenes de sectores altos de Valparaíso elaboran en torno al fenómeno de la pobreza y la experiencia de ser pobre y de la forma en que esta opera en la realidad social. Esta representación ha sido esquematizada en un modelo gráfico que pretende reflejar la estructura que asumen las hablas juveniles y que nos servirá de guía en la exposición siguiente.

FIGURA N° 1: *Truvedo*
REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA POBREZA



Como es posible observar en el esquema el núcleo representacional está conformado por una visión de la “**pobreza**” anclada a la figura de las carencias tanto materiales como socioafectivas y simbólicas, y una visión de la “**no pobreza**” anclada al tema de la integración social. Con respecto a lo anterior debemos señalar que lo relevante para los jóvenes desde su propia cotidianeidad es la integración social, puesto que el tema de la “pobreza” vinculado a las carencias materiales surge sólo cuando la discusión-relato se intenciona hacia un concepto de pobreza pura, sin embargo cuando se refieren a la pobreza desde sus condiciones de vida tanto personales como comunitarias (es decir su experiencia inmediata) aparece una acepción del concepto ligado a las carencias simbólicas asociadas al acceso a los productos materiales y subjetivos de la integración. De esta forma los jóvenes construyen, en relación a su propia situación, un concepto de pobreza vinculado a lo que la literatura clásica ha llamado “**pobreza relativa**” (Gissi, 1990), la que estaría vinculada a la situación de exclusión social. A este respecto no existe en el repertorio lingüístico juvenil un término apropiado para realizar esta distinción, no obstante existen múltiples esfuerzos dentro de sus hablas por diferenciarse de la condición de pobreza absoluta. Esto resulta coherente con la noción de la “cultura de la decencia” en los pobres (Martínez, 1995) que daría cuenta de un esfuerzo permanente por diferenciarse de la “cultura de la pobreza” (Lewis, 1969) y acceder a la movilidad social.

Por otra parte, observamos que esta imagen de la pobreza no se construye a partir de grandes discursos o megarelatos que den cuenta de una vivencia colectiva de la pobreza, sino que más bien se relaciona con vivencias particulares insertas dentro de sus historias de vida, las que son expuestas en forma de testimonios que pretenden conmover al interlocutor

a partir de la exposición de la propia carencia. Esto tiene que ver con la noción de “privatización de la pobreza” (Bengoa, 1995) ya que se elabora una nueva categoría social a partir de la personificación de las carencias en los sujetos que las padecen. La aparición de esta nueva categoría definida por la carencia se produce como efecto del quiebre de las argumentaciones. De este modo, se percibe que en el sentido común popular surge crecientemente la idea de la inutilidad de plantear el problema de la pobreza frente a las categorías insensibles de una racionalidad tecnocrática, la cual aparece frente a los pobres con reglas propias, independientes de las necesidades humanas que le dan sentido y explicación.

Esta nueva categoría de pobre que aparece en la Representación Social de la pobreza, nos da cuenta de la disolución de la categoría de sujeto social, en tanto actor protagonista de los movimientos sociales históricos dotados de propuesta y personalidad. Esta categoría límite representa “...el triunfo de la carencia, de la nada transformada en absoluto, sin tiempo, sin esperanza, sin relación con la historia. Una definición a través de lo que no se tiene.” (Bengoa, 1995. p. 3).

A partir de esta imagen consensual de la pobreza podemos identificar en el esquema de la representación, que cuando los jóvenes desarrollan explicaciones y soluciones frente a este fenómeno utilizan dos matrices discursivas claramente diferenciables las que aparecen como antagónicas entre sí.

En primer lugar identificamos una matriz de tipo “**victimizadora**” en la cual la existencia y mantención de la pobreza es atribuida a la presencia de ciertos factores socialmente determinados, tales como el acceso diferencial a la salud, la educación, la

vivienda y el trabajo, que dejarían a los pobres en una condición de menoscabo con respecto al resto de la comunidad. De esta forma, los sujetos que se encuentran en una situación de pobreza serían “víctimas” de una sociedad que no los asiste en forma permanente, los discrimina y los excluye de modo tal que se ven insertos en un círculo de perpetuación de su condición de pobreza que cierra cualquier posibilidad de superación, emergiendo una visión de futuro del sujeto pobre connotada por la desesperanza y la fatalidad. Dentro de esta matriz surge como central la visión de un Estado benefactor y paternal que no estaría cumpliendo con uno de sus roles fundamentales que sería el de asistir y proteger a los pobres, apareciendo la responsabilidad última de la existencia de la pobreza radicada en la sociedad y principalmente en la figura del Estado. A este respecto, la visión juvenil extiende la crítica a las prioridades del gobierno en relación a los pobres y a la existencia de una lógica instrumental en las ayudas de él emanadas.

En esta matriz se deja ver la influencia de un discurso histórico ligado a la figura del Estado como planificador estratégico de la superación de la pobreza. El mejor ejemplo de esta tradición histórica y su influencia en la Representación Social que los jóvenes elaboran de la pobreza, es el fenómeno que se extiende desde los orígenes de la política en el siglo pasado, cuando surge como el himno central de los pobres la consigna de que con más educación se puede superar la pobreza, relato que se constituiría en la gran utopía del ascenso social y en el motor del surgimiento de la clase media Chilena (Salazar, 1996). El quiebre del modelo de desarrollo sustentado en la educación como la vía de movilidad social por excelencia, ha generado la interrupción de este relato en las nuevas generaciones de pobres, las que sin embargo, rescatando de su imaginario colectivo la imagen de su

histórico protector, elevan al Estado su demanda por asistencia y movilidad social. La reedición de esa consigna portada por la memoria histórica de los pobres, se da en esta reconstrucción que hacen los jóvenes de sí mismos como víctimas de las incoherencias de lo que ya no es un gran Estado benefactor.

Por otro lado, la matriz victimizadora también tiene que ver con los efectos psicosociales de la práctica excluyente del modelo de desarrollo neo-liberal y con los procesos a través de los cuales estos efectos se van objetivando y anclando en la Representación Social de la pobreza. Los altos índices de: cesantía juvenil, deserción escolar, privación socio-cultural, y marginación territorial y simbólica de los centros de consumo, actúan como factores distorsionadores de los sistemas de creencias que los jóvenes tienen con respecto a ellos mismos y al medio social. De este modo, a partir de sus historias de pobreza los actores juveniles van desarrollando un proceso de aprendizaje de las categorías de desesperanza y fatalidad, tendiendo a la construcción de una imagen de un sí mismo debilitado y ambiguo, procesos a partir de los cuales los jóvenes incorporan a la Representación Social de sí mismo un conjunto de características personales y sociales, transformándolas en componentes naturales y objetivos de la realidad social, olvidando su carácter de construcciones psicológicas puramente históricas.

Por otra parte, distinguimos en el esquema de la Representación Social una matriz “**culpabilizadora**”, la cual relaciona la existencia y mantención de la pobreza con factores de naturaleza puramente individual, tales como la flojera, la falta de iniciativa y la incapacidad para planificar la propia vida. En esta visión las personas pobres son las “culpables” de su situación ya que no aprovecharían las oportunidades presentes en el

mercado, el cual aparece como el gran referente de esta matriz. De este modo, la superación de la pobreza pasaría por la voluntad de los pobres de modificar su actitud general de pasividad ante los espacios de movilidad que ofrece el mercado. Por lo tanto, desde esta matriz se percibe una visión de un futuro con más proyecciones, es decir, con posibilidades de cambio y progreso social ligados a un locus de control interno.

Desde esta visión de la pobreza, surge la imagen de que los pobres más “exitosos” presentan características especiales en terminos individuales, familiares y sociales que los haría a diferencia de los menos “exitosos”, sujetos más competitivos para aprovechar las oportunidades generadas por el sistema. Esta noción de competitividad que surge en el discurso juvenil tiene que ver con el concepto de pobres habilitados (Irrázaval, 1995), es decir, con la idea de que los sujetos pobres más aptos para superar la pobreza son aquellos que cuentan con un conjunto de características personales ligadas a un alto sentimiento de autoconfianza, y a la tendencia de atribuir a su propio esfuerzo y responsabilidad el poder surgir.

La presencia de esta matriz discursiva evidencia por una parte la penetración del discurso de la modernización autoritaria y post-transicional en la subjetividad juvenil, al ser ancladas y objetivadas a la Representación Social de la pobreza las grandes imágenes sostenidas durante este proceso, tales como la del mercado como generador de oportunidades, la del esfuerzo personal como clave del éxito y la del consumo como forma de integración social. Por otra parte, refleja la influencia que ha tenido la comunicación social desarrollada en torno al tema de la seguridad ciudadana en la subjetividad juvenil, al

ser objetivada y anclada la noción de peligrosidad a la Representación Social de los jóvenes pobres.

Estas matrices discursivas, a pesar de ser antagónicas, coexisten tanto al interior de los grupos como de los sujetos individuales, observándose además una oscilación permanente entre ambas visiones. Resulta relevante destacar a este respecto que los jóvenes utilizan el discurso ligado a la matriz victimizadora para dar cuenta fundamentalmente de la historia de pobreza de sus familias de origen, en tanto que la matriz culpabilizadora la ocupan para referirse al presente y al futuro de sí mismos y su grupo de pares.

A este respecto, asumimos que la forma de operación general de ambas matrices en el sentido común juvenil es la siguiente: si bien los jóvenes han sido formados en una complejidad de discursos exitistas propios de la modernización, éstos entran en contradicción y explícita disonancia con la historia de esfuerzos y falta de oportunidades que han llevado a muchas de las familias de estos jóvenes a no poder superar la pobreza, emergiendo entonces, como explicación de este ámbito de la vida cotidiana, la tradición discursiva de la fatalidad y la victimización. Sin embargo, cuando los jóvenes deben explicarse la experiencia de pobreza de sus grupos de pares, esta visión victimizadora entra en crisis, debido a que las rutinas de los grupos de esquina son caracterizadas por ellos por la flojera y la falta de esfuerzo personal, de modo que el discurso modernizador les resulta más práctico para explicarse este ámbito de su vida cotidiana.

En este sentido, lo que evidencia esta compleja forma de operación de las matrices discursivas es la internalización y acomodación en la Representación Social de la pobreza

del desface discursivo y práctico entre el discurso de la superación de la pobreza ligado a la integración social y el relato modernizador ligado a la exclusión social.

Otro punto que se puede identificar claramente en la figura es el componente actitudinal de la Representación Social. En este sentido podemos señalar que las predisposiciones y evaluaciones que desarrollan los jóvenes en torno a los pobres tienen como referente la imagen nuclear de las carencias, la cual le entrega coherencia y unidad al conjunto de juicios que componen la actitud.

Por otro lado, es posible señalar que el conjunto de evaluaciones que los jóvenes tienen de los pobres, se relaciona diferencialmente con las matrices discursivas. Las actitudes más ligadas a la matriz victimizadora están asociadas a una visión compasiva de los pobres en donde emergen como juicios centrales el que éstos serían sacrificados, discriminados y humillados, siendo esto consistente con la visión futura de fatalidad y desesperanza y con la tendencia a atribuir la responsabilidad de la superación de la pobreza a un referente social benefactor. Por su parte, las actitudes más ligadas a la matriz culpabilizadora se asocian a una visión negativa de los pobres apareciendo como las valoraciones centrales el que éstos serían flojos, sucios, machistas, delincuentes y drogadictos. Estos juicios son coherentes con la atribución de causalidad individual presente en esta matriz, así como también con la noción de que la superación de la pobreza pasaría por un cambio de disposición personal de los sujetos pobres.

En la figura también es posible observar como otro elemento de interés, que la imagen nuclear de la pobreza unifica la Representación Social al permitir la convergencia de ambas matrices discursivas en el conjunto de consecuencias que se derivan directamente

de ella. Es decir, los jóvenes identifican que la pobreza genera las mismas consecuencias independientemente de la matriz discursiva desde la que esten hablando. Estas consecuencias son básicamente dos: el deterioro de la vida comunitaria a partir del surgimiento de conductas problemáticas como la delincuencia y el consumo excesivo de drogas; y el deterioro de la dignidad a partir del ejercicio de determinadas conductas de supervivencia como la mendicidad y la prostitución junto con el padecimiento de situaciones de discriminación social.

En conclusión, observamos la existencia de una sola Representación Social de la pobreza que articula diversos e incluso opuestos niveles discursivos y que le entrega sentido al comportamiento social que los jóvenes de sectores altos de Valparaíso desarrollan frente a sus condiciones de pobreza y a las iniciativas tanto personales como estatales por superarla.

COMENTARIOS FINALES.

Al finalizar este estudio parece relevante señalar algunos comentarios con respecto al desarrollo de esta investigación.

Señalamos en primer lugar la relevancia de utilizar como modelo de análisis de la subjetividad juvenil en torno a la pobreza la Teoría de las Representaciones Sociales (Moscovici, 1961). Este marco comprensivo permitió acceder no sólo a los contenidos discursivos sino también a las estructuras significantes que les dan sentido y a la organización que éstas adoptan. Estas estructuras significantes no son estáticas sino que más bien representan esquemas dinámicos que permiten comprender las contradicciones y la existencia de conflictos en los sistemas de creencias de los jóvenes, dando cuenta de forma integral de una variada gama de procesos psicosociales de distintos niveles tales como atribuciones de causalidad, actitudes sociales, prejuicios, percepción social, disonancia cognoscitiva y comportamiento social, y por lo tanto trasciende cualquier estudio parcial de alguno de éstos procesos por separado.

Por otra parte, en lo relativo a los hallazgos de esta investigación, resulta interesante comentar la percepción que los jóvenes tienen del Estado y de sus políticas sociales. Los discursos juveniles a este respecto indican que los procesos de integración social deben estar orientados desde la perspectiva de una educación para el trabajo, sin embargo las iniciativas desarrolladas por el gobierno no resultan confiables ni satisfactorias debido a la percepción juvenil de una lógica instrumental que genera una sensación de utilización y desconfianza en torno a los ejecutores de dichos programas, y, por otra parte, porque estas

iniciativas no se han traducido en una mejora real de las posibilidades laborales de los jóvenes. Esta situación aparece reflejada claramente en los programas de capacitación juvenil desarrollados desde el gobierno, los que si bien se orientan desde una perspectiva de educación para el trabajo, adolecen de una estrategia eficaz de diagnóstico de la situación de los mercados laborales locales y de los intereses vocacionales de los jóvenes, de modo tal que estas intervenciones más que una vía de integración al sistema productivo se transforman en una alternativa de utilización del tiempo disponible. Lo anterior perpetúa la frustración y la sensación de incapacidad entre los jóvenes, a la vez que refuerza la idea de que la educación carece de sentido en el proceso de integración social.

Por otra parte, la desconfianza juvenil respecto de las iniciativas de apoyo emanadas desde el Estado resulta coherente con el hecho de que la inversión directa en los beneficiarios reales alcanza a una proporción menor en relación al gran porcentaje que queda en manos de las numerosas instituciones intermediarias encargadas de ejecutar dichas iniciativas. A este respecto, los jóvenes sienten que su participación en éstos programas es instrumentalizada, tanto por las agencias ejecutoras -que obtienen beneficios por su capacitación- como por el aparato estatal que, a través de los medios de comunicación, los utilizan como indicador de éxito del modelo de desarrollo. Estos beneficios secundarios -obtenidos tanto por el estado como por las agencias ejecutoras- son percibidos por los jóvenes como mayores que los obtenidos por ellos mismos como supuestos beneficiarios directos.

Esta situación también ha surgido como un elemento de discusión en el debate público siendo su expresión más concreta la controversia generada por la presentación, ante

el congreso nacional, del proyecto de ley de presupuestos del sector público para el año 1996, el que fue extensamente discutido principalmente en lo relativo a la eficiencia de la inversión pública en materia de proyectos sociales.

La mirada que los jóvenes desarrollan en torno al Estado se contrapone con la noción de apatía y desinterés juvenil por los temas políticos y públicos que el sentido común del mundo adulto ha desarrollado. La visión del mundo adulto parece funcionar más como un estereotipo de los jóvenes que como una descripción real de su conducta. Lo que al parecer ocurre es que los jóvenes estarían desarrollando una nueva forma de mirar al Estado y relacionarse con él, la cual se fundamenta en una crítica personificada en ciertas figuras públicas para ellos relevantes tales como el presidente de la república y los alcaldes, y que tiene como característica ser una crítica parcializada -es decir, basada sólo en ciertos aspectos de la realidad social- y orientada a la voluntad manifestada por estos actores. A partir de lo anterior se puede especular la aparición entre los jóvenes populares de un nuevo tipo de ciudadanía construida sobre una vivencia no colectiva de la pobreza y sobre la capacidad de emitir juicios acerca de lo que deberían y no deberían hacer los representantes del gobierno.

Otro aspecto que resulta importante señalar es que los discursos de la oportunidad y el esfuerzo personal han permeado la subjetividad juvenil, lo cual se puede distinguir en el hecho de que los jóvenes permanecen atentos a los llamados de integración que se abren en el mercado social, no obstante la desconfianza ante la lógica de instrumentalización en las iniciativas emanadas desde el gobierno. La investigación desarrollada a este respecto por Irarrázaval (1995) señala que los sujetos pobres tendrían oportunidades diferenciales de

acceder al éxito en la integración social a partir de ciertas características individuales y familiares que los habilitan en mejor forma para competir por la superación de la pobreza. Un supuesto básico de esta investigación es la tesis de que existiría igualdad de oportunidades para acceder a los medios de integración social y que, en consecuencia, todas las diferencias entre los sujetos integrados y no integrados estarían mediadas por el esfuerzo personal involucrado. Sin embargo, los hallazgos de la presente investigación indican claramente, que desde la sensibilidad juvenil el supuesto de igualdad de oportunidades aparece relativizado en tanto que los testimonios recogidos expresan la operatoria de importantes mecanismos de estigmatización y exclusión social, que dificultan el acceso a la integración. No obstante que en los testimonios juveniles también figura como importante el tema del esfuerzo personal como mecanismo de superación de la pobreza, parece riesgoso asumir este factor como una premisa de orientación exclusiva de las políticas sociales, tal como lo propone Irrázaval (1996), ya que el desarrollo del esfuerzo personal involucra más que la sola posesión de ciertas características personales, también inciden ciertos factores de tipo social como el acceso a la educación, al trabajo digno, a la vivienda y la urbanización, etc., de tal modo que un conjunto de sujetos necesariamente va a estar menos habilitado que otro para la competencia por la integración, por lo que la aplicación de este sólo criterio implica premiar a aquellos que han contado con condiciones históricas más favorables para el desarrollo de conductas de integración y “doble excluir” a aquellos que han sido menos favorecidos.

Por otra parte, emergen a partir de los hallazgos de este estudio, ciertas preguntas que pueden vincularse con perspectivas de investigación e intervención futuras. En primer

término, surge la pregunta de si la tensión existente entre lo que se ha denominado en esta investigación matriz “victimizadora” y “culpabilizadora” de la pobreza está generalizada dentro del mundo juvenil o más bien se encuentra ligada a las situaciones de exclusión que les corresponde vivir a los jóvenes pobres. La exploración de esta pregunta permitirá determinar hasta qué punto la representación social de la pobreza se encuentra definida por la vivencia de esta situación de carencia, puesto que si esta tensión aparece representada transversalmente en jóvenes de distintos grupos sociales podríamos hipotetizar que esta visión es propia del discurso social en relación a la pobreza, en tanto que si aparece como exclusiva de los jóvenes pobres las hipótesis irían en la dirección de que ésta se relaciona con las contradicciones propias de la experiencia de la pobreza.

Otro punto de exploración se relaciona con la pregunta de en qué medida la representación social de la pobreza antes descrita corresponde a un emergente generacional o se encuentra extendida en los distintos grupos etáreos. A este respecto parece plausible considerar que entre los grupos sociales más adultos el discurso exitista de la modernidad debiera aparecer más debilitado, conviviendo con una visión tradicional de la pobreza vinculada a un discurso más colectivo y solidario que el presente entre los jóvenes, puesto que en el caso de estos últimos los procesos de construcción de identidad fueron elaborados en base a la influencia del proceso de modernización y estos vestigios históricos les resultan más lejanos.

Por otra parte, un elemento que ha quedado sólo enunciado en la presente investigación, pero que sin duda amerita una reflexión y exploración mayor, es el proceso de construcción de una nueva identidad de sujeto juvenil. En el presente estudio se han

analizado sólo aquellos aspectos vinculados a la relación con el Estado y las políticas sociales, observándose una nueva forma de relacionarse con estas instituciones, orientada desde la perspectiva del consumidor-cliente, desarrollándose nuevas formas de opinión y crítica, sin embargo quedan pendientes ámbitos de gran importancia en la caracterización de esta identidad tales como las nuevas formas de participación juvenil y las distintas expresiones subculturales a través de las cuales ésta se manifiesta (como los grupos musicales, las tribus urbanas, las llamadas “barras bravas” del fútbol, etc.) y la relación de los jóvenes con otras instituciones sociales (tales como la familia y la escuela). La exploración de estos elementos resulta relevante puesto que nos permite vislumbrar el tipo de construcción valórica y social del actual modelo de desarrollo.

En otra dimensión, a partir de los hallazgos de este estudio, se abren también espacios de reflexión en torno a la naturaleza de las políticas de intervención con jóvenes tanto desde el ámbito gubernamental como desde el no-gubernamental. En este sentido aparece como especialmente relevante la idea de reposicionar a la educación como una herramienta de integración social para los jóvenes. Sin embargo, las conclusiones de este estudio indican que un proceso de este tipo debe ser mediatizado por considerar, dentro de la planificación de las intervenciones, las distintas variables que componen la realidad local de los grupos beneficiarios y los contextos en que éstos desarrollan sus vivencias.

Por otra parte, hallazgos de este tipo permiten también avanzar en la construcción de indicadores psicosociales de la calidad de vida juvenil, ya no basados en la prevalencia de los llamados “problemas psicosociales”, sino en los grados de satisfacción subjetiva de las necesidades tanto materiales como simbólicas de los jóvenes (tales como la percepción de

integración social, de acogida o discriminación, de fatalismo o esperanza, etc.) de modo de establecer sistemas de detección de necesidades que resulten más coherentes con las prioridades y expectativas de los jóvenes.

Finalmente, y en otro sentido, la experiencia de trabajo de campo con los jóvenes pobladores que participaron directa o indirectamente de esta investigación, permitió observar de cerca la confusión que vivencian frente a una realidad social que les resulta contradictoria e incomprensible, que por un lado les ofrece integrarse y por otra agudiza los mecanismos de exclusión a través de la estigmatización y la descalificación de sus voces, que los señala como el futuro del país y por otro lado los sindicada como los culpables de los principales problemas de la sociedad moderna. La experiencia obtenida, evidencia que los jóvenes tienen la capacidad de soñar y de compartir, pero que ésta se debate con una sensación subjetiva de angustia y de duda frente a la posibilidad de la integración real, que los deja al borde de la incertidumbre entre el temor y la esperanza.

REFERENCIAS

- Alfaro, J. (1994): Los desafíos psicosociales en la realidad juvenil y la respuesta institucional del Estado. En Primer Informe Nacional de Juventud. Santiago. Instituto Nacional de la Juventud.
- American Psychiatric Association (1988): Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales Tercera edición revisada. Barcelona; Masson.
- Asún, D. & Neumann, A. (1989): Factores psicosociales de la salud mental. Santiago. Apuntes de cátedra. Departamento de psiquiatría. Universidad de Chile.
- Asún, D. (1990). Para enfrentar la fármaco-dependencia juvenil. En: Los jóvenes en Chile hoy. Santiago: Generación compiladores.
- Asún, D.; Alfaro, J.; Alvarado, R.; & Morales, G. (1991): Drogas, juventud y exclusión social. Santiago. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Asún, D. (1994): Acerca del enfoque psicosocial o la superación de la visión biomédica de los fenómenos sociales.. En Primer Informe Nacional de Juventud. Santiago. Instituto Nacional de la Juventud.
- Asún, D.; Alfaro, J. , & Morales, G. (1994). Análisis crítico de las categorías y estrategias utilizadas para el estudio e intervención psicosocial con jóvenes en Chile. Revista Chilena de Psicología, 15(1), 6-12
- Berger, P. & Luckman, T. (1968). La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bengoa, J. (1995): La pobreza de los modernos. Temas Sociales N° 3. Santiago. SUR profesionales.
- Brunner, J. (1990). La elaboración del sentido. Barceloa: Paidós.
- Canales, M. (1994). Sociología del habla: Las condiciones del análisis social de textos y discursos. Santiago: Universidad de Chile.
- Canales, M., Rodríguez, M., & Undiks, A. (1990). Juventud y transición: de fronteras, puertas y ventanas. En Los jóvenes en Chile hoy. Santiago: Generación compiladores.
- Comisión Programa Juvenil de la Concertación Democrática (1994). Programa Juvenil de la Concertación Democrática. Santiago: Eds.

- Cortázar, R., Moreno, E. & Pizarro, C. (1986). Condicionantes culturales y sociales de las políticas de erradicación de la pobreza. Santiago: CIEPLAN.
- Cortés, F. (1994). Fundamentos, características e institucionalidad de la política juvenil en Chile. Instituto nacional de la Juventud: Primer Informe Nacional de Juventud.
- Cottet, P.; Galván, L. (1993); Jóvenes: Una conversación social por cambiar. Santiago. ECO.
- Cottet, P. (1994). Opinión pública y delincuencia Juvenil. El amurallamiento de la integración social. Tesis de grado para optar a la licenciatura en sociología y al título de sociólogo. Santiago: Universidad ARCIS.
- Crespo, E. (1988). "Representaciones Sociales y Actitudes: una visión periférica." Madrid. Documento de trabajo. Departamento de psicología Social. Universidad de Complutense
- Doise, W. & Mugny, G. (1984): El desarrollo social de la inteligencia. México: Trillas.
- Donoso, A. & cols. (1994). Investigación acción entre jóvenes de sectores pobres. Santiago: CENAPO.
- Duarte, K. (1994). Juventud popular. Santiago: Lom.
- Egenau, P. & Nicholls, E. (1990): Juventud, delincuencia y prisionalización. En Los jóvenes en Chile hoy. Santiago: Generación compiladores.
- Fuenzalida, V. (1991). Televisión, pobreza y desarrollo. Santiago: CPU.
- García, M., Ibañez, J., & Alvira, F. (1986). El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación. Madrid: Alianza.
- Garretón, M. (1993): La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural. Santiago. CESOC-LOM ediciones.
- Gissi, J. (1987). Identidad latinoamericana: psicología y sociedad. Santiago: Psicoamérica ediciones.
- Gissi, J. (1990). Psicoantropología de la pobreza. Oscar Lewis y la realidad chilena. Santiago: Psicoamérica ediciones.
- Goffman, E. (1967). Estigma. La identidad deteriorada. Bs. Aires: Amorrortu.
- Hobsbawn, E. (1968). Poverty. En: J. Gissi (1990), Psicoantropología de la pobreza. Oscar Lewis y la realidad chilena. Santiago: Psicoamérica ediciones.

- Hopenhayn, M. (1994). Ni apocalípticos ni integrados. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Ibañez, J. (1991). El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden. Santiago: Amerinda.
- Ibañez, T. (1988). La ideología de la vida cotidiana. Barcelona: Sendai.
- Instituto Nacional de la Juventud (1994). Primer Informe Nacional de Juventud. Santiago: INJ.
- Instituto Nacional de la Juventud (1994). Primera Encuesta Nacional de Juventud. Santiago: INJ.
- Irarrázaval, I. (1995). Habilitación, pobreza y política social. En: Estudios públicos. n° 59. Santiago: Centro de Estudios Públicos.
- Jodelet, D. (1986). La Representación Social; fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (comp), Psicología social. Vol. II (pp 469-506). Barcelona: Paidós.
- Lechner, R. (1988) Crisis de la modernidad y el advenimiento de la posmodernidad. Santiago. FLACSO.
- Lewis, O. (1969). Antropología de la pobreza. Méjico: Fondo de Cultura Económica.
- López-Aranguren, E. (1986). El análisis de contenido. En: El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación. Madrid: Alianza.
- Martínez, J. (1995): Pobreza y gobernabilidad urbana. Santiago. SUR profesionales.
- Marx, K (1962): Manuscritos económico filosóficos. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, I. (1990): Cultura y juventud. Santiago. Comisión Nacional de Pastoral Juvenil.
- Marx, I. (1993): Los jóvenes estudiantes de Santiago y su visión del mundo. Santiago. ISPAJ.
- Merton, R. (1987): Teoría y estructura social. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montero, M. (1979). La clase social: sus derivaciones psicosociales. En J. Salazar, y otros, Psicología social. (pp 295-329). Méjico: Trillas.

- Morales, G. (1990). Factores asociados al consumo de drogas. Una mirada psicosocial. En: Los jóvenes en Chile hoy. Santiago: Generación compiladores.
- Morales, G. , & Souza, M. (1992). Representaciones sociales de la política: la visión de los jóvenes en el escenario de la transición democrática en Chile. Universidad Diego Portales.
- Moscovici, S. (1971). Psicoanálisis, su imagen y su público. Buenos Aires: Huemul.
- Moscovici, S. (1986): Psicología social. Vol. II. Barcelona: Paidós.
- Moscovici, S. & Hewstone, M. (1986). De la ciencia al sentido común. En: Psicología social (Vol. II). Barcelona: Paidós.
- ODEPLAN (1971): Plan sexsenal de participación de la juventud chilena en el desarrollo. Santiago. ODEPLAN.
- Oyarzún, A.; Quintana, P & Silva, C. (1993): Roces del presente entre esquinas techadas. Viña del Mar: CIDPA.
- Páez, D. (1987): Pensamiento, individuo y sociedad. Cognición y Representación Social. Madrid. Fundamentos.
- Páez, D. (1989): Representaciones sociales. Madrid: Fundamentos.
- Papalia, D. & Wendkos, S. (1989): El Desarrollo Humano. Cali. Mac Graw - Hill e Interamericana de México.
- Piaget, J. (1967): Seis estudios de psicología. Barcelona. Seix Barral.
- Piaget, J. (1973): Psicología y epistemología. Barcelona. Ariel.
- Raczinsky, D. (1992): Tipos de pobreza. Santiago: CIEPLAN.
- Rodrigo, M.; Rodríguez, A. Marrero, J. (1993). Las teorías implícitas. Madrid: Visor.
- Salazar, J., y otros. Psicología social. México: Trillas.
- Teitelboim, B. (1990). CASEN. Dimensión y características de la pobreza. Santiago: MIDEPLAN.
- Tironi, E. (1990): ¿La post-revolución?. En Los jóvenes en Chile hoy. Santiago. Generación compiladores.

- Tsukame, A. (1990): La droga y la doble exclusión juvenil - popular. En Los jóvenes en Chile hoy. Santiago. Generación compiladores.
- Tsukame, A. (1992): Delincuencia juvenil en Chile hoy. Estudio de la delincuencia juvenil mediante la metodología de grupo de discusión. Madrid. Editorial Mimeo.
- Turaine, A. (1987): El regreso del actor. Buenos Aires: Eudeba.
- Vega, H. (1995). Presupuesto sector público, distribución del ingreso y pobreza. Santiago: PET.
- Weinstein, J. (1985): La otra juventud. El período juvenil en sectores de extrema pobreza. Santiago. CIDE.
- Weinstein, J.; Aguirre, R. & Téllez, A. (1990): "Los jóvenes dañados: Una revisión de las conductas problema en la juventud popular". En "Los jóvenes en Chile hoy". Santiago. Generación compiladores.
- Weinstein, J. (1991). Los jóvenes pobladores y el estado: una relación difícil. Santiago: CIDE.

